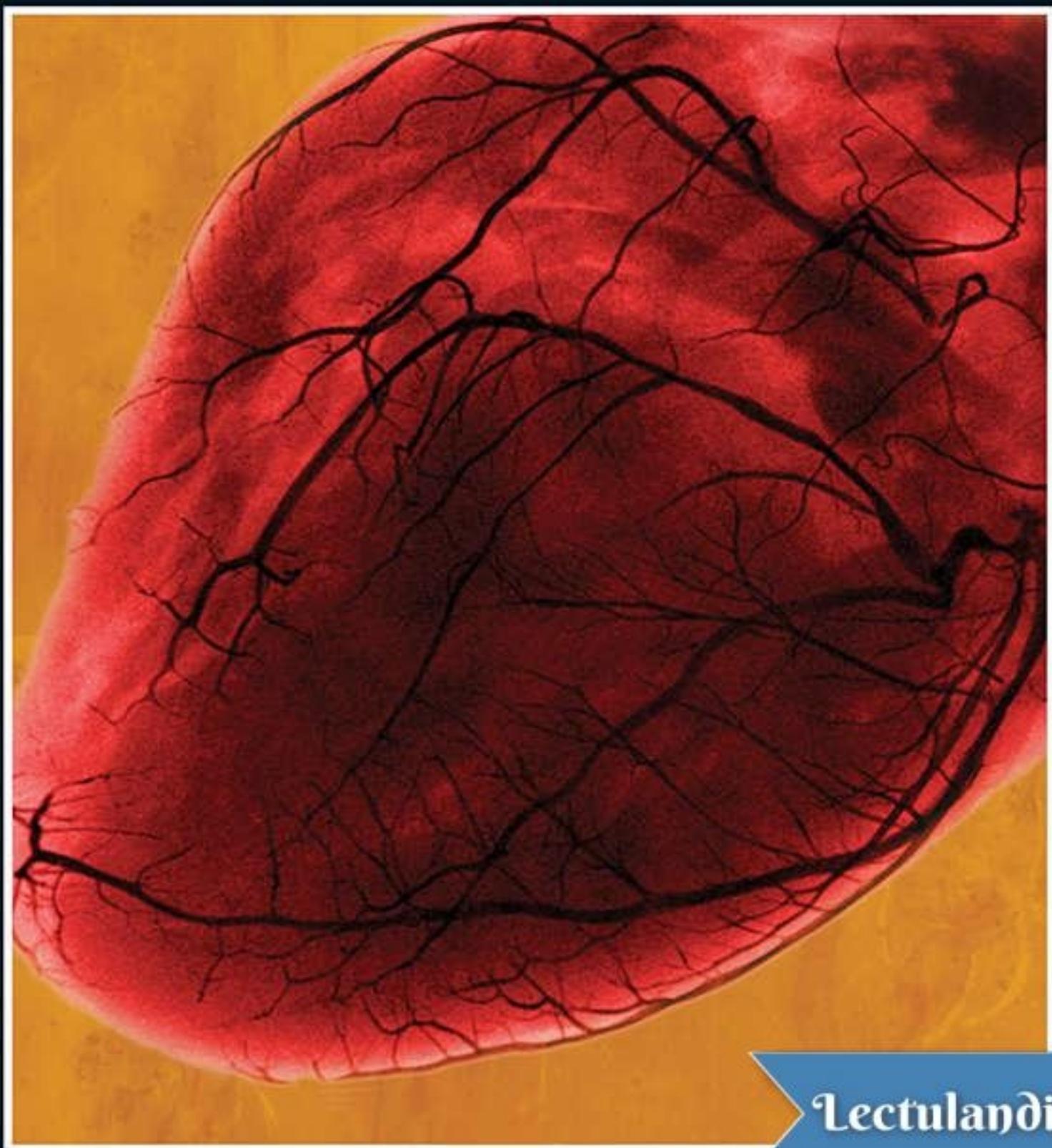


Carla Faesler

FORMOL



Lectulandia

En uno de los estantes de la biblioteca de la familia de Larca, hay un corazón humano en un frasco de formol. Este corazón perteneció al joven guerrero que fue sacrificado en el último ritual que se llevó a cabo en el Templo Mayor. ¿Cómo llegó a la casa de Larca? Un largo recorrido que inicia con el hallazgo en las faldas del volcán Iztaccíhuatl entrelaza las peripecias de los distintos personajes que encuentran la víscera con la vida de una familia que busca resolver el destino de una leyenda descabellada que la conmueve y paraliza al mismo tiempo. *Formol* es la historia de un corazón humano y los habitantes de la casa que lo guarda pero, sobre todo, de cómo las inquietudes de cada persona tejen poco a poco la trama emocional de su pasado colectivo e individual. Relatos simultáneos, datos curiosos, apuntes de ocasión, registros de lo absurdo y notas de humor negro se unen en una prosa poco convencional, que juega con el presente y la evocación histórica, para narrar, de manera elocuente y perturbadora, la historia del corazón de México en un frasco de formol.

Lectulandia

Carla Faesler

Formol

ePub r1.0
turolero 19.09.15

Título original: *Formol*
Carla Faesler, 2014

Editor digital: tuolero
Aporte original: Spleen
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

De pie, ladeada la cabeza para aguzar mejor, Larca está en trance mientras escucha lo que en la habitación de junto se revela. La joven niña está espiando. Son las voces de su padre y de su tío. Dicen cosas que ella no debería oír. Un rubor intenso como de rostro desollado. Siente vergüenza pero no puede despegarse de su falta porque sólo así puede saber. Es como si los viera desnudos, escucha las palabras que tienen entre las piernas.

Esto seguirá hasta después de que hayamos muerto.

Hagamos el último esfuerzo, no puede ser más difícil que seguir como hasta ahora.

—No sé si podré.

—No me dejes solo con esto.

—Aquí estoy aunque no quiera.

—Me pesan sus siglos.

—Yo ya estoy enterrado.

—Nos creen locos.

—Estamos locos.

—Estamos locos, sí.

—¿Tú crees en esto todavía?

—No tengo otra cosa en qué creer.

Larca se sacude la hipnosis cuando el silencio dentro del cuarto anuncia alarma de salida. Y sí, la puerta se abre al corredor ahora súbitamente vacío, aunque la luz del sol que cae sobre la duela exhibe con sus haces radiantes el esplendor de la pequeña tormenta de polvo que el vuelo de su falda ha desatado. Pero Celso y Pedro no pueden ver el luminoso rastro porque nunca se han dado el tiempo para observar las cosas bellas y únicas que suceden entre conos de resplandor y un puñado de partículas.

Ya en su cuarto con la mano en la perilla y la barbilla pegada al pecho, Larca siente los duros golpes de su corazón en las clavículas, en la garganta, en las sienes. Con los ojos cerrados arrastra sus juguetes hasta una de las esquinas superiores del cuarto y en la altura estrecha sus rodillas con los brazos. Por primera vez en su vida se da cuenta de que eso que late en ella con violencia es el centro de su cuerpo y también el de su familia.

Esta escena tuvo lugar varios años después.

Algo de movimiento cuando un intenso olor a hierba entre armario y librero. Alguien se acerca, busca y abre una puerta justo ahí donde el húmedo bosque jaguares y coloridas plumas se asoma. Cierra respiración, la soledad madera, venado rojo que pasta. Muerde los brotes verdes, los incipientes brotes. Estremecedores pasos y lentos. Hay un pulso de estrella que en su hocico rutila mientras revela y luce como un fulgor antiguo.

El corazón, si pudiera pensar, se pararía.

Fernando Pessoa
Libro del desasosiego

Febe, la madre de Larca, toma sus pastillas por la mañana. Su sistema circulatorio propaga el fármaco en pocos minutos. Sólo así puede concentrarse y crear un desayuno. Cuando el efecto en cresta, ella ha terminado su segunda taza de café. Larca se va a la escuela de la mano de Celso, su padre, mientras Febe se sienta como una gallina absorta en el sillón a ver por la ventana una sección de fronda de árbol, un poco de cielo y el fragmento de poste de luz para imaginar cómo, luego de ir a dejar a la hija, su esposo se dirige sin ganas a la ferretería y abre la pesada cortina bajo la siempre ahí mirada de los encargados. Debido al esfuerzo físico, el rostro de Celso está inyectado en rojo por las redecillas de los finos vasos que lo irrigan. Entonces, la pálida Febe se levanta justo a tiempo para arreglarse el pelo y ponerse la ropa antes de que su marido regrese a la casa. Cuando él llega y sube, se saludan con el afecto de una mano que se posa en un hombro o el ocioso gesto de acomodarse la ropa. Inmediatamente después, bajan por la escalera de madera blanca dos maniqués pasados de moda. Se suben al coche, van al mercado a comprar la comida y luego a revisar que en la casa de la abuela, que es en realidad la casa de Cristina la mamá de Celso ya muerta, todo siga igual gracias a las hacendosas maneras de la ya demasiado vieja Aurora. Le dejan algunos víveres y la súplica diaria de que resista una noche más el claustro que la tiene consumida de muros. No es que haya fantasmas en la casa de la abuela, con la leyenda de la familia bastaría para poblar un país ahora de muertos, lo que sucede es que Aurora se asusta de sí misma, del terrible aspecto de sus vérices, de su deteriorado interior que la abrumba con pensamientos que la hacen creer que no desaparecerá jamás.

Cada vez que van a la casa de la abuela Cristina, la que fue suegra de Febe, se llevan algún objeto encontrado al azar ahí, ya sea porque aparece delante de sus ojos o en los recuerdos revisados en un sueño inquietante. Hoy se llevan un juego de doce servilletas bordadas que fueron tan blancas como ahora amarillentas, que fueron tan limpias y almidonadas como ahora húmedas y lacias en las manos de Celso.

—Mi madre las usaba en las cenas que ofrecía a gente muy especial.

—Me acuerdo de esas cenas: ¿te acuerdas de mí en esas cenas?

—Mis recuerdos son calcificaciones en un músculo atrofiado.

Febe piensa de repente en la segunda cena en casa de los padres de su entonces prometido. Y de nuevo la confusión es un fieltro de dudas o una cinta de cine que se traba, se inflama y quema como la imagen. Todavía lo recuerda: en aquella ocasión había siete personas al principio. Y al final eran ocho. No fue que Febe no se diera cuenta de que alguien llegó al final de la reunión, pues estaba bien alerta por quedar bien con los futuros suegros, el novio y los invitados. Fue de veras extraño, pero no comentó nada porque le pareció inoportuno, algo que podría mellar el buen camino que había tomado para salir de su casa, tan rebuscada y sofocante su casa. Sucedió que cuando los siete invitados, y ella bien que los tenía contados por sus nombres y temas de conversación, se levantaron de la mesa para tomar café y digestivos, fueron ocho los que ocuparon los sillones de la sala. Por supuesto, contó unas tres veces por no estar bien segura de si era un efecto del vino o la emoción de su vestido especial. Definitivamente sí, había alguien más. Y por mucho que se esforzó hasta el final de la velada, no pudo nunca identificar entre los presentes quién era el que acababa de surgir así de súbito como un brote carnoso en la textura conocida de un cuerpo. ¿Cuál de ellos era la instantánea presencia que al parecer nadie advertía? Pero todo esto ahora sólo ondea en el pantanoso pensar de Febe, que al mismo tiempo está muy pendiente de lo que se le presenta en la casa. El lente de Febe recorre, encuentra, fija, graba y edita.

—Oye, llevémonos de una vez el corazón.

—Mira, no, todavía no.

—Sí, me lo llevo.

—¿Qué vamos a hacer con él, dónde ponerlo?

—Hay que llevarlo a la casa para que desaparezca.

—¿Y si lo destruimos?

—Ya nos ha destruido.

—¿Y si intentamos de nuevo?

—Hay que intentar reconstruirnos.

—En esas cenas mis padres hablaban del corazón con los invitados. Estas servilletas huelen a esas conversaciones.

—Una buena lavada con cloro y ya está. Tal vez.

De regreso en el coche, los muslos pesan el recipiente cubierto con el terciopelo morado. Febe levanta apenas la tela y advierte que el líquido mece la víscera ahora que su esposo ha frenado en el primer semáforo. Ella se va en ese vaivén a los momentos en los que nada o casi nada le preocupaba. Pero como siempre, regresa.

—No sé, no sé qué hacer.

—Saber es imposible, ya sabemos.

—Lo pondré en la biblioteca, en el tercer nivel de las repisas.

—Me parece bien, pero no lo descubras.

—El frasco está tibio.

—Es que tus manos están heladas.

—¿Y si tuviera un poco de vida todavía?

Al llegar a la casa, Celso sale, rodea el coche y abre la puerta a Febe, quien se incorpora sobre la acera e inicia una procesión.

—Entra, ponlo pronto donde quieras, que ocupe su lugar y que ahí se quede callado.

Seguida por su marido, Febe sube las escaleras como si sostuviera entre sus brazos un recién nacido que llega a casa del hospital. Ya en la biblioteca se abre paso entre la mesa, las avispas cosmonaves y las sillas.

—A ver, ¿cómo ves, qué tal ahí? Sí le voy a quitar el terciopelo Celso, yo quiero que se vea.

—Está bien, como quieras. Perfecto, ahí está perfecto. Vente, ¿quieres un campari?

—Lo que me gusta del campari es su color.

—¿Sabías que tintan el licor con cochinilla?, una plaga del nopal que en tiempos prehispánicos se usaba para colorear murales, vasijas, telas, códices y otras muchas cosas.

—¿De verdad?, pues ahora me gusta más.

Cierran la puerta sin darse cuenta de la prisa que tienen por salir del cuarto. Cierran la puerta sin pensar en el pequeño agujero de la cerradura por la que alguna vez espíará Larca y que se ocluye apenas, imperceptiblemente. El sol de invierno, el flotar del polvo de siempre se quedan ahí dentro, pero una vibración enrarece y nueva la atmósfera.

Hay un corazón humano del tamaño de un puño dentro de un frasco. Ahora se estrena en el librero con todo el esplendor de una locura.

Color panza de serpiente, glóbulos oculares de enfermo, botella de vidrio llena de humo. El tono brilla el iris, y aún más si uno piensa en el cemento bajo el cual debería estar sepultado este pedazo de carne que luce equivocado entre los vivos. Su destino es latir en otro pulso. Por un tiempo, sin embargo, serán las venas de Larca, el único fluir caliente que en sueños recorrerá esos tejidos plastificados por el tiempo.

Luego de cenar Febe y Celso vuelven a revisar lo que trajeron. Ella toma de nuevo el frasco y lo ubica en otra altura. Se aleja para ver, no se convence, lo regresa a la tercera repisa. Él, desde la puerta se recarga y se hace pared.

—Ahí está perfecto, ya ven, vámonos a dormir.

—¿Vas a leer?

—Un rato, sí, ¿tú ya terminaste tu libro?

—Todavía no, ya casi. Déjame que apague la luz.

—Apaga, vamos.

—Siento como cuando Larca era bebé y por fin se había dormido. Cerrábamos la puerta de su cuarto con mucho cuidado. Algo de mí se quedaba ahí adentro con ella, como si me hiciera una con su respiración.

—Pues sí. De alguna manera hay alguien ahí. ¿Eso quieres decir?

—No hay que hacer ruido, no se vaya a despertar.

—¿Larca?

—¿Quién más?

—Sí, sí, claro.

Al llegar a su cuarto se arreglan para acostarse. Ya a oscuras, cada uno en su lado de la cama enciende su lámpara y se mete a una burbuja luminosa que hace visibles sólo las manos, los libros y las bocas. Primero es Febe la que apaga y en un clic la negrura se la traga. Unos veinte minutos después, Celso siente que con la lectura se le ha caído el insomnio del libro. Casi sin moverse lo agarra y lo deja en su buró. Lo mismo con los lentes. Luego acerca la mano al interruptor y desaparece al mismo clic como un caprichoso fantasma cuya carcajada no alcanzamos a oír.

Hace mucho tiempo que el pecho del padre de Larca es una caja vacía. Heredó una ferretería, asunto que no le interesa en lo absoluto, y un corazón que lo fascina y lo abruma al mismo tiempo. Ahora que duerme, en su respiración las costillas se abren a un espesor tan limpio como un depósito de herramientas sin usar, así que cuando él yace y su hija lo observa en silencio de pie junto a su cama, se oye un estruendo de martillos, tuercas y clavos que se revuelven, ruedan y caen estrepitosamente contra un lado cuando él se da vueltas medio dormido, medio angustiado, completamente a flote dentro de la cápsula ingrávida de su tristeza.

un grupo de adolescentes en el patio del calpulli alardea frente a las muchachas se ríen una banda de jóvenes con el torso desnudo erectos muslos en vara flor el rostro ensartado en la belleza brillante el pelo los brazos flechas frescas ojos en plumas los muchachos molestan a los otros a las otras se burlan del mundo no los merece el mundo

él se mofa también de un abuelo de un perro acosado por los perros

y de repente en su gesto una sombra ¿un nimbus? oculta el sol de su mirada orgullosa

son sus gritos al sufrir es su pulso en el miedo cuando escucha lo que habrá

algo hay en este joven que los otros no tienen una herida obsidiana que no lo deja profundo que no puede no le permite ser como los otros

porque ellos no están como él manchados porque hoy ha sentido una premonición diafragma porque pocos meses faltan para que los chillidos le estallen los pómulos le desgarran la boca en el momento de morir en el altar

Un día, Larca, encantada todavía con el triciclo que acaban de regalarle, bien peinada y vestida porque saldrán a comer al restaurante favorito de la calle de Orizaba hoy que es su cumpleaños, se acerca accionando las ruedas sobre las duelas del pasillo. Su cara es hermosa, terriblemente hermosa, como las de los niños en las películas de terror. Pero sus padres nunca han tenido miedo de ella porque son gente tranquila. Además, lo que tanto les pesa no les deja espacio para la imaginación.

—¿Qué es eso papá?

—Es un corazón.

—¿Es tuyo?

—Casi.

—¿Por qué está ahí?

—Porque no hemos conseguido trasplantarlo.

—¿Qué es trasplantarlo?

—Es ponerlo en un cuerpo vivo para que vuelva a latir de nuevo.

—¿Qué es latir?

—Vivir.

—¿Está muerto?

—Casi.

—¿Tú estás muerto?

—Casi.

—¿Yo estoy muerta?

—México está muerto, este es su corazón.

—¿Quién lo mató?

—No sé, ya no me acuerdo.

—¿Por qué ya no te acuerdas?

—Porque estoy confundido.

—Pero entonces, ¿en dónde vivimos?

—No sé, estoy confundido.

Larca se acerca y con su mano roza el vidrio. Su palma se ilumina con el reflejo de la luz que entra desde el ventanal y pega sobre el líquido. Algunas trizas flotan alrededor de la víscera y su ondear la fascina. Su padre tiene un libro sobre las piernas y observa a su hija con sus ojos aumentados tras los lentes.

—¿Me lo regalas?

—Sí.
—¿Quién te lo dio?
—Mi madre.
—¿Y quién se lo dio a ella?
—Su padre.
—¿Y a él?
—Él se lo compró a un señor que era anticuario.
—¿Es de verdad?
—Sí.
—¿De qué animal es?
—Es de una persona, de un ser humano.
—¿Y por qué lo pusieron en agua?
—Es formol, un líquido especial que impide que se pudra.
—¿De quién era?
—De un joven que fue sacrificado.
—¿Por qué?
—Para sacarle el corazón.
—¿Y para qué le sacaron el corazón?
—Para que el mundo no se extinga.
—¿Qué es extinga?
—Para que no se apague.
—¿Y no se apagó?
—No sé, creo que sí.
—¿Y entonces qué pasó?
—Muchas cosas, no te puedo explicar, es muy complicado.
—¿Entonces ya no hay mundo?
—Sí, sí hay mundo, pero ya es otro mundo. Vámonos.

Comieron sus platos favoritos en el restaurante favorito y luego el postre favorito de Larca. Hubo cera de velitas festivas derramada sobre una gelatina roja y la sonrisa del capitán de meseros sobre el rostro de Larca. Mientras todo eso, hablaron de la escuela, la familia, de algunos conocidos. Varios minutos dedicaron además a pensar qué harían con la casa de la abuela, bien conservada y ahora tal vez de un alto precio, como para de una vez vender, como para escapar de una vez, irse de viaje. Larca quiere ir a subirse a la rueda de la fortuna más grande del mundo que está en Londres, parece, y también quiere ir a la Isla de Pascua a conocer esas cabezas inmensas. O mejor a Madagascar. Le gustan los animales, nunca ha sido cruel con ellos y a veces quiere ser médica veterinaria. A Febe le gustaría ir a Moscú y a Pekín porque desde niña le hablaron de los cuerpos de los grandes líderes que ahí se conservan intactos. En cambio, Celso tiene ganas de ir a Bombay para conocer los cementerios parsis en donde se dejan los cadáveres al aire libre para que se los coman los cuervos y otras

aves carroñeras. De todos estos temas felices hablan los padres y Larca. A ella se le irá formando poco a poco, conforme pasen los años, un gusto peculiar que la marcará en la mirada de los otros y que la hará distinguir a los que, como ella, no encuentran del todo dicha en las cosas alegres. Aunque de repente sí, por supuesto.

Cuando el correo llega, por decir algo, generalmente entra por la ranura o pequeña muesca que hay en la puerta que da a una calle en donde crecen árboles grandes: truenos, jacarandas y uno que otro ficus que se ha salvado del peculiar gusto de la gente que los poda en forma de animales, una costumbre cruel que obliga a la naturaleza a retratarse a sí misma. La casa tiene una relación especial con la ciudad desde que el corazón marca su ritmo. Y es que parece que ahora el paisaje urbano es transmitido a través de una pantalla cuya extensión flexible se expande y se contrae de manera intermitente. En la superficie, pequeños realces esféricos con un audio bum bum latido, hacen cadencia.

La correspondencia, por decir algo, atraviesa el bum bum y entra a la casa. Generalmente Celso la recoge y la pone sobre una mesa bastante amanerada en su dorado, herencia de la rebuscada casa de los rebuscados padres de Febe. Lo normal son cuentas de banco y publicidad telefónica o de *pizzas*. Lo habitual es que se queden sin abrir por largo tiempo. A veces parece que en esta casa nadie tiene mucho interés por lo que pasa afuera. El teléfono, en cambio, sí se considera importante nexo con lo exterior aunque casi no suene. *Ring* a veces cuando Aurora llama para avisar que le traigan provisiones, *ring* de repente y un alguien con número equivocado, *ring* ocasional cuando algún menester en la ferretería que tanto le aburre a Celso. Muy poco muestra ese aparato su disposición a conectar con lo lejano. Lo que más suena en esta construcción levantada en 1914 en el centro de la colonia Roma de la ciudad de México es la madera de los pisos, los peldaños de la escalera blanca y el trajín de la cocina. También la bomba de la cisterna que se acciona para subir el agua a los tinacos y el calentador que se enciende cuando abren alguna de las tres regaderas que hay. Desde la calle, un destartalado saxofón de pueblo o una marimba desvencijada, se cuelan por los intersticios de los ventanales. Pero además y sobre todo para Febe, se oye su esposo. Recuerda vagamente sus clases de solfeo pero era muy chica. Tanto y tan sutil es el sonar de Celso, que en una de sus tantas noches de alerta, Febe escribió en la hoja de un cuaderno viejo de Larca, alguna vez ya arrugada, una pieza:

«Estudio para marido sonoro»

Pero la transcripción de este texto aparecerá insertada aquí sólo hasta que Larca lo

encuentre entre los papeles de la biblioteca, cuando en la casa pase una tarde tranquila de nostalgia.

-
- Le sacaron el nozaroc, le trasplantaron el nocoraz, el razonco, el aroczon...
- Ya, para por favor, Larca.
- Me gusta decir nozaroc, se oye mejor nozaroc.
- A mí me gusta la palabra corazón.
- A mí me parece muy cursi.
- ¿Qué es cursi?
- Cursi es la pereza de la gente que no quiere saber.
- ¿Saber qué?
- Cómo es en realidad el corazón.

Antes de que el tiempo se echara a andar tan rápido, Febe y Celso tenían encuentros animados en la cama o en la sala, cuando Larca, por estar en la escuela, no hubiera podido espiarlos como ellos siempre temían desde que ella nació. Y esa sospecha se debía a que ellos, antes de casarse, se contaron el uno al otro algunos episodios de la vida sexual de sus padres. Habían sido hechizados, sí, imantados hacia la cerradura. Las mutuas confianzas sobre sus fisgoneos les dieron la confianza que necesitan las personas que fueron señaladas como extrañas por los compañeros de la escuela primero, por toda la gente después. Varias fueron las ocasiones en las que entre labios y carne Celso y Febe se dijeron las cosas de mamá y papá:

A veces ya abrazados se ríen, hacen bromas de sus cuerpos, se divierten burlándose de su flacidez o rellenuza, se nota que se quieren, se dicen morsa o tortuga. Siempre hay un te amo, un me gustas. No son bonitos, son más bien horrendos, a mí me parece que no se merecen el placer o la dicha del sentir carnal. A veces me da vergüenza, no sé si por mí o por ellos. Me siento mal por mirar a través de la cerradura. A mí me tranquiliza que ellos estén bien, se les ve contentos y eso me ayuda a imaginar que no todo es odio y violencia en este mundo. Me da escalofríos ver sus pelos púbicos.

Sí, todavía, tantos años después, Febe y Celso muy en piernas y brazos se complican, aunque de repente o muy seguido, el pelo de ella enrede con su largo, los lentes que él no quiere ya quitarse, aunque no sea pasión sino torpeza, lo que haga un río de trizas la fina jarra de agua del buró, aunque haya un calambre o un chasquido extraño que bifurque los ritmos de los maduros resortes y meniscos. Recuerdan, sí, que se amaban y esa certeza es una pluma que flota en el paisaje común y los mantiene lejos del suelo de la ruptura. A veces, sin embargo, una brisa no se sabe si helada arrastra la blancura de esa pluma ideal, la posa sobre el charco de los hechos y la mancha lentamente de sangre.

Cuando llega el repartidor de la farmacia con el pedido de Febe y en la casa no hay nadie porque Celso ha ido a recoger a Larca a la escuela, es hora de tomarse otra pastilla para así concentrarse en la cocina. En media hora o más llegarán a comer. Entonces, los tres acodarán su poca hambre, hambre de familia un poco o medio acomodada, alrededor de los sencillos platos, los sencillos cubiertos y los vasos. Normalmente ponen todo en la mesa para que sea más fácil alcanzar arroz, carne o

pescado, verduras y ensalada. Comen y están contentos la mayoría del tiempo que pasan juntos, aunque también tienen problemas de tareas o de *ballet* o alguna que otra incógnita doméstica.

¿Incógnita doméstica?: el corazón humano en la repisa. Es extraño, a veces tiene un poder magnético que arrastra casa y gente hacia sí mismo, otras sólo está ahí sin que se note. La mayoría del tiempo, sin embargo, despide finamente su presencia, un incienso discreto que propaga su fragancia y ocupa mentes, cuerpos, noche y más.

Como casi todos los niños, Larca posee una capacidad de admisión de la realidad extraordinariamente elástica, valiosa propiedad para los padres del mundo. No es lo mismo preguntarse todo que aceptar que así es todo. Por lo general, cuando el infante hace una honda pesquisa, con tener una respuesta diáfana el progenitor, el asunto puede saldarse en unos cuantos minutos. Las cosas más incomprensibles son asombrosamente claras en esta relación y así deberían seguir siendo conforme pasan los años. Pero resulta que son rápidos los ciclos, y conforme todo cambia, no solamente crecen huesos y ríos en las cañadas, no nada más se ensanchan genitales y calles en la ciudad. También aparecen los primeros vislumbres de que algo hay que saber, que descubrir. Por eso, Larca empezará a observar con más discernimiento mientras gradualmente, el rojo granate en las paredes de la casa, de fuerte olor formol, admita la humedad que lo craquela.

¿Qué rayos el Cielo vibra
 contra mí? ¿Qué fieros globos
 de plomo ardiente graniza?
 ¿Qué Centauros monstruosos
 contra mis gentes militan?

Sor Juana Inés de la Cruz
El Divino Narciso

«Llovió y relampagueó y tronó aquella tarde y hasta medianoche mucho más agua que otras veces. Y después que se hubo preso Guatemuz quedamos tan sordos todos los soldados como si de antes estuviera un hombre encima de un campanario y tañesen muchas campanas, y en aquel instante que las tañían cesasen de tañerlas, y esto digo al propósito porque todos los noventa y tres días que sobre esta ciudad estuvimos, de noche y de día daban tantos gritos y voces unos capitanes mexicanos apercibiendo los escuadrones y guerreros que habían de batallar en las calzadas; otros llamando a los de las canoas que habían de guerrear con los bergantines y con nosotros en las puentes; otros en hincar palizadas y abrir y ahondar las aberturas de agua y puentes y en hacer albarradas; otros en aderezar vara y flecha, y las mujeres en hacer piedras rollizas para tirar con las hondas; pues desde los adoratorios y torres de ídolos los malditos tambores y cornetas y atabales dolorosos nunca paraban de sonar. Y de esta manera de noche y de día teníamos el mayor ruido, que no nos oíamos los unos a los otros, y después de preso Guatemuz cesaron las voces y todo el ruido; y por esta causa he dicho como si de antes estuviéramos en campanario».

Bernal Díaz del Castillo
Historia verdadera de la conquista de la Nueva España

- ¿Así fue?
- Así escribió él que fue.
- Si está en un libro se supone que es verdad, ¿no?
- No sé. Eso se convirtió en la verdad.

Larca está sentada en el pequeño sillón de la biblioteca frente a su padre que lee en voz alta el grueso volumen sobre el escritorio. La semana pasada cumplió diecinueve años. Así de pronto pasó el tiempo, ese trompo que aventamos siendo

niños y que segundos después recogemos convertidos ya en ancianos. Es de noche, ella acaba de regresar de una fiesta con amigos y vino. Tiene las mejillas rojas y su pelo huele a cigarro y a música estridente. Está echada sobre el cómodo respaldo, las piernas cruzadas sobre uno de los descansabrazos. Su padre la mira y piensa en una pintura de Balthus. Ha crecido ya tanto, piensa que sus órganos reproductores están listos para servir desde hace varios años, pero inmediatamente apaga la vista previa de ese pensamiento que le muestra imágenes de su hija en besos con algún hombre enfundado en una gabardina manchada de transgresión. Ella, ahí sentada, tiene las tenazas sobre los muslos y el cuello torcido hacia la derecha, su cabeza dirige los ojos borrosos al frasco sobre la tercera repisa. Gruesos mechones de pelo que parecen raíces expuestas le sujetan el pecho. Se adivinan sus orejas y labios urdiendo una sonrisa sicológica.

—El corazón, el corazón, papá, ¡ay, papá!, no puede ser. ¡Es como si guardáramos al bisabuelo embalsamado en el sótano, we all have skeletons in our closet, como dicen los ingleses!

—Vámonos a dormir, vas a despertar a tu mamá.

—No, no, ya, perdón, es que no me digas que no es alucinante... ¿tú crees que yo debería ocuparme o más bien de una vez hacer algo definitivo con esta historia de locos?

—Haz lo que quieras, yo no te pido nada, tu mamá tampoco, haz tu vida.

—¿Y qué pensabas de todo esto cuando tenías mi edad?

—Ya no me acuerdo bien, creo que cuando cumplí diecinueve años empecé a darme cuenta de que estaba enredado.

—¿Cómo que enredado?

—Una noche regresé de estudiar en casa de Pablo, mi mejor amigo de esa época. Teníamos examen de Lógica, yo regresé muerto de hambre pero muy cansado y me dormí profundo. Soñé que estaba en el cuarto de mi madre, tirado en el suelo sin poder moverme porque estaba enredado en venas finísimas, interminables, con el corazón sobre el pecho. Me desperté tranquilo en el vacío de la noche silenciosa y me quedé acostado. Miré la oscuridad del cuarto, recuerdo que pensé que el vacío está lleno de engranajes sin usar. No me di cuenta cuándo me dormí de nuevo.

—¿Y luego?

—Al día siguiente empecé a preguntarle todo a mi madre y a leer lo que ella me daba para que fuera conociendo el camino.

—¿El camino?

—El camino que hizo el corazón hasta llegar a nosotros. Ahora lo que tengo que hacer es llegar al final del trayecto, cerrar esta historia. Hacer camino a ciegas porque no sé a dónde ir.

—Se supone que lo que acabas de leerme de Díaz del Castillo es el principio, ¿no?

—Sí.

—¿Ese es el día del sacrificio?

—Sí, bueno, tal vez, o unos días antes, horas después... fue el último ritual de sacrificio que se hizo en el Templo Mayor, ya sabes, hemos ido varias veces.

—Sí, sí, me gusta mucho el Mictlantecutli con el hígado de fuera, me encanta. Bueno, ¿y luego?

—El sacerdote ordenó a un macehual, es decir, un mozo o sirviente, que llevara el corazón recién extirpado a los volcanes, que lo enterrara en la nieve y se quedara ahí a esperar que él llegara.

—¿Y entonces?

—Parece que el sacerdote nunca pudo llegar. Años después unos indios que iban a buscar nieve encontraron al macehual congelado, ahí enterrado en las faldas del Iztaccíhuatl. El corazón estaba junto a él.

—¿Cómo que iban a buscar nieve?

—Desde tiempos de Moctezuma se comía nieve, era un manjar de la clase alta. Al paso de los años se popularizó su consumo. Mucha gente traía nieve de los volcanes y la vendía, era para comer o para poner en las bebidas y también para usos terapéuticos, creo que también ya se usaba para enfriar y conservar alimentos, lo deduzco por la idea del sacerdote quien de seguro sabía por experiencia propia que así la víscera se guardaría fresca o que no se pudriría. Había quien llevaba nieve a los pueblos cercanos a la montaña y la ofrecía rápidamente. La gente ya sabía qué días la traían y la esperaba.

—Seguramente el corazón estaba muy bien conservado.

—Estaba perfecto, duro como una piedra, envuelto en un pedazo de manta azul, como la que vestían los mexicas importantes. Parece que el macehual tenía un lienzo en las manos, un mensaje a la nación mexicana hecho por algún tlacuilo. Los lienzos son tiras de papel de algodón, uno de los formatos de los documentos pictográficos que se hacían para registrar todo tipo de actividades sociales, mercantiles y de gobierno.

—¿Qué decía el lienzo?

—Está perdido. Tal vez fue destruido, no sabemos. Lo importante es lo que se supone que decía.

—¿Qué pasó con el cuerpo del cautivo?

—Bueno, es obvio que se pudrió en las escalinatas del templo. Normalmente el dueño del cautivo recogía el cadáver. A veces, en ceremonias especiales lo cocinaba y convidaba el guiso a los señores importantes. Pero no creo que haya habido tiempo para eso. Seguro su cuerpo se quedó ahí tirado.

—Se lo comieron los buitres.

—Mejor que ser enterrado, ya sabes que en mi anterior reencarnación fui parsi.

—A todos se los comieron los buitres. Y el olor... su alma debe de haberse ido montada en ese olor, ¿quién sería?

—Un guerrero, un muchacho de alguna población vecina, de Tlaxcala tal vez, los cautivos eran las presas de la guerra. ¿Te acuerdas cuando te conté de las guerras floridas?

—Iban a recoger flores.

—Una de las metáforas más importantes de la poesía náhuatl es la flor, que en muchos casos simboliza el corazón de los guerreros sacrificados: «Así como busca uno entre la hierba, así buscamos nosotros a la divinidad».

—¿Bueno, pero qué se supone que decía el lienzo?

—Como no sabemos dónde está, lo que se diga no son más que suposiciones. A lo largo del tiempo las distintas personas que han tenido que ver con esto han formulado, imaginado, inventado tal vez. Obvio.

—¿Pero qué?

—Que este corazón habrá de permitir que el sol siga su curso.

—¿Que el mundo no se extinga?

—Que el mundo no se extinga.

—Que se encienda de nuevo.

—Que se encienda de nuevo.

Celso y Larca se quedan callados, ella ha vuelto a su postura de cuello doblegado y mira el frasco con el rostro ya polvo de fatiga. Ahora sus ojos están rojos. Él ha clavado la mirada en el humo de su cigarro que dibuja formas hermosas que van y se deshacen en la altura. Los dos se quedan ahí un largo rato hasta que la vejiga de Larca la hace reaccionar con fuertes punzadas en el músculo de la uretra. Entonces, se levanta para darle un beso a su padre quien se pone de pie. Se separan en el pasillo cuando ella dobla a la izquierda. Antes de abrir la puerta del baño, Larca se detiene y como un robot desvelado, voltea.

—Oye, papá, ¿todo esto importa realmente?

Celso se queda parado a la mitad del trayecto entre el cuarto de Larca y el suyo. No voltea a verla, clava los ojos en el barandal y lo frota con las yemas de los dedos. Larca se queda callada mientras lo observa.

—Buenas noches, papá, no te preocupes, otro día hablamos más.

Al día siguiente Celso se despierta imantado por la energía del cuerpo efigie de Febe que está sentada al borde de la cama. Por un momento él siente miedo por la sensación electroschock al darse cuenta de que ella ha estado sentada ahí durante varias horas mirando la pared.

—¿A qué hora llegó?

—No muy tarde, la esperé en la biblioteca y estuvimos platicando.

—¿De qué, ya le dijiste que no salga tanto, que tiene que estudiar más?

—Sí, todo en orden.

—¿Te desvelaste?

—No, nada más revisé unos pedidos de herramienta. Un fastidio.

—Bueno, pero nos da de comer suficiente y más. Dame la mano.

—¿Tú, descansaste?

—Sí, dormí profunda, soñé mucho.

—¿Qué soñaste?

—Ya sabes, no me preguntes eso.

Febe agita el frasco para darse una idea de cuántas pastillas quedan, pero no hace caso a esa información en clave sonora y táctil porque su memoria la atrapa en el sentir cómo, cuando niña, lograba con ese gesto la ilusión de la nieve cayendo sobre una cabañita de paisaje invernal contenido en una bola transparente que tenía en su cuarto. Inmediatamente recuerda a sus padres, las cenas de Navidad y los regalos. Todos los regalos que recibió durante su infancia hacen una pila gigantesca adentro de su pecho y la desaparición gradual de cada uno de ellos, desperdigados a lo largo de los años hasta ya no quedar nada, le provoca una angustia súbita, insoportable, que le hace un efecto de succión en la frente. Cierra los ojos y se toma su pastilla para poder concentrarse en qué hacer para desayunar. Ahora su corazón es espiritual, a la manera de Ezequiel: «Un espíritu roto: un corazón roto y constreñido».

—No queda nada.

—¿Qué?

—No queda nada de mi niña.

—Ya es una mujer.

—No hay nada a mi alrededor que me indique que mi infancia fue real, ¿dónde quedó la bola de cristal con una cabañita sobre la que nevaba cuando yo la agitaba?

—¿Estás soñando todavía, Febe?

—¿Y mis cuadernos de caligrafía y solfeo?, los guardé durante años con mucho cuidado.

—¿De qué hablas?

—Mi historia se desvanece, sólo está en mi cabeza.

—Todo está en nuestras cabezas.

—Y en nuestro corazón.

—Y en nuestro corazón.

—Pero hay cosas que deberían estar siempre con nosotros.

—Tenemos miles de cosas, Febe, mira a tu alrededor, estamos sitiados por los objetos.

«Nada de lo que nos rodea nos es objeto, todo nos es sujeto», escribió Breton sobre su entorno. Celso está confundido en su pecho, como esa mística científica del medievo que distinguía anatómicamente los órganos pero no se atrevía a examinarlos. Él no puede indagar en sus emociones aunque sienta su corazón. La pareja está ahora en silencio sentada en la cama. Unos minutos y de repente, como dos bailarines pendientes de una coreografía, se levantan al mismo tiempo, se ponen batas y pantuflas y bajan la escalera blanca, dos caballitos de mar mecidos por la corriente que los flota entre piedras y medusas en un equilibrio ondular rumbo a la cocina.

Es temprano y el olor del café empieza a favorecer un ambiente de rutina que los tranquiliza ya ya. Cuando Larca ha ido a una fiesta la noche anterior, la dejan dormir hasta tarde. Leen el periódico, distintas secciones que se intercambian entre sorbo, masticación, respiración. Uno y otro se levantan para ir a buscar el pan listo en el tostador, la jarrita de leche o las mermeladas. Febe hace un poco de avena. Celso prende el radio, se escuchan voces de noticieros histéricos y estruendos de rock o pop un segundo antes de que sintonice Opus 94 y se vuelva a sentar, anestesiado por una sonata que reconoce y le encanta. Sobre el trinchador del comedor hay dos grandes floreros con claveles rosas, crisantemos amarillos y pensamientos rojos. Los esposos mastican y sorben acompañados del efluvio sereno de su mutua presencia.

El Corazón. Yo lo usaba en los ojos.

Gilberto Owen
Rescaldos de sentir

Larca y Darío están en La Única, una de tantas cantinas que hay en la calle Motolinía en el centro histórico de la ciudad de México. Llevan varias cervezas, las que terminan por medir cuánto se alargan las pláticas y si son sobre política o la vida. Han agotado ya los temas ordinarios, los indiscutibles, los evidentes, por lo que llevan ya una hora o menos en los asuntos cruciales. Y lo crucial es, para los que ya se encontraron y ahora quieren intervenir, algo que a menudo pertenece a los secretos, sí, personales, sí, familiares. Es por eso que en este momento Darío está muy atento con el mentón recargado sobre la palma de su mano izquierda. Con la derecha gira una de las botellas. Tiene las cejas levantadas, la mirada clavada sobre los ojos de Larca, la boca que ha bebido de Larca, los gestos de Larca que no dejan de hablar:

«Se me rompió el corazón», dicen y yo pienso en el frasco del corazón de mi familia hecho añicos en el suelo de la biblioteca. Oigo: «No tiene corazón», y yo entiendo que es una persona que vive en una casa en donde no hay un corazón que flota en un frasco en la tercera repisa de la biblioteca. «Se me sale el corazón por la boca» cuenta una amiga y veo un bolo cenizo entre sus dientes. Conocí el corazón desde que fui muy niña. Todavía sueño que río a carcajadas mientras me resbalo en el interior de sus aortas hasta que mi pelo largo y mi vestido están empapados de sangre y pulpa grisácea.

Larca y Darío llevan unas semanas de verse casi a diario. Hace unos días inauguraron sus besos y desde entonces hay un acuerdo tácito sobre los roces que lícitamente se reparten. Con esto, claro, la afinidad de percepciones que ambos tienen sobre la vida se acentúa y crea el espacio siempre ideal de los amantes. Han empezado a ver de verdad. La calle, los árboles, la gente, son ahora protagonistas en un mundo de amor en el que acaban de aterrizar sin estar, como nadie lo está nunca, preparados. La percepción aguda que ahora tienen con su estilete amoroso los hace preocuparse de las necesidades mutuas, los hace sentirse indispensables para la felicidad del otro. Han sido prensados por la trampa en mal estado del amor, la que produce el peor de los dolores y que, terrible, además, no libera y ya sabemos, menos aún mata. No saben que esa trampa no se abrirá jamás y que la llave está fuera de su

alcance, porque en lugar de ver cómo uno le hunde los dientes al otro y desgarrar con ellos su carne, los dos están extasiados frente a sus ojos en blanco.

De regreso a la casa de Larca, él se queda allí hasta tarde. Hacen café y calientan algo de arroz y albóndigas. Ella abre una botella de vino y los dos esperan a que se termine. Es la primera vez que pasan tanto tiempo juntos. Entre plática intensa y manos en mezcla se despiden por fin sin muchas ganas. Porque las ganas están siempre en precipicio. Y queremos que nos absorba.

Es tan noche que Larca ya sola empieza a subir la escalera blanca con la misma gravedad de los planetas que crujen muy cerca. Es natural que no piense en ir a dormir sino en visitar la biblioteca para seguir con su cuerpo el movimiento de la inquietud que la traslada.

Ahora, de pie frente a la tercera repisa, enciende la lámpara del escritorio y gira la pantalla hasta iluminar el frasco. Está tan cerca que su nariz casi lo toca y su respiración forma un vaho sobre el vidrio. Larca exhala con fuerza y su boca produce un calor que con su aliento se expande. Ahora, con sus labios despide un hálito más denso y con su dedo índice dibuja un círculo. Sus labios se mueven. Con los ojos bien abiertos y las manos en la cintura empieza a decir algunas cosas en voz baja. Luego de un rato extiende los brazos a lo largo de su cuerpo, apaga la luz y sale. Camina por el pasillo lentamente y se pierde tras la puerta de su cuarto que se cierra con un silencio difícil de creer.

—¿Papá?

—¿Sí? Aquí estoy, Larca, en la sala.

—Hola papá, oye, una pregunta, ¿el corazón está muerto, no? Es que estuve pensando, sus tejidos están atrofiados, completamente necrosados.

—Están necrosados.

—Es imposible reanimarlo.

—La ciencia.

—La ciencia no ha avanzado lo suficiente, papá.

—La ciencia avanza a la par que nuestra imaginación. Todo lo que puede ser imaginado es posible.

Qué jodidos estamos, Moctezuma, conminados a desaparecer. Tu mundo y el mío están marcados por la extinción. En ti fue intuición, en nosotros certeza, en ti una corazonada con forma de cometa, en nosotros una evidencia que ya se está derritiendo. Tu mundo fue arrasado por una cultura muy diferente a la tuya, el mío por una cultura sin rival.

Desde aquí los volcanes ya sin nieve dan miedo. Son la visión de los bergantines que se acercan a las costas de Veracruz. Son el comienzo del fin de una era, de una época, de una civilización. Desde lo alto de una cañada, alguien observa las manchas de los barcos que se hacen más grandes en el mar. No sabemos qué pensó, ¿qué habrá sentido?

Desde aquí los volcanes ya sin nieve dan miedo. Algo se deja venir como un galope, como una confusión, como una soberbia gélida que se ha empezado a descongelar.

La nieve que Os cerca,
como un relicario
de un Niño Jesús,
Os hará resguardo.

Sor Juana Inés de la Cruz
«Villancico de la Concepción»

Larca se reúne con el tío Pedro. Están en un café cerca de la plaza Río de Janeiro de la colonia Roma, sentados en una mesa afuera para poder fumar. Días antes, Larca le llamó al tío Pedro y le dijo que quería verlo para hablar del asunto. Cuando él le dijo ¿de qué?, ella le pidió que no disimulara, que quería de una vez por todas saldar esa cuenta con el destino. Ya en el café, Larca dispara directo sobre la mente aún en sábanas de Pedro.

—Cuando era niña escuché una conversación entre tú y mi papá.

—Bueno, bueno, espérate, ¿cuál de todas?

—«No sé si podré. No me dejes solo con esto. Aquí estoy aunque no quiera. Me pesan sus siglos. Yo ya estoy enterrado. Nos creen locos. Estamos locos. Estamos locos sí. ¿Tú crees en esto todavía? No tengo otra cosa en qué creer».

—¡Te lo aprendiste de memoria!, ¿eso dijimos? —ríe y tose, tose y enseña mucho su gingivitis crónica.

—Tienes que ir al dentista.

—Larca preciosa, todos tenemos que ir, pero al siquiatra.

—De acuerdo, pero ¿qué hacemos?

—¿Tú lo crees?

—Hubiera querido no creerlo, pero ¿por qué me preguntas eso, qué no es cierto?

—Sí, sí, es cierto, malheureusement c'est vrai.

—No nos puedes dejar solos con esto.

—Mira, Larca, alguna vez hasta pensé en secuestrar a alguien en la calle y trasplantarle el maldito corazón, ¿qué te parece? En un país como el nuestro eso es perfectamente posible. Como en México no hay laws, ¿cierto? Bueno, hagámoslo si crees que esto tiene algún sentido.

—Por supuesto que no, esto no tiene nada que ver con ese horror. De alguna manera terrible es más complicado.

—¿No me digas?

—Mira, tío Pedro, sé perfectamente que ustedes han vivido con este peso toda su vida, no creas que no me lo imagino.

—No, Larca, no puedes ni empezar a imaginártelo siquiera. No tienes ni idea de lo que hablas. Esto no es una pesadilla, es real, y su realidad es más espeluznante que cualquier mal sueño.

—Quiero ayudar a que esto por fin acabe.

—Yo lo que quiero es morirme de una vez, y mientras eso no suceda, Larca, vivir la vida como mejor pueda, a la chingada con las historias familiares.

—Al menos guíame, yo también estoy metida en esto, cuéntame, cuéntame todo.

—La verdad es que es una buena historia, eso sí.

—Habría que escribirla.

—¿Quién podría escribirla?

—¿Y si alguien la está escribiendo ya en este momento?

Al mismo tiempo casi, encienden Pedro y Larca el quinto y sexto Raleigh. El sol sigue su viaje y ahora los retrata a la manera de un cuadro costumbrista. Algo así como *Los jugadores de cartas* de Cézanne, algo así como un *En el café* de Jean Béraud, por pintar tono francés colonia Roma. Una flor como centro de mesa: en ella encarna el corazón. La víscera se mueve, Pedro flota.

El corazón ha sido descubierto por unos hombres que iban a recoger nieve. El macehual ahí junto, parece un accesorio y tal vez por eso no prestan atención al importante lienzo que arrugan fuerte sus ateridas falanges. Aunque no es gente culta, los neveros entienden que la escena es importante. Se miran, cinco por cierto son cuando buscan respuesta entre sus ojos. El más joven sopesa el corazón, el más viejo le ordena dejarlo en el agujero como estaba. El sensible observa: si lo llevan consigo no tardará en pudrirse en el calor. El más listo se avanza al comentario sobre la compraventa. El más creyente clama que algo hay de divino en el hallazgo. Como los cuatro respetan al de edad pues es costumbre, voltean para saber qué habrán de decidir. El más viejo sentencia que deben dejar al pensamiento la cuestión y, como bien lo saben, la noche con su día y muchos más momentos se deben escurrir para entender qué cosa hay que pensar. Así es que ellos se van, cargando sus bolsones de piel helados, pesados con la nieve que habrá de derretirse en las casas de los pobladores tal y como las imágenes que estos cinco se llevan sufrirán el deshielo que los inundará de dudas, inquietudes e insomnio. Al día siguiente por supuesto se reúnen. Se entregan al tema que ahora, se dan cuenta, es lo más importante en sus vidas. Y aunque tienen idea de la nueva religión que ya por todos lados se ha oído, deciden que lo justo es un ritual, un ritual a su manera claro está, mezclado sí, más bueno. Así les será dicho qué mensaje, así les será dicho lo que toca. Juran guardar secreto, dan por sentado mentir a sus familias, lo que sea que no vaya a lastimar lo que es sagrado.

De repente el reloj, y Pedro tiene que irse. Larca llama al celular de Darío. Queda con él en encontrarse en el metro Insurgentes. Ella llega ahí pronto y se sienta a observar el sonido de las ruedas de las patinetas. Es un rugir muy tenue, adornado por las notas de caída, madera contra cemento, de la pirueta circense que aunque falle presume. La captura esa torsión de cuerpos, las caderas dobladas sobre sí mismas, las piernas convertidas en garabatos, las espaldas arrugadas hasta lo imposible en su relación intensa con la tabla. Y la velocidad de lo que surca sin motor, lo lento que resulta ser lo más veloz que el impulso del cuerpo humano logra y que basta para lograr que se fracture. Recuerda su triciclo, cómo atravesaba las paredes de toda la casa con sólo pedalear con fuerza y cerrar los ojos muy fuerte. Pero una tarde, acabó en el hospital, luego de haber rodado por la escalera blanca como un aluvión de estrellas que se revienta sobre la mente. El codo roto, el yeso durante un mes, vestirse fue lo difícil en el patrón de la ropa. Se acuerda de que al final de la convalecencia no quería deshacerse de su rígido brazo, tanto era ya más fácil para ella el rutinario lidiar con el obstáculo del día. Así le parecía que era ella misma: un conflicto cotidiano con el entorno. Así sintió por fin unas semanas que su cuerpo se había mimetizado con su vida.

Cuando Darío aparece no por la salida del metro sino por el andén del metrobús, ella no siente el tremendo gusto que otras veces le llena el corazón, ese corazón exaltado de la poesía provenzal. Quisiera quedarse sola contemplando lo arriesgado de las ruedas que vuelan o la tensión en las caras de los otros muchos jóvenes que en la glorieta del metro Insurgentes esperan su cita de amor sentados en las jardineras desamparadas y polvosas, sembradas de plantas que agonizan arrasadas por la crueldad de la vida urbana que las ignora. La glorieta es desde hace tiempo el punto de reunión de muchachos y muchachas que llegan y se sientan a esperar. Su nerviosismo, sus peinados y su ropa a la moda, furiosamente actual, gritan a los cuatro vientos de la ciudad de México que ahí, en ese momento, están por encontrar lo que han buscado tanto, a solas encerrados en sus cuartos en la casa de sus padres, a veces mirando revistas o leyendo en internet que les explica y les hace recibir las señales del cuerpo, ese módem de carne. Darío no tarda en encontrar a Larca y se acerca con una luna menguante en la cara, se sienta junto a ella y la besa y le dice cuánto la ha extrañado desde ayer. Sí, se ven diario, apenas han sembrado la semilla del aburrimiento que no tardará en germinar. Ella le da un beso mecánico sin mirarlo.

—Estamos como todos estos chavos, una cita de amor.

—Me fascina esta glorieta, mira esas *vayas* de contención amarillas que la rodean.

—Querrás decir vallas ¿no?, sí, es precioso cómo circundan este espacio al aire libre. Un Pi armonioso en el desastre, como el rumor deforme de la Tierra.

—Es un tránsito infinito de personas, de amor. De alguna manera terrible.

—Da miedo saber que estás a unos minutos de que tu miedo se defina. Me

enternece su aspecto, se ve que han pasado horas arreglándose para esta ocasión.

—Sí es cierto, algunos de sus peinados son de antología.

—Como de manga o de superhéroes. Ya pasó la moda del flequito en curva que flotaba en todas las frentes hace años ¿verdad? Los pelos obligados al rizo, sometidos al rayo.

—Mira, los que ya están juntos no paran de tocarse, se besan, se fajan sin pudor y se ríen de nervios, se les nota. Como que les urge quitarse la ropa. Pero a esa edad no tienes dinero para el hotel.

—Y ni quien se inmute. Toda la gente camina y camina sin verlos siquiera. Mis papás ya se estarían quejando.

—Acaban de salir del metro y la realidad sigue siendo una serie de estaciones que les son indiferentes.

—O tal vez no tienen tiempo de escandalizarse con los desplantes de la juventud.

—O saben que el amor está bien, mucha gente lo sabe aunque no lo parezca.

—El amor está bien.

—Hay que obedecer al corazón.

Entonces se incorporan y caminan a lo largo de la circunferencia del gran plato. Lo hacen dos, tres veces, todo el contorno de la rotonda, como si fueran fieles del islam que caminan un sinfín de veces alrededor de La Meca. Pero no hay piedra que se entinte de negro por la oscuridad de sus pecados. Ellos no tienen pecados.

—¿Qué había aquí en tiempos prehispánicos?

—Pues está la Romita, con su iglesia viejísima. Creo que antes aquí había un barrio que se llamaba Aztacalco y luego la gran hacienda.

—Entonces había casas, casitas de bejuco y madera. Gente que se había asentado a las afueras de Tenochtitlán.

—Sí, seguro iban al tianguis de Tlatelolco, a vender hierbas o animales e insectos.

—Aquí había gente, no puede ser que los siglos hayan borrado la presencia de esas almas.

—Acuérdate de que también había agua por todos lados, canales. Por eso todo se está hundiendo. Afuera de la glorieta se aprecia bien cómo se está hundiendo todo a su alrededor.

—Quién sabe qué pasará con esta ciudad.

—Nada, seguirá siendo el ombligo del mundo.

—Eso sí.

Salen Larca y Darío por el túnel hacia la calle de Jalapa, imantados a casa en donde está Febe quien de seguro lee o mira sentada en el suelo el dibujo de las vetas del piso como un gato abstraído en un insecto rastrero. Celso está todavía en la ferretería con un lápiz, esa especie de utensilio en peligro de extinción, clavado en la oreja. Junto a la sempiterna papelería que exhibe tétricos moños para regalos que imaginamos ya polvosos, hay una galería de diseño que resalta por lo muy

contemporáneo de su no venir al caso en esa cuadra. Al lado, una tienda de ropa y artículos de segunda mano atrae la atención de Larca. Entran. Luego de probarse varios zapatos, botas y trajes, compran un chaleco amarillo mostaza de lino y una camisa blanca de esmoquin, los dos artículos por cien pesos. Mientras caminan no pueden evitar voltear hacia arriba. Ahora el cielo con sus nubes en mármol, da cuenta de lo útil que es el lujo para impresionar.

Llegan e inmediatamente se dirigen a la biblioteca. Es la primera vez para Darío, y por eso se queda estupefacto frente al frasco. Larca se ha sentado en el sillón de siempre y tuerce el cuello como de costumbre para tener frente a sus ojos el asunto. Así, los dos forman una imagen extraña, aunque es una relación fácil de entender: la que muestra, algo indolente acaso, y el que ve con sorpresa que sí, en efecto, todo es cierto.

—Es un fetiche, un talismán.

—«Llorad, amigos míos, tened entendido que con estos hechos hemos perdido la nación mexicatli. ¡El agua se ha acedado, se acedó la comida! Esto es lo que ha hecho el Dador de la Vida en Tlatelolco». Es un amuleto terrible.

—Cuando tenía como diez años fui con mis padres a Venecia. En la escuela de los Dálmatas tienen un pedazo de la quijada de san Jorge.

—Habrá que matar a este dragón.

—No, no hay que matarlo, eso es matar el misterio. Teseo, alguna vez leí por ahí, al matar al minotauro en realidad mató al misterio.

—En su laberinto. ¿Sabías que laberinto quiere decir labor interior? Qué curioso, la gente siempre quiere salir de ahí lo antes posible. Tienes razón, no hay que matar al misterio.

—Hay que hacer que se revele. Larca, esto es un núcleo de tiempo.

—Es un escapulario de carne.

—Me dijiste que se supone que hay que trasplantarlo, ¿cierto? Hay que hacerlo, ¿tú qué crees que pasaría?

—No sé qué creo. Creo que...

—¿Qué, no sabes?

—A veces pienso que esta casa, esta familia, son el cuerpo receptor del corazón. Y ve, ¿qué ha pasado? No sé si no estamos preparados para entender, percibir, actuar con esto dentro.

—Pero los ha transformado, y de muchas maneras.

—Igual y es mejor seguir la línea del misterio.

—La línea del misterio formaría un dibujito de niño.

—Hecho con un gis gris.

Abajo se oye el ruido de la puerta principal. Ya llegó Celso y Febe sale al pie de la escalera blanca para recibirlo en mascarón de proa. Celso sube, Larca y Darío salen

al pasillo y saludan. Los padres proponen cenar juntos, por primera vez, como un formal aceptar la relación. Cuando están los cuatro ya en la mesa, el joven abre el tema con naturalidad, su voz no suena ingenua sino clara. Entienden los mayores que él ya sabe todo, por lo menos lo que su hija, suponen, le ha contado. Y como no es secreto aquello que ha formado cicatriz, el tajo tan visible termina por rasgarse y destilar. Conversación muy tibia en un principio, caliente ya después como lo que arde. El relato es ahora un fuego de manuscritos que se chamuscan.

La gente de la nieve ha decidido que su hallazgo sea un templo natural. Y hasta allá van: acomodan los braseros, los ídolos que les quedan, las flores y el copal. Y pasan mucho los años. Pensemos que aquí estamos a finales del siglo XVI. Como guardan secreto, el corazón y el cuerpo de nuestro macehual con su lienzo aterido entre los dedos se van quedando solos porque poco a poco se van muriendo los hombres, los rituales y los rezos. Se apagan o se extinguen los pensamientos que los resguardaban del frío.

Entonces, cuando están enterrados de nuevo por el blanco secreto del volcán, otro descubrimiento viene a cumplir con el futuro. Un pintor. Un hombre de aventuras y pincel cuya ambición es más grande que la belleza de la tierra mexicana que ha terminado por tragárselo. Baltasar de Echave Orio había llegado a la Nueva España alrededor de 1574 no se sabe muy bien por qué. De lo que sí estamos enterados es que pasó sus mejores años pintando imágenes religiosas en esta ciudad, que en ese entonces era puro auge, pura vida y alcuñias, aunque fuera de muy pocos. Gozo, roce social, dinero y sensuales deleites como tal vez no habría conocido si hubiera seguido la línea del dibujo trazado para él allá en España. Ahora bien, cuando todo es un pulso soterrado en las faldas de la montaña, Baltasar está cansado de las escenas bíblicas. Los tantos rostros tan santos le han impuesto la obsesión de pensar todo el tiempo en cómo se dieron esos gestos. Y ahora no los ve más verdaderos que los pliegues de las muchas docenas de túnicas que ha delineado a lo largo de tantas telas. Baltasar siente que el rostro representado no es diferente del fino encaje que la habilidad ha conseguido y los ojos en trance no conmueven más que un atuendo hecho para ocultar la carne. Cuando un gesto no es emoción sino textura o un rasgo ya no es más que el puro croquis, la vacilación encierra al artista en su prisión de celos y ata imaginación y gozo con gruesas cadenas a lo más agrio que escalda en el calabozo de dudas.

Baltasar se quita entonces el delantal de lino de Bruselas. Saca del armario su caballete de viaje y guarda sus pinceles en el estuche portátil. Sale de su estudio en el corazón de la Nueva España, no muy lejos de la gran catedral. Por unas monedas contrata a unos arrieros que durante unos días lo llevan cada mañana de paseo por las afueras de la ciudad. Arroyos, maizales, vacas, burros, casitas de bejuco, trapos la frente. Personas solas, parejas. Horizontes subrayados por colinas o pequeños puentes de piedra. Véase la colección del Museo Nacional de Arte, calle de Tacuba, Centro

Histórico para referencias visuales. El pintor no sabe distinguir si hay tristeza o felicidad en los rostros ahora nuevos de paisaje. Todo ahí afuera tiene un aire de cruda necesidad de supervivencia, de despojo y alucinación, de recuerdo que está a punto de convertirse en olvido. Desnudez resignada a su desnudez. Todo ahí afuera es un terrible trauma que ahora ya sólo ansía el alivio de un pan, de una tortilla, para vendarse la boca y que pare de sangrar.

Baltasar acaba de terminar un biombo que pretende presentar a Ana María Manrique de Enríquez, cuarta virreina de la Nueva España. A lo largo de las tres hojas que mantienen de pie las pantallas de madera, ha pintado una hermosa vista de la ciudad coronada por los volcanes que ha observado desde lejos por varias semanas. Al acostarse, el suave paño de esas cumbres le cierra los ojos y antes de quedarse dormido se dice muy quedo: mañana voy a caminar en el Popocatépetl. Y así lo hace. Se levanta temprano y se sube al caballo que le asignan sus arrieros. Parada en Chalco, madrugada, Tlalmanalco, y a seguir todas las horas rumbo a las cimas. Todo el trayecto es una evaporación de pequeños asentamientos indígenas, casuchas o chozas, como las suelen llamar, que se sienten como naves a punto de despegar hacia su planeta de origen. Y por fin las faldas del volcán, pero es el Iztaccíhuatl, se le informa, y cuando le dicen qué significa su nombre, queda encantado pues piensa que ella lo ha llamado a enredarse en su tul. Y es que Baltasar se fue hipnotizado todo el trayecto de cercanías a la montaña mujer dormida. La estuvo contemplando desde su montura en vaivén, como si fuera un recién nacido en su cuna que huele la bata de gasa de la madre que se acerca. En el momento que le dicen de apearse, todo su cuerpo es aire ligero, de alas de insectos zumbando las rodillas.

La caminata es un esfuerzo que se asume con el placer del que se funde por fin en un deshielo de egos. Baltasar quiere acostarse en las primeras nieves, desea quedarse a pelear con aquello que sus manos ateridas no podrán jamás dibujar como se debe. Entonces se suspende, se pliega a sus articulaciones y se entrega a caminar sobre lo que ahora le parece lo más parecido a la nada. Es, aunque no lo imagine siquiera — pues no sabe que existe— un monje japonés en sus montañas o un pino y su majestuosa quieta costumbre de ser eso que no se aburre de ser sólo lo que es. En términos neoespirituales, Baltasar experimenta una meditación, una iluminación.

Y así, poco a poco, al caer sube a una suerte de estado alfa, según el enfoque que se quiera seguir, para expresar lo que aquí entendemos por hechizo. Y así, con los dos arrieros distraídos aunque siempre pendientes de su exquisito cliente pues así les pareció desde que lo conocieron, llega a un punto en el que el pintor pisa sin saberlo cerca del corazón.

Hay tropezón de pie contra dedos de otro pie pero muy duros. Resulta que el deshielo, un animal, lo que se quiera, ha dejado al descubierto lo que Baltasar piensa de súbito es una piedra. Pero qué bien: el dolor, que siempre nos obliga a mirar con rencor aquello que lo causa, le hace volver la mirada y distinguir, primero con asombro, luego asco, lo que sabemos ya, es un asomo de lo terrible. Primero musita

algo como un dios santo y después grita a sus compañeros. Vienen todos y se aprestan a escarbar con prisa, antes de que la náusea brote, hasta desenterrar el cadáver. Y el corazón está tan ahí que al mismo tiempo es puesto en superficie. Aquí entonces la visión desde lo alto: cuatro hombres arrodillados en torno a un cuerpo en semiflexión, como si estuviera en posición de enterramiento antiguo, con una suerte de tela entre los dedos. Junto a él una masa casi roja con blanco en un pedazo de manta azul, todo aquello cubierto de escarcha, todo aquello duro de piedra. Y claro, los arrieros ven al pintor como en espera de instrucciones, no saben si por la jerarquía que sienten o porque él es quien ha hecho el hallazgo.

Baltasar, en pasmo, observa detenidamente como si de un modelo a pintar se tratara lo que enfrente está en naturaleza muerta. Un segundo y ya piensa cómo daría con esos tonos y texturas si tuviera que traducir al óleo lo que ve. Pero vuelve al instante y de brusco se incorpora y pregunta por la población más cercana y si fuera posible conseguir más animales que pudieran cargar un pesado cajón lleno de hielo y carne.

Y es que el asunto en su trasfondo mental es este: alguna vez escuchó que fray Bernardino de Sahagún había recogido una historia que bien podría ser la de este hombre y la de esta víscera, pero que decidió no incluirla en el material que guardó toda su vida y que años después se reuniría en la *Historia general de las cosas de la Nueva España*. Que el franciscano sabía de esto, una especie de leyenda que algún estudioso le platicó al pintor en una ocasión coctel: resulta que los muchos señores viejos y sabios indígenas que dictaron al fraile misionero sus costumbres y tradiciones le contaron que el espíritu mexica estaba en reposo en los volcanes a la espera de ser reactivado de nuevo. Sahagún habría considerado, según le dijo a Baltasar el erudito, que el registro de este cuento en su relación podría resultar obstáculo a las labores evangelizadoras. Se hablaba mucho de que su archivo había sido requisado y editado, sí. Todo esto había llevado al misionero a emprender una expedición a los volcanes, en donde le habían asegurado que se guardaba culto a los dioses antiguos. Y ahora Baltasar, con sus ojos bien abiertos de sorpresa, deja entrar en él lo que había quedado fuera de las manos del fraile.

Pero es difícil porque va a oscurecer, empezó el ánimo colectivo a derretir el entusiasmo y a calmar el pulso impresionado. Señor Baltasar, bajemos de la nieve a resguardarnos, sugirieron respetuosos pero tiesos, los arrieros. Vámonos, sí, que voy a dormir pensando qué habré de hacer. Pero como un buen pintor no olvida los detalles, Echave Orio bien que arranca lo que hay que no es de carne. El enrollado material, el lienzo pictográfico, lo que como pintura es, tela de siempre, un objeto de tiempo. Inmediatamente después de haber Baltasar agarrado lo que quiere, ya viene lo que sigue. Otra vez aquí la visión desde lo alto, los presentes echando manotazos de nieve —un óleo blanco simple— sobre lo complicado. Es curioso el hecho de que no se hayan topado con los varios sitios ceremoniales que había y que han permanecido hasta ahora en los alrededores y en las cañadas del volcán. No pasaron

ni cerca de la cueva de Alcalican, ni de la de Caluca, por decir algo. Pero es que estos lugares están para encontrarse, es decir, para buscarse. Además de que el día en que ellos estuvieron no era día de graniceros, o tlamasques o aureros o teotlazquis, o sea de las personas escogidas por el rayo para ocuparse del tiempo y que frecuentan esas ermitas.

La noche del pintor fue un entorpecimiento al descanso. Pero una lucidez, pero una claridad, pues cuando sube al entendimiento, aquel que ha captado lo importante disfruta el amplio espacio de la revelación, ese lugar solitario. Resulta entonces que regresan al centro de la ciudad maravillosa, sin peso real, sin bulto en animales, pero con lienzo sí, como evidencia para una averiguación previa. Regresan ligeros de monturas mas cargados como nunca de presagios.

Ya en sociedad lujosa, Baltasar acude a cuanta invitación le hacen. Se pasea, pregunta con cautela, vuelve a escuchar la historia, de otras bocas mundanas sí, pero sabiondas. No dice nada a nadie, claro, pues el revuelo social que imagina es mucho peor que el escándalo interno que todo esto le produce.

El lienzo, Baltasar: una tira de algodón con imágenes arregladas con prisa, se ve. Pero tú no entiendes Baltasar, hay que encontrar quien sepa hacer la interpretación. De lo que sabes de oídas, traduces lo que la tela plantea. Ahí dice, te dices, que el corazón habrá que... que la nación mexicana... que... pero nada de cierto, Baltasar, porque no hablas la lengua de los signos que te rodean. Y por eso, Baltasar, preferirás guardar antes que causar la trifulca que imaginas. Y el tiempo, como se dice, se deshace, se desbarata, pues un reloj de arena se ha volcado en tu hallazgo.

Y sí, mucho transcurre fuera del corazón que aquí interesa y que sigue sepultado en lo más quieto. Baltasar ha dejado que pase el tiempo porque no sabe qué hacer, en dónde acomodar su descubrimiento. ¿Traerlo a la ciudad, dónde guardarlo? Si no hay manera de conservar, de guardar, no hay forma de dar, ¿qué cauce? De veras que no hay modo de que el asunto cuaje, se resuelva su realidad apabullante. ¿Qué se te ocurre Baltasar?, se pregunta a sí mismo mientras resbala el pincel sobre la tela en donde plasma un paisaje de volcanes que nadie habrá de conocer jamás.

Un buen día de 1594, abrió servicio el primer estanco de nieve, servicio que más adelante se popularizó y que para 1596 ya era un jugoso negocio de la Corona. Nada como un rey que posee incluso la nieve que cubre las cordilleras. Así pensó Humboldt sobre esto en su *Ensayo sobre la Nueva España*. Conservación del frío en la ciudad, cerca de los estudiosos, para enfriar cabezas que buen juicio tendrían para hacer o deshacer algo con esta historia. Pero es un hecho que ya para entonces, Baltasar, o más bien su ánimo, ha desaparecido del radio de influencia del corazón y del cuerpo del macehual. Baltasar, ahora decrepito, es un caballo con las pezuñas gastadas. El lienzo es ya uno más de los rollos de tela que almacena en su estudio y que él mira de reojo como si fueran la muerte. El lienzo, nodo irradiador de claridad, se guarda el misterio en su recado todavía sin entregar.

Escucha bien, antes se comía así. Fíjate. Lleva todo el recaudo cerca de la estufa luego de que lo hayas lavado muy bien. Hay polvo. Arma un ejército para que puedas mirar cada vez menos dentro de ti. Habían dicho no desearás, pero hay insatisfacción o empresa como parece le dicen. Pon a hervir lo que tengas en las cazuelas o quema directo al fuego como puedas. Convéncete de que así lo quiere alguien que has inventado y está a lo lejos, los cirros, o que de veras te habla en voz muy baja. Pica bien, descuartiza la carne. No es que seas bueno o malo, pero, óyeme, no titubees, eres más bien lo bueno. Hay algo que decides que te deslumbra como joyas y que crees que se acaba, pero su olor a lujo te llega de muy lejos, ese soplo, la fetidez de lo que siempre ha vivido en el mar. Se te ha acabado la sal, pide un poco a la vecina del otro continente. Embárcate sin miedo porque los tuyos te protegerán. Lo que hay al otro lado no es más terrible que los monstruos marinos, mira con talento, es tan bello, bello como tu abominación de lo extraño. Otra casa. No para vivir en ella sino para sacar lo que hay dentro. Tu guiso es delicioso con las especias nuevas. Sácale los huesos porque si los masticas te romperán los dientes. Sólo cebollas no dan todo el sabor que te digo. Agrega hierbajos, arranca lo que puedas que no hay mucho. Guarda la sortija de matrimonio de tu madre porque por el momento no hay nada más. Llega, sí, aunque te quemes las manos en las ascuas. Allá encontrarás otros ungüentos que te harán buena cicatriz. Papas en plena descomposición si la tierra no da, pero a veces sí. Tú sabrás. Come hasta que el pan de tu abuela te intoxique. Desátate de la pobreza o llévala adonde hay muchos otros como tú para repartirla mejor. Mejor los emblemas que conoces, tu riqueza es su flagelo. Descuelga el crucifijo que no te deja tocarte por la noche. Así ellos ya no podrán tampoco. Tu azote será su desintegración. Convéncete: hacen cosas atroces los que ven el sol todo el año. Tú llevarás el invierno. Pon avena y trigo en el caldo de cola de res de tus establos. Ofrece una porción pequeña para que alcance. Antes de sentarse a la mesa dispón aceitunas y queso para abrir el apetito. El buen vino siempre al comenzar la reunión como está escrito. Buen algodón muy burdo que es fuerte para las velas del barco, escoge Nim o Génova que luego usará todo el mundo y los llamarán *jeans*. Vete en su viento para que no se torne ácido lo que está caliente de estufa. Estudia bien los astros pues son tu guía y para ellos son mal augurio. Puedes echar ajo y nabos. Lo dulce son las frutas del frío o limón con miel. Los cocos te fascinarán, pero después. Antes de entrar a la casa limpia bien tus botas porque el fango del campo

aquí es difícil para luego lavar las alfombras. Pero quedarán limpias. Hay que cocer la col muy lento porque es dura de masticar. Si te sobra la dejas que se agríe y la guardas porque cuando haya hambre encontrarás bueno su sabor. La gente con el macizo en la corona que nunca tendrás te agradecerá el esfuerzo, pero entre más lejos te vayas y más lejos te quedes más te recompensará mejor. Guarda tripas y grasa y lo que no se puede tragar bien o descompone la panza para los que trabajarán para ti, así les haga un poco de daño. Los que no comen así aprenderán así a comer. Tú compartirás su mesa y ellos jamás la tuya. Así se comía antes, fíjate bien. Lo que hay que conservar se sala en seco o se mantiene en salmuera, no como algunos que guardarán su flor alma en formol. Pero tú inventarás los museos. Les mostrarás cómo son. Pero después. Seca la carne, las frutas, los granos, la cama. No habrá ya para ellos ritos de fertilidad. Guarda todo fuera del alcance de los animales que hay muchos que se piensan corazón. Cuando ya no haya nada, te servirá tener una bodega bien llena. Para adornar se ponen servilletas blancas, si quieres las almidonas con el agua en la que cociste las papas o cualquier otro tubérculo. Que las servilletas estén algo rígidas luce bien y limpia mejor los labios y las creencias antiguas. Lo que crece bajo tierra es más útil porque es más duro, trae lo fuerte del suelo, de donde emana el centro de la Tierra. Y brilla, además. Brillará en tu piel y en tus vestidos. Si tienes ahora, así nada más no creas que es abundancia y no lo des así nada más a quien llama a tu puerta aunque sea de ellos, porque será tu alimento cuando alrededor de ti no sientas más que una brisa suave y hedionda.

—Es increíble que nunca se haya roto.

—Es increíble, sí. ¿El frasco?

—¿Nunca se ha roto?

La realidad gira y gira y sin mirarlos, rota. Larca y Darío van en coche a casa de la abuela Cristina con la comida y los artículos de limpieza que Celso les ha pedido llevar a Aurora. Han ido en metro otras veces pero ahora la carga ha propuesto ir en cajuela, por lo que los jóvenes platican sin mirarse, atentos a los dibujos que la lluvia hace sobre el parabrisas. Los limpiadores siempre borran lo escrito antes de tiempo. Al intentar leer una y otra vez sin conseguir entendimiento, Larca piensa en la fragilidad del frasco, ¿de aquello que contiene?, no sabemos.

—Siempre he tenido debilidad por lo roto. Lo agrietado, despostillado, rasgado, quebrado, cascado, cuarteado. Siempre he tenido debilidad por la debilidad. Es mi manera de estar en el mundo. Los vencidos terminan por ganar los corazones indiferentes. Como el mío.

—Dime por qué.

—No sé por qué. ¿Porque lo que no tuvo oportunidad se despliega en el terreno de la posibilidad? Lo posible es el recipiente de nuestras carencias. Y amamos nuestras carencias.

—Estar del lado de los vencidos es poder cuestionar a los victoriosos.

—Los que triunfan dan forma al mundo.

—Los que triunfan escogen.

—Los que ganaron tienen el alfabeto.

—Los victoriosos trazaron los paralelos, los meridianos. Inventaron las horas. Los barcos, los océanos. Los países, los linderos.

—Diseñaron los coches y las familias que viajan en ellos.

—Inventaron las mesas y las camas.

—Los sueños y lo que hay que interpretar como pesadillas.

—Diseñaron la ropa y los cuerpos que se ponen la ropa.

—Diseñaron las plumas y las computadoras. Y lo que hay que escribir.

—Escribieron las ideas que hay que pensar.

—Pensaron lo que hay que pensar.

—Llenaron los museos con lo que hay que mostrar.

—Construyeron las escuelas y los programas de estudio.

- Dijeron lo que hay que decir.
- Trazaron las ciudades y las calles.
- Decidieron quién camina en ellas.
- Decretaron cómo se trabaja el campo, qué es lo que se va a sembrar.
- Diseñaron las casas y la forma de vida.
- El lugar de cada quien en la casa.
- Dónde está la puerta de entrada y cómo son las ventanas y los techos.
- Inventaron los baños y los ritos de limpieza.
- Pusieron la televisión y los espejos.
- Esparcieron el plástico.
- Diseñaron las cocinas.

—Según quién va a trabajar en ellas. Una vez me contó Aurora que cuando Otilia su mamá acababa de llegar a trabajar a casa de mi abuela, en 1930 más o menos, cocinaba quintoniles, acelgas, frijoles, hacía tlaxcales, tortillas y asaba chapulines. Se los ofrecía a sus patrones, pero a ellos no les gustaba su comida. Pocos días después le dijeron que tenía que aprender a cocinar de verdad o se tendría que ir. Entonces se afanó mucho porque no podía perder el trabajo. Poco a poco se fue acostumbrando hasta que le gustó. Y que después cuando iba a su pueblo a visitar a su familia cerca del convento de Tecamachalco rumbo a Puebla, ya no le gustaba lo que comían ahí. Había perdido el gusto por lo suyo. Aurora me dijo que su madre le platicaba mucho de ese convento, que está todo decorado por Juan Gerson, un indio tlacuilo que pintó imágenes muy lindas sobre la vida del Cristo y los frailes franciscanos, todas con la técnica prehispánica combinada con la manera en que a los españoles les gustaba ver las historias. El caso es que Otilia se convirtió en una superbuen cocinera de delicias francesas y españolas. Al paso de los años le fue enseñando todo eso a Aurora. Aurora vivía con ella en la casa desde que nació y se quedó ahí después de que Otilia se murió.

Llegan a la preciosa casa antigua de la abuela Cristina en donde los espera la muchacha vieja sitiada por telarañas electrificadas y esquinas de púas con polvo inalcanzable ya no por su estatura sino por la mirada ya toda penumbra y por la frágil osamenta o estructura vegetal. Aurora en la intensa sequía.

- ¿Qué me trajiste, Larquita?
- ¿Cómo estás, Aurorita linda?
- ¿Pues cómo me ves, me trajiste el espejo?
- ¿Pediste un espejo?
- ¿No te lo dio don Celso?
- ¿Se le habrá olvidado?
- ¿Ya buscaste bien?
- ¿Este es el espejo?
- ¿Está muy chiquito?

—¿Te alcanzas a ver?

—¿Así soy ahora?

Darío las oye sin verlas mientras recorre la planta baja de la casa. El recibidor, el comedor, la sala. Se cuela hasta la cocina y revisa con la mirada los trastes en los anaqueles, las manchas de las dudas en el techo y la vieja alacena con cubierta de granito blanco muy gastado. Hay una virgen enorme sobre la repisa más alta y junto a ella, un vaso con flores secas de tanta devoción. Regresa a la sala. Los objetos están absorbidos por una intensa penumbra pero despiden brillos que a Darío le parecen iguales a los que las estrellas ya muertas despiden. Todo está apagado pero hay luz. Se sienta en un sillón con cojines rojos descosidos por conversaciones interminables que le ponen en la boca sabor de vino y *whisky*. Larca y Aurora se han ido a sentar a la cocina. La joven acomoda cosas en las repisas.

—¿Pongo aquí la miel?

—¿Cómo están en tu casa?

—¿Cómo estás tú?

—¿Dónde tienen el corazón?

—¿Cuál de todos?

—¿Lo tienen en la biblioteca?

—¿Cómo sabes?

—¿Te da miedo?

—¿Por qué?

—¿No te gusta?

—¿A ti te gustaba?

—¿Cómo no me iba a gustar?

—¿Por qué hablas de eso?

Darío llega a reunirse con ellas y se sienta en la mesa que está junto a la estufa. Le parece extraño que el diálogo que sostienen desde que se saludaron sea una sucesión de preguntas.

—¿A usted qué le parece esa historia?

—¿Pues qué me iba a parecer?

—¿Qué sabe de todo eso?

—¿Qué voy yo a saber?

—¿No nos quiere decir?

—¿Decir qué?

—¿Por qué siempre responde con preguntas, Aurorita?

—¿Usted cree?

Darío se da cuenta de que también se dirige a Aurora con preguntas y piensa fugazmente en la vejez, la sabiduría por conjetura, el halo de misterio que incita a indagar en el hondo pozo de los años que humedecen a esa persona que pronto se ahogará en una laguna muerta limoverdosa. Larca y él se quedan callados. No cruzan

las miradas, no, no hacen un gesto y por eso les parece que los coches que se oyen afuera han estado en tránsito durante muchos siglos de incertidumbre. De repente Aurora se levanta, pone un pocillo de agua en una hornilla y saca una bolsa de plástico llena de hierbas para, suponen, hacer una infusión.

—Traen muchas preguntas ustedes. Yo no sé casi nada. Los patrones hablan inglés, francés y yo pues ya no hablo más que español porque mi mamá me hablaba en náhuatl pero se me olvidó. En las fiestas que había aquí hablaban muchos idiomas, ¿qué iba yo a entender? Hasta cuando hablaban el español me semejaba como si fuese extranjero de tan bonito que decían. Cuando se peleaban los señores se decían en francés para que una no entendiera. Mi mamá maldecía en náhuatl también. Yo me quedé en español porque era la lengua de mi trabajo. Pero sí que conocimos que el corazón estaba en náhuatl mi mamá y yo. Mi mamá me contó de cuando llegó el corazón. Yo estaba tiernita, me contó. Lo trajo la señora Cristina luego de que fueron al entierro de la señora Concha, o sea su mamá. Lo puso en la biblioteca la señora, en una repisa. Casi no cabía por tanto libro. Lo puso ahí, nada más. Mi mamá me dijo que le dijo la señora Cristina que era un corazón muy importante para México. Mi mamá me contó que se quedó callada y que cuando la señora vio que mi mamá se quedaba callada la señora pues se quedó callada también. Luego le dijo: este corazón es como si fuera tuyo, y mío también. Y que entonces mi mamá tampoco dijo nada y que la señora pues tampoco ya no dijo nada. Luego le dijo: este corazón es de un indio como tú, yo soy mezclada, no soy tan india como tú porque mis padres ya vinieron mezclados. Tú también estás mezclada pero no tanto como yo. Este corazón fue el último que sacaron antes de que la Gran Tenochtitlán desapareciera para siempre, antes de que cambiara la forma de vivir y se siguieran las maneras de los que llegaron. Y que entonces mi mamá le preguntó: ¿y para qué sirve?, y la señora le contestó: sirve para que sepamos que todavía queda algo que recuperar. Y que mi mamá le dijo: señora, ese corazón hay que sepultarlo para que descanse en paz. Y que entonces la señora Cristina dijo muy bajito: tal vez tienes razón, Otilia. Vente, vamos a hacer la comida. Y que entonces las dos se bajaron aquí a la cocina a guisar toda la mañana porque vinieron muchas gentes a dar el pésame por la muerte de la señora Concha. Eso me contó mi mamá.

Para el dolor de estómago, el malestar o la descomposición social, para el cuello blanco, el retortijón, la corrupción, póngase un pocillo con agua en el anafre hasta que hierva. Añádase un manojo de ruda, mejorana, huizache. Se deja reposar un momento (el tiempo se mide de otra manera, no podemos decir cinco minutos, pero si pone alka-seltzer o pepto-bismol ya sí puede decir cinco minutos) y luego se vuelve a hervir. Ya que se dejó reposar de nuevo se sirve cuando la persona está recostada y bien tapada.

Metete en ti,
que entre en ti el rumor de las plantas.

Que como el humo, se cuele dentro de tu cuerpo, ideas, indignación y pensamientos.

Cuando hayan llegado a tu ombligo, las plantas o el plato dirán una oración o una consigna para que de ti salga el malestar o la inconformidad y así expulse todo eso, porque sea lo que sea lo que se te ha metido, ellas lo sacarán.

Así lo hemos sabido desde siempre.

Siento en mí crepitar,
desde hace mucho, el bullicio de lo que adentro no me deja de hervir.

Biblioteca. Celso de pie busca un libro. Larca y Darío mastican y sorben mientras observan los pantalones desgastados y el cinturón de cuero café del padre. Una canastilla con un trapo blanco guarda el calor de las quesadillas y una jarra pequeña humea chocolate caliente. La charola de la cena, muy raspada y ajada, es de madera laqueada de Olinalá. De repente, molesta, Larca gira los ojos hacia las mandíbulas de Darío que al formar el bolo alimenticio hacen crac, crac. Un *flash* le dice a ella que este es el momento justo en que empieza a encontrar graves defectos en su novio. Llevan casi un año y la perfección empieza a oler a podrido. Celso encuentra lo que busca.

—Aquí está, *Camera lucida* de Salvador Elizondo, editado por Joaquín Mortiz, 1983.

—¿Ahí está el cuento sobre el corazón?

—No es exactamente sobre este corazón pero yo estoy seguro de que está inspirado en nuestra historia. Mi madre me contó que una noche Elizondo fue a cenar a la casa junto con otras personas y que quedó muy impresionado con la historia. Me dijo que la reunión duró hasta tarde, que Salvador insistía en que le aclararan hasta los más mínimos detalles. Que hacía muchas preguntas, que varias veces no pudo evitar reírse frente a lo descomunal del hecho aunque en general se le veía serio, cautivado. Luego nunca volvieron a saber de él. En este texto Sherlock Holmes está con Watson en su casa. Tocan a la puerta y alguien entrega un paquete que contiene un corazón en un frasco de vidrio. Se llama «El rito azteca», léanlo. A ver, aquí está.

Celso lee un fragmento:

—«Dentro de una caja de cartón, empacada con papel de china, hay un frasco de vidrio como los que se emplean comúnmente para guardar confitura o pepinillos encurtidos. En su interior, sumido en un líquido diáfano, flota, lívido y tumefacto, un corazón humano».

—Bueno, lo que me parece interesante es que, según yo, propone que esta historia no puede resolverse racionalmente. Él escoge mirar la situación desde un punto de vista detectivesco para, justamente, enfatizar lo descabellado del asunto. Es decir, en esta historia no hay elementos que puedan asociarse lógicamente. El enigma tampoco puede ser trabajado como un crimen pues no hay arma, ni sospechoso, ni cadáver, es más, no es un crimen lo que no se dio en el contexto de las leyes contemporáneas, además los siglos... no sé, en fin. Bueno, pues el relato se resuelve con un final

deliciosamente absurdo: el frasco se rompe y la víscera se autocombustiona. Holmes opina que se debe al exceso de fósforo en la alimentación. Al calce de la página dice «continuará» y salta al final del libro en donde la presencia material del corazón se diluye en otra historia. Bien. Pues sí. Es extraño, estimulante. Ya hasta dudo que sea relevante, pero bueno, como dato anexo sí. Además, la verdad yo sí creo que él se inspiró en nuestra historia.

Levanta y es un sable en el brillo. Asesta y un venero de sangre. Corta. El circuito de venas. De nuevo arremete y. En su rostro una constelación de rojas. Las gotas que se limpia hasta pintar la máscara. Abre y los dientes. Amplios los ojos. Blanco y blanco producen esa mueca y es odio. Con los dedos se crisan los pedazos de vidrio, con el cuello se hincha hasta que el grito es hueco. Y se alza de espanto. Sudor, sudor en sus almohadas y en la viscosa negrura. Pero entonces ya huele, huele que su marido, huele que el camión es el de siempre. Encuentra su vaso de agua y bebe. Bebe todo. Quiere quitarse el pelo pero el pelo pegado ya son tendones adheridos al cuello. A ciegas adivina sus pies en las pantuflas. Pezuñas, se dice al caminar en puntas, pezuñas de una mujer de China. Se va por el pasillo y en sus muros, los pasos se la tragan. No sólo en la oscuridad andamos todos a tientas. Febe llega a la biblioteca para sentir lo vivo. El corazón jamás, jamás el corazón ni cuando se distrae se queda dormido. Enciende y el frasco, la opacidad de embebida estopa gris topo. Agarra lo que puede en las repisas un libro. Lee, lía, liga un cuento de niños que a Larca nunca le gustó. Ella ahora lo entiende, todo lo dilucida a solas.

Tiene lugar, por supuesto, el festejo familiar ocasional, Navidad, Hanuka o Thanksgiving, lo mismo da en una familia confundida por las creencias. Sobrinos, tíos y primos se reúnen por compromiso o por cariño no siempre. El pretexto es algo místico-tradición generalmente, como exige la civilización, esa estatua desmoronada en medio de nuestra selva. Familia de distintos, cada quien en su casa se espiritualiza como puede o para nada. Febe, por ejemplo, mantiene un altar: una mesa en la sala visitada ocasionalmente por polvo e incienso en donde tiene fotografías de sus ancestros, un cuenco de plata con monedas viejas y billetes de la antigua urss y de China, India, Filipinas, y más, de su colección juvenil que sirven, dice, para atraer el dinero o simplemente para no ahuyentarlo. La foto de su hermosa madre es una advertencia sobre la fidelidad de los genes, sobre lo pertinaz que puede ser la forma de la nariz para perpetuarse a través de las generaciones. Y velas, muchas velas, veladoras para iluminar objetos, deseos y aspiraciones rendidas por los años que han vencido. El tío Pedro, por su parte, ahora que es la moda, se yoga todo el tiempo. La tía Nena, en cambio, tiene una Guadalupana bien adorada por flores frescas cada tres días en franco honor al olor que ella considera, como lo dicen su dentadura y sus perfumes, lo más refinado de la naturaleza.

Y así han escogido el alma o no, los diferentes miembros de la familia. Pero sí, la tía Nena es muy árbol y esferas, muy coronas de pino, muy pesebre y pastorcitos. Aunque tiene la tía Nena su lado semioculto que se insinúa en el heno que pone como elemento suspense del nacimiento. Aun cuando nadie se entusiasme demasiado, lo que todos esperan es poder beber mucho, libar de la ilusión de ser felices, muy felices al menos lo que dure la reunión que los autoriza a servirse para esperar los efectos que les gustan a todos, claro que sí. Las secuelas que los hacen de repente verse unos a otros no como despojos miserables, fracasados, deprimentes deshechos, sino como seres humanos graciosos en sus cutis de mala calidad heredados de los abuelos, con sus ropas desvencijadas y torcidas como personalidades mal puestas que, colgadas del sarmiento de la vid o del maguey, adquieren la encantadora aura de los extravagantes. Los efectos microscopio y ahondar, sentir curiosidad por lo anodino de un pariente y su pulular de microbio interesante, los efectos telescopio y panorama, perspectiva hasta encontrar que sí hay orografía o cráteres inexplorados que se alzan ante las bolsas de marcas pirata, las corbatas de mal gusto o la elegancia sencilla.

Y cuando ya recogen los platos, Larca y la tía Nena se encuentran al vaciar los ceniceros y arrastrar de los platos los huesos de pavo hacia el bote que luego escarbarán festivas ratas glotonas. Solas en la solidaridad de la cocina han empezado a comentar lo que destila siempre en el núcleo familiar de la sobrina.

—Pues yo lo tiraría a la basura, Larquita.

—¿De plano?

—¿Mírame, chatita, de verdad tú te crees ese cuento?, ¡es un embuste, por dios, Larca! Mi abuelo pagó una fortuna por ese capricho estúpido. Es asqueroso además, un pedazo de carne casi podrida, si por lo menos hubiera sido un objeto bonito, una antigüedad de valor, óyeme, algo que hubiéramos podido vender después, no sé, un cuadro de un artista importante, un Correa por ejemplo, un candelabro de Tolsá, o de menos una de esas latas con popó de artista interesante, qué se yo, un Frida Kahlo, también medio asqueroso pero ¿ya viste cuánto vale ahora? Se gastó un dineral, no te imaginas a mi abuela, ¡juy!, el grito en el cielo, me contaba mi mamá. ¡Y nosotros sin conocer las islas griegas, los niños tienen que ir a París!, le reclamaba a su marido. En ese tiempo había que ir a París, pero creo que hoy no tanto... como que ya no pasa nada en París, ¿verdad?, tú me dirás, ¿a dónde te gustaría ir?

—A la Isla de Pascua. También desde niña quiero ir a Madagascar.

—¿Ves?, ¡viajar, conocer lo que hay fuera de este país subdesarrollado de salvajes!, ni siquiera animales exóticos ya hay. Pero no, él era de antojos, ¿ya sabes? Y además, se le volvió una obsesión, y en la familia una mancha, una sombra. Nada más pensaba todo el día que si el corazón esto que si el corazón lo otro. Hasta desatendió sus obligaciones como padre de familia. ¡Puras estupideces!

—Si lo piensas bien, no es una estupidez, tía.

—¿Y qué le ves de importante?, a ver, explícame, ¿qué no ves que tu mamá hasta se enfermó, qué no la ves?, está como hipnotizada todo el tiempo, ¿y tu papá, qué me dices de tu papá? Agarró eso del corazón y se obsesionó también. En lugar de haberte llevado de viaje, de haberte mandado a estudiar fuera, no sé, en lugar de haber hecho algo con su vida. Perdón que te diga eso pero es lo que yo pienso, Larquita. No hizo nada tu padre, se quedó con el negocio, bueno, lo que quedó luego de que mi papá, eso sí, se gastó todo. Pero Celso no se esmeró en crecerlo, en volver a hacer algo grande como antes que éramos la ferretería más importante del país con ganancias muy grandes, ¿me entiendes? Toda esa mente tan brillante que tiene tu papá puesta sólo en el pedazo ese de carne en el maldito frasco.

—Bueno, te entiendo, tía Nena, tú no crees.

—¿No creo qué?

—Ya sabes, tía Nena.

—Ay, Larca, por favor.

—¿Qué?

—¿Qué es eso de México? Eso no existe.

—¿México no existe?

—Es una idea bonita, México. Algo que había hace mucho tiempo. Pero todo se va transformando, ¿me entiendes, chata?, es bonito ir a los museos a ver vasijas y figurillas, es bonito conocer lo remoto. Es como la gente que le gusta el birdwatching, ¿ya sabes?, lo que está entre nosotros, como los pájaros, pero que es demasiado ajeno, como raro, muy alejado de lo que somos. A mí los museos me encantan, tú lo sabes, los miércoles tengo mis tours con mi grupo de arte. Me encanta ver todo eso. Pero luego sales y ves lo que hay ahora. Y eso que ves que hay ahora es lo que iba a ser de todas maneras. ¿O qué, Larca, eso que ves ahora no es México también?

Birdwatching

En este extraño viaje nos hemos visto viendo los plumajes exóticos, las fuertes zancas, los ojos astutos refugiados en nidos hechos con duras varas de tierra y patas secas. Los picos esculturas de material precioso, brillante jade o coral, lo que comen que tinta los collares. Ojos indiferentes fijos como agujeros de máscaras. Binoculares orientados a mundos excéntricos de pájaros que vuelan en círculo, de penachos soberbios los guerreros que se mueven con torpes sobre presas y danzan para graznar que a lo lejos se acerca un caracol. Vuelan en ti con su orgulloso atuendo de plumas y piedras en este túnel que traemos en los ojos. Hacia nosotros viene más presente que nunca, a comer serpientes y hierbas, lo que queda de gusanos o de una ficha técnica de museo. Y en su elegante yacer sobre un altar, hay que vernos en lo negro de su obsidiana. Pica en las entrañas para luego cantar como si llama, la incomprendible lengua, esos cantos, la distancia que escuchamos en nuestra observación. Mira en las hojas el fulgor radiante del agua en la que se transportan mercados y criaderos. Mira lo raro que es, cómo se mueve, cómo reza, cómo come lo poquito que come. Y su duro esqueleto. Y su tensión adentro, esa ave que sabes que te ignora, que te desaira y muy cruel, muy cruel en su violencia.

«Muchas veces despierto ahogada por el olor a formol y me alzo. Me tardo lavando mis manos y mi cara vigilada por la urna transparente que lo encierra. Algo en mi lengua me dice prueba y mis encías rechinan hundidas en su herrumbre pastosa. Su tufo baja desde mi boca hacia la cavidad faríngea pero no es vómito lo que me gana sino la insistente presencia del cautivo que en mí encarna y aúlla. Me recuesto sin ver, en mis pestañas húmedas y con el agua dejo en la almohada máscaras mojadas».

Larca

Madrugada de noviembre. 7.º C que se sienten más fríos por la falta de calefacción en las casas de la ciudad de México que no están acondicionadas para el paulatino cambio del clima. Aturdida como está por sus cavilaciones, Larca alcanza sin embargo a pensar que tiene que conseguir una pijama de franela.

Como pocos recuerdan, además de Guillermo Tovar y de Teresa (qepd), obvio, y los estudiosos del arte colonial mexicano, Baltasar Echave Orio murió cerca de 1620, ¿en México?, se preguntan los textos biográficos indecisos. Sí, sin haber resuelto, sí pero no como para llevarse el secreto a la tumba. Porque los arrieros nunca olvidaron su aventura con el pintor. De ahí que no es secreto lo que más de tres saben. Ya lo sospechó Nietzsche: «Pocos serán los que, en la necesidad de un tema de conversación, no revelarán los más secretos asuntos de sus amigos». Y aunque no eran amigos pues sabemos que la relación obreropatrolal no es trato para pasar un tiempo agradable juntos, resulta que cuando uno de ellos llamado José Salvador Cuitláhuac estaba ya en su cama por morir, se encontró en la necesidad como tantos otros al despedirse, de decir algo no tanto como famous last words sino más bien como algo de lo muy guardado en la bodega del tórax. Y fue su hermana muy menor, que se llamaba nada menos que Yolotzin, que quiere decir corazoncito, quien se encontraba ahí junto a él porque todos los demás estaban echando chisme y pulque afuera de la casita de palos del agonizante José Salvador Cuitláhuac. Yolotzin, muy buena y filial le ponía a su hermano mayor trapos húmedos en la frente y el vientre cuando de repente él musitó: Yolotzin, una vez desenterré yo mismo un corazón en las faldas del Iztaccíhuatl. Estaba el señor pintor y también estaban José y Carmelo. Yo mismo lo rocé con mis uñas al escarbar. Puedes averiguar porque yo sé que es algo grande. Y luego de decir por fin, por ahí del año de 1670, Juan Salvador Cuitláhuac murió a los noventa y tantos años de edad.

Lo que sigue es Yolotzin sin decir mucho pues era de familia eso de no platicar tanto. Lo que sí ocurrió es que cuando se fue para la ciudad de México a trabajar de sirvienta en opulentas casas como todas sus primas y tantas igual que ellas por nacer hasta hoy en día, tuvo la oportunidad de escuchar, y de escuchar mucho. La ciudad era un hervidero de bocas. Dentro y fuera de las casas las lenguas, sus chasquidos, su sonar con los dientes y los labios. Bla, bla, bla, en el mercado, bla, bla, bla en los lavaderos, en la casona que trabajaba. Junto a la señora, lejos de ella, en las habitaciones, las cocinas. Y todo casi en náhuatl, la lengua que expresa lo que la tierra tiembla. Es verdad que los españoles se encontraban sitiados por el ronroneo, el ruido atmosférico sin significación para ellos que los envolvía, como el hablar de los pájaros que sin saberlo nosotros entre ellos comentan todo el tiempo sobre nuestra vida. Y así, en el ir y venir de sus faenas, escuchaba Yolotzin por aquí y por allá lo

que sus colegas comentaban. Alguien que oyó a los patrones, otro que escuchó en la esquina de la catedral, puros cuentos para unos, leyenda sagrada para otros.

Así siguió el siglo y Yolotzin, montada entre lenguas e historias paralelas, cumplió ochenta y tres años, calculaba ella, en la misma casa en la que llegó a trabajar por primera vez muy jovencita. Pero cuando mero cumplió ochenta y siete, se enfermó. Con la desavenencia, mensajeros al pueblo. Y uno de sus sobrinos fue por ella. La señora de la casa, también tan vieja ya, le dio al dicho sobrino para el costo de la carretita en que llevar a la descompuesta tía y alquilo para que comprara velas que cuando llegara su hora iluminaran el alma de su sirvienta de años rumbo al cielo. Bueno, pues sucedió que a medio camino hacia su casa, Jesús, el mentado sobrino, detuvo la carretita para llenar su guaje de agua en un ojo que le brilló entre la hierba. Entonces, luego de un trago que se le derramó todo entre los labios, Yolotzin le musitó lo que su hermano le confiara: mira, Jesús, una vez, antes de morir, José Salvador Cuitláhuac, tu tío, me dijo que desenterró él mismo un corazón en las faldas del Iztaccíhuatl. Que estaba el señor pintor y también estaban José y Carmelo. Él mismo lo rozó con sus uñas al escarbar. Puedes averiguar porque él me dijo que sabía que es algo grande.

Y parece relato absurdo porque sólo hay que contar que Jesús hizo lo mismo que su tío y su tía. Cuando lo mataron de un cuchillazo afuera de una pulquería en el barrio de la Candelaria, tuvo a bien decirle a su compañero de juerga: Martín, una vez, antes de morir, Yolotzin mi tía, hermana de José Salvador Cuitláhuac, me dijo que él, mi tío, antes de morir, le contó que desenterró él mismo un corazón en las faldas del Iztaccíhuatl. Que estaba el señor pintor y también estaban José y Carmelo. Que él mismo lo rozó con sus uñas al escarbar. Puedes averiguar porque ella me dijo que él le dijo que sabía que es algo grande.

Y luego, el enlace que ata, sujeta, anuda y liga. Por eso le dicen cadena.

Porque en efecto, años después, Martín, justo antes de cerrar los ojos en su casa cerca de Azcapotzalco le dijo a Cándida, su esposa: Cándida, una vez, antes de morir, mi amigo Jesús me dijo que una vez, antes de morir, Yolotzin su tía, hermana de José Salvador Cuitláhuac, le dijo que él que era su tío, antes de morir, le contó que desenterró él mismo un corazón en las faldas del Iztaccíhuatl. Que estaba el señor pintor y también estaban José y Carmelo. Que él mismo lo rozó con sus uñas al escarbar. Puedes averiguar porque él me dijo que ella le contó que él le dijo que sabía que es algo grande.

Y Cándida, cuando ya sintió que se iba a morir, le dijo a su prima Itzel, que una vez... (todos los que escucharon y al morir dijeron que sabían y) que es algo grande. Y aquí llegamos a Toquiatl, último eslabón de esta cadena oral y personaje importante en esta historia: óyeme, Toquiatl, dijo Pedro Miguel, fíjate, una vez antes de morir, Itzel mi abuela me dijo...

Así, pues, se difundió el rumor poco a poco o en vértigo por boca de varios que llegado el momento se dedicaron a morir. Años, generaciones pues. Y los que

recibieron el mensaje tan callados como los muertos, sí. Muy calladitos todos.

¿Pues cómo no iban a estar al silencio abrazados?, si su palabra ahora ya era un río difunto, un río entubado como el río Piedad ahora viaducto, como el río Magdalena hoy avenida. Como los moscos, que necesitan agua para reproducirse, su voz ya no tuvo dónde hacer larva, dónde crecer y desarrollarse como todas las voces alrededor del mundo que siguieron desplegando no sólo cantos sino ideas, zumbidos, picaduras. Y las ideas ya se secaban, ya no prendieron como cualquier ramita echa raíz según su suelo. «¡Pero si esa gente vivía en la edad de bronce!», como me dijo un sevillano en una cena hace poco. Pero como la rueda, dicen: había una rueda para cada quien, que cada quien se inventara su rueda. Pero a los que el filo de la ostia ineludible todavía sin mojar en vino que ya luego fue sangre les había cortado la cabeza, no tenían ya el ánimo porque sus neuronas valían ya menos que las cuentas de vidrio, decían, menos que un tlacoyo de ajolote o ahuatele o sea mosco en el mercado a las orillas de los que fueron canales. Toda esa imaginación bajo el estruendo sobre los adoquines y los cascos del caballo ciervo o centauro decían.

Hasta que en 1699 sucede algo extraordinario: se muere el obispo de Puebla, Manuel Fernández de Santa Cruz y Sahagún, y decide, en un gesto espléndido de estética gore, dejar su corazón a las hermanas del convento de Santa Mónica en Puebla. Sí, el corazón del amigo de la gran poeta sor Juana Inés de la Cruz, mismo que además firmó como la famosa sor Filotea, es extraído de su tórax, embalsamado, momificado y puesto como reliquia que habrían de adorar monjas y fieles. Aquí hay que mencionar la duda bien fundada de Celso sobre el conocimiento que la poeta tenía de la leyenda del corazón y que tuvo a bien contar en cartas ahora desaparecidas, al obispo. Pero bueno, en cuanto llega a oídos de los muchos indios ya catolizados la noticia de la desafortunada ofrenda del prelado, corre la voz en la fronda náhuatl y el submundo de los sin nombre se agita. Y de nuevo, cuando un aguador vende agua, comenta con su cliente, cuando una señora prepara el tlacoyo de haba o de ahuatele o sea mosco en el mercado, comenta con su marchante, cuando en el estanco de hielo se hace la fila interminable, los que esperan entre ellos murmuran.

Y de esta manera el jovencito Toquiatl, a quien Pedro Miguel contara lo que Itzel le transfirió por confidencia de Cándida la que a su vez sabía por conducto de Martín su marido, mismo que se enteró por el moribundo Jesús cuya tía Yolotzin le había confiado las últimas palabras de José Salvador Cuitláhuac su hermano, se da cuenta de que en efecto los asuntos del corazón en tanto que molote son importantes. Y se las arregla para ir a Puebla, Toquiatl, que no estaba a cuatro horas como ahora, sino a muchos caminos, marchas, burros y días, y de menos un pernoctar en campo abierto, para ver el corazón del señor obispo, y cuando está ahí y observa, ve, mira y con detenimiento medita, bien que se imagina que igual podría estar así, adorado y como quien dice apreciado como algo de muy sacro y relevante, el palpitar del alma soterrada del cautivo-guerrero que descansa protegido por la muy señora volcana

Iztaccíhuatl.

Antes de relatar lo que sigue, es necesario decir que Toquiatl sí se propuso buscar, desenterrar, poner altura a lo que ya tenía por misión personal: sacar de su nieve silencio al corazón y darle ceremonia o lo que fuere para rendir batalla a lo que debía salir, encenderse e iluminar tanta tristeza. Y hay que reconocerle a este muchacho lo que hizo, porque alargó lo más que pudo aquel rumor en su incesante buscar en la montaña lo que nunca encontró. Trató, trató y trató hasta por ahí de mil setecientos cincuenta y tantos en que murió no tan viejo como hubiera querido su recia constitución, que no pudo con tanto. ¿Por qué si dio su vida no se le concedió el único anhelo que terminó por hacerse delirio? Habrán de responder algunos con reflexión espiritual, que se buscaba a sí mismo, que fue sólo vehículo, habrán de ofrecer un enfoque empresarial quienes piensen que no tenía clara su misión / visión. Otros menos enfocados pensarán que fue la suerte o el momento histórico que pesa. El caso es que a veces Toquiatl se decía, dijeron quienes lo conocieron, que si no encontraba era porque así en lo alto se quería, como dar un ejemplo a los resignados al molde, a los que lo rodeaban y se ponían a escucharlo clamar por un nuevo momento de lucidez, por un buscar lo que se había perdido, para que recordaran los entristecidos ese algo que ya empezaban a olvidar. Pero los amoldados ni siquiera sabían muy bien que ya eran una adaptación, pues la forma del troquel no se distingue fácilmente cuando sus bordes han sido destruidos.

Con el pelo hecho nidos de alimañas, hasta la cintura le caían los despojos a Toquiatl. Flaco, flaquísimo como si fuera el buda que meditó en los bosques en ayuno, también Toquiatl. La piel en úlceras friolentas y rojas de tan quemadas por el hielo y las ramas, un judas imaginado en papel maché con sus cuernos de diablo, dios pagano, fauno de las cosechas, harapiento y sin dientes ya casi y las ojeras desesperadas. Con la mirada inyectada de locura, se fue, se fue, se fue, mientras muy quietos sus ojos se llenaron de escarcha.

Así se quedó Toquiatl, tieso, un escultura de pulpa de maíz púrpura, bien congelado, con los omóplatos tan salidos que quienes lo encontraron le vieron alas y le llamaron demonio del Mictlan y chalchiutecéotl, el búho nocturno, también por las orejas puntiagudas carentes todas de grasa. Cerca de los centros ceremoniales del Iztaccíhuatl se quedó Toquiatl sentado por el cansancio, a mirar, supongamos, las cimas.

No reconoces los signos. Sí, son letras. Pero. Lo único que hay que saber leer es la suciedad de la ropa, las sábanas, la casa. En los calzones están escritos los ciclos y las enfermedades, la escasez y la abundancia. En otras prendas se interpreta el sudor, si dulce o amargo habrás de leer. Aprende. Los zapatos dicen qué tanto y en dónde se ha estado o si todo es un deambular. En la cama se descifra el insomnio, la indiferencia, la pasión o el delirio. La mesa, después de las comidas, fíjate bien, tiene las huellas de la insatisfacción, la prisa, el sosiego o el bienestar. No necesitas conocer a la gente, tratarla, hablarle o que te hablen. Para entender mejor apártate. Sólo a solas cuando sirves puedes leer de verdad.

Con eso de que hay que comer y vestir, tener trabajo es menester pues no hay de otra. Los que conocían lo que ya era leyenda urbana, rural y hasta hogareña en ese entonces, no asuntaban qué hacer con ella, por falta de tiempo o de ganas también, pues la verdad es que ya pasó mucho tiempo desde que no existen los de por sí desheredados. ¿Hacer algo, qué hacer?, ¿se podrá? Muchas revueltas de indios sofocadas (no se pudo), por lo que mucho quedarse abajo, muy muy abajo en la urdimbre del poder decidir, del tener propiedad, de mandarse a sí mismo. Como que ya no hay ánimo, ¿quién quiere que lo entierren hasta el cuello para que las hormigas le coman los ojos y la lengua? Y además, tanta deuda que vendrá en la tienda de raya muy pronto. Entonces, lo que vino a entusiasmar fue el interés de ganar algo con el mentado corazón del cautivo, por pensar algunos en náhuatl que en castellano había mucho interés por las cosas perdidas, y que monjes e intelectuales andaban avivando lo que por sus iguales ancestros había sido arrasado.

Esos entusiastas fueron los que habían oído desde niños las historias de los que habían visto a Toquiatl rondar como un fantasma desvencijado en los alrededores de los volcanes. Precisamente en San Pedro Nexapa, muy cerca de Amecameca fue donde un grupillo de muy listos se decidió a encontrar, imaginar llevar a la ciudad de los palacios y procurar ubicar quien pagara buena suma por la valiosa entraña. Y aquí hace falta que se encuentren en un punto las dos vías, la de los jodidos eso sí emprendedores y la de los poderosos, eso sí muy cultos, porque como sabemos, ya había uno que otro ilustre que conocía el relato que alguien había contado que alguien había dicho que alguien había escuchado a fray Bernardino de Sahagún o que tal vez sor Juana.

Así resultó: los listos se organizan como para tener éxito en hallar el corazón que, saben muy bien, no quiere ser hallado. Pero a fuerza de meses quizás años, y uno que otro empulcado que se desbarrancó, uno que otro desorientado que se perdió y uno que otro desesperado que mejor se volvió a su casa, dieron con el tesoro unos tres que andaban juntos más por miedosos que por hacer equipo. Hallaron pues macehual y corazón, pero sólo interesaba la víscera por lo que bien dejaron descansar eternamente al cuerpo del ya pétreo muchacho. Hubo un sopesar el objeto, cómo no, en las seis manos azoradas por el hallazgo. Palpar, palpar lo que no late más que en sus mentes. Y bien empacado en cueros y mantas, mucho hielo, lo llevan a casa del líder del grupo en San Pedro Nexapa. Ya está, ya tenían la leyenda bien guardada.

Nada más falta hacer contacto con quien esperan, buen dinero, se pueda interesar. Para esto fue crucial activar la fronda náhuatl que como sabemos era una especie de tuitér. Y los canarios, las calandrias, huilotas o tórtolas que gustan de dormir en las ramas de los espesos sauces por allá, espesos truenos más acá, los que protagonizan los dramas y comedias en los bulevares de la urbe hacen contacto a través de las cocinas, los pasillos, los salones en los que trabajan desde hace ya más de dos siglos.

—Señora, dice alguien, eso de lo que usted decía ayer en la fiesta con el señor su amigo del señor, yo sé que por ahí se cuenta de que está en Amecameca bien guardado.

—¿Cómo dices, Clotilde? a ver, cuéntame bien, ven acá, siéntate, pero antes tráeme mi bata de organdí.

Entonces Clotilde, luego de poner la bata de organdí en los anillos de su señora, le dice lo que sabe. La señora la escucha hasta con una leve sonrisa que le permite a la chica inspeccionar esos dientes que forman una dentadura alternada de perlas y mazorca cuitlacoche, o sea cuidada a medias, se entiende. Y esa sonrisa surge, imaginamos, por el placer que ya adivina esa señora que va a darle el tener un tema así de interesante e importante para el próximo evento social. Ella, Gonzala Fernández, cuyas aspiraciones sociales van más allá de ser muy rica por el negocio de telas del marido que trae lo último que producen los niños llenos de piojos y costillas en las fábricas francesas e italianas y que venden por kilómetro en lo que ahora sería la calle de Madero, encuentra en el decir de su muchacha una oportunidad de lustrar su presencia muy mucho por encima de la última moda en el vestir.

Pero sucede algo que no estaba planeado. Los tres timoratos, parte del grupo de los listos jodidos que ya sabemos que encontraron, no vieron que los vieron en el acto. Sí, porque resulta que unos graniceros o quiapequis o tiemperos o claclasquis, que venían de hacer trabajo de oración en la cueva de Huehuexotla para que bien se dieran las cosechas, se dieron cuenta de los tres y de que algo hacían de importante, supusieron, por la inusual presencia en esos lares de esos que a lo lejos escarbaban temblorosos de frío. Y misteriosos como eran por ser brujos y hechiceros, no se hicieron notar sino que por entre los caminos bien conocidos por ellos los siguieron hasta el pueblo, que era, sabemos, San Pedro Nexapa. Y no dijeron nada tampoco cuando vieron a qué casita entraban, pero bien que se fueron ellos a la casa de Tizoc o Pablo como podía nombrársele indistintamente, de entre ellos el más líder, a pensar. Y lo primero, había que averiguar qué es lo que traían esos muchachos. Como era muy chico el infierno de ese gran pueblo, rápidamente, unas tres, cuatro horas más tarde, supieron por los rumores de qué se trataba. Pero misteriosos en serio como ya se dijo que eran, decidieron que habría de llegarles sola la resolución de sus dadores.

En el espacio tiempo en el que la señora Gonzala todavía no ha decidido a quién impresionar con su noticia y los listos emprendedores resguardan muy cuidado el corazón, sucede que la odre explota y se derrama. No pasan cuatro semanas antes de que Tizoc Pablo, el granicero o tiempereo mayor, al frente de una comisión formada

por varios quiapequis o clacasquis como él, tome control de la reliquia. A la buena eso sí, que no fue a fuerzas ni nada de eso sino con sana plática en la que se explicaron las razones de los guardianes de la tradición a los listos que tuvieron a bien encontrar el corazón ahora sí muy sagrado. San Pedro Nexapa, San Pedro Nexapa, si llegó a este mapa es que aquí es su tapa, San Pedro Nexapa, San Pedro Nexapa eres ya su capa, eres tú su chapa.

Que el corazón estuviera ahora en resguardo y entrara a formar parte de las mandas y ritos de los graniceros de San Pedro Nexapa no es de incumbencia para Gonzala. Clotilde por su parte se ha enterado, pero no dice nada en parte porque no hay nada que decir, en parte porque la verdad, tanto no le importa. Por eso, de la manera más natural que pudo su fingida importancia, la señora Fernández, ignorante del nuevo paradero del corazón, derrama el rumor, así como si nada, en la fiesta semanal. Su blanco fue el muy guapo Sebastián, Sebastián de Castelgandolfo, tal y como debería llamarse todo joven de orígenes nobles, con deseos de aventura e inquietudes intelectuales además de muy bello. Sebastián andaba revoloteando los círculos cultos y poderosos pues su intención era hacerse notar además de ahondar en los misterios de la ya para entonces interesantísima civilización prehispánica. Quería ser él también conquistador, explorador, descubridor, que no inventor por no tener ese talento. Gonzala, hay que apuntar, ya había puesto el ojo en el mancebo y antes el oído, cuando supo que era un ahijado de amigos cercanos y alcorniosos y que llegaría pronto a la Nueva España. El caso es que logró lo que quería, dar con el apetitoso pez y además hacer que se tragara el anzuelo:

—¡Pero qué me cuenta, doña Gonzala!, ¿será cierto ese decir suyo?, mire, que desde ya le digo que me interesa. ¿Cómo hacemos, oiga?

—Y ante tan decidida respuesta, se quedó Gonzala estupefacta, pues no hay nada más terrible que tener éxito al soltar una premisa sin estar preparado para darle continuidad o simple base. Como sabemos que lo cierto es que no tenía mucha idea, recurrió a la mejor estrategia, rápida y sagaz como era Gonzala, que es la de revirar con otra pregunta:

—¿Y por qué le interesa, don Sebastián?, cuénteme usted, oiga, por piedad, que ya me mata de curiosidad.

Y entonces Sebastián le cuenta a Gonzala que está en la ciudad en casa de don José Fernando Ampudia y Tamez quien fuera amigo del caballero Lorenzo Boturini, conocido por su importante archivo de documentos y objetos de gran valor sobre el pasado mejicano. Que como ella bien sabe, ese gran historiador y devoto de la Virgen de Guadalupe había sido arrestado injustamente hacía años por su estancia declarada ilegal en estas tierras y había muerto en España, por cierto, con su honor repuesto afortunadamente, pues cuanto estudió y aportó al entendimiento y recuperación del pasado mejicano finalmente pesó en la balanza de los hechos. Dijo también Sebastián a Gonzala que la colección de Boturini guardaba un sinfín de tesoros que daban

cuenta de la gran historia de este territorio y su cultura, y que ahora estaba en Puebla en manos del ya muy viejo don Mariano Fernández de Echeverría y Veytia a quien no conocía todavía. Una lástima todo esto que sucedió. Pero lo que le parece importante es que precisamente él ha oído a José Fernando decir algo con ese corazón enterrado en los volcanes. Parece que hay un lienzo, oyó un día hablar Sebastián de una tira con dibujos alusivos a ese hecho que doña Gonzala ahora le comenta y que fue encontrada en el estudio de un pintor, un gran pintor de cuyo nombre ahora mismo no se acuerda. Se cree que, muerto el maestro, algún ayudante vendió la tira de dibujos a don Lorenzo. Que ahora mismo no le puede asegurar por si la memoria le falla, pero está casi seguro. Que si se corrobora la historia, termina Sebastián de comentar con doña Gonzala, podría mandar traer el pedazo de tela aquel desde Puebla, pedirlo prestado para su estudio. Sería algo de verdad interesante, un acontecimiento. Que por eso le interesa. Que por eso hay que atender el asunto.

Todo esto y más les hizo horas de conversación de gran altura, a la que se asomaban de repente algunos y algunas que se maravillaban mucho y lo decían abriendo los ojos y las bocas antes de irse a buscar otra copa y luego disfrutarse unos elegantes pasos de baile. Al final de la encantadora velada, antes de despedirse, Gonzala y Sebastián se aseguran solidaridad, entendimiento y seguimiento. Y su dirección da la señora al joven para los menesteres que su nueva aventura les requiera.

Al día siguiente la señora Fernández manda llamar a Clotilde para que bien le aclare que no el chisme, sí el rumor. Pues sí, está en San Pedro Nexapa, ahí en Amecameca. Y ahora sí que la joven sirvienta entera a su patrona de que ya no lo venden sino que está bajo el cuidado de Tizoc Pablo, o Tizoc o Pablo, como se guste nombrarle, el granicero mayor de la región de los volcanes. Mmm suenan los labios y la frente de Gonzala. ¿Qué hacer? Pues nada, señora, ya los que saben sabrán qué es lo que hacer.

Por supuesto que no se queda así la cosa. Gonzala no perderá esta oportunidad de impresionar a la alcurnia del joven y al joven mismo. No será ella la que se convierta en decepción, pues ya ha tomado el tema como trato y será la gestora de algo grande. Cavila mucho, lucubra. Y decide que hay que encontrar la manera de probar. Y probar exige hacer patente la certeza del hecho o la verdad de una cosa. ¿Cómo? Pues evidentemente yendo a los hechos. En los siguientes días arreglará Gonzala la excursión. Algo que ella imagina, le parece, la deliciosa experiencia bucólico-pastoril que no ha tenido nunca, algo como un paseo estupendo que respira lejos de los desagües inmundos de la gran ciudad. Luego de dos o tres visitas de Sebastián en las que los dos, estudiosos, analizan su interés, llega por fin el viaje del marido señor Fernández que se va a Veracruz para atender un problema de desembarco de mercancía. Ya está, es la oportunidad de una esposa que al casarse se escapó de la jaula de sus padres para meterse en otra y desde hace años espía en la cerradura y

busca abrir puerta.

Muy de mañana, hay mulas y caballos en la entrada. Sí, que ya le he dicho a Clotilde que ahí vamos. Vamos pues. Y el conocido trayecto: parada en Chalco, luego al amanecer, Tlalmanalco, Amaquemecan ahora Amecameca. Y después de larguísimas terracerías, labios secos, sudores entre encajes y terciopelos impacientes, llega lenta en las grupas, la comitiva a conocer, indagar, ver pues, mirar el corazón.

Primero es el alto de arribo que hacen los animales en el camino polvoso y de piedras rodeado de pequeñas viviendas. Luego, el apearse los visitantes. Después un llamar la atención quienes llegan y ya empieza el atardecer. Y salen poco a poco a ver qué está pasando los habitantes de San Pedro Nexapa. Y pasan los primeros minutos de estarse viendo unos a otros. Primero las miradas que lanzan ocho, diez, catorce, veintidós, hasta sesenta pupilas que se juntan. Y el voltearse a ver entre ellas. Y unas sonrisas, unos gestos de extrañeza. Ojos divertidos, desconfiados, ojos recelosos o empáticos.

Curiosidad, pasmo, rechazo pero curiosidad ante todo. Nubes invisibles que descargan imágenes añejas. Códices, lienzos, grabados, estampas, esculturas y hasta óleos. Como si el arco y la espada, como si plumas y encajes. O talavera contra piedra labrada. Murmullos de unos y otros. Las flores, los escudos, las armaduras. Algo que hirvió mucho tiempo hasta secarse y convertirse en tierra. A romper ese hielo volcánico. Empezar a escalar la dificultad inesperada que es levantar diálogo. Una trabazón de primeras palabras. La falta de entendimiento. Las siguientes palabras, pero una pared de ininteligibilidad. Un silencio de siglos y la súbita y terrible impresión de que se ha cometido un error. Entre adultos de mirada extrañada, casi huraña, niños incluidos que curiosean entre los aliens sus ropas, su equipaje, sus rostros diferentes. Y helos ahí, Gonzala y Sebastián de repente aterrados en medio de una treintena de normales que miran a los raros con miedo. La salvación es atenerse a lo que los arrieros que los han traído comuniquen. Pero ya se sabe, los intrusos dicen diez palabras, los traductores dicen tres. Tratan con diecisiete vocablos y resultan ser cuarenta y dos. Confusión. Pero se ha dicho la palabra corazón. Yolotl, sí yolotl. Ya es tarde, ya no hay nada que hacer, ya están ahí, ya la noche los traiciona pues ha borrado el camino de regreso. Entonces Gonzala sonrío con un hondo temblor y se sienta en la tierra. Quiere dar a entender que nada, que no quiere molestar, causar barullo, idea que Sebastián toma al vuelo y también se arrellana, casi entre las patas de las mulas. Los arrieros ya no entienden nada y como por una iluminación preguntan por los mayordomos del pueblo. Hay un hombre de mirada penetrante que los mira bien y se aleja camino arriba. Se entiende que va a buscar quién resuelva. Ya es muy noche, ya es muy oscuro ya todo. Y los minutos que a los turistas les parecen tres días, y una hora que se siente, aquí en cámara lenta, como si fuera un mes.

Sin haberse atrevido siquiera a sorber agua de la que traen en bules, Gonzala y Sebastián se levantan aliviados cuando ven que se acerca un grupo de hombres con el

que fue a buscarlos. Vienen hablando recio, como que muy alto les parece su tono de acuerdo a las ultramarinas formas que conocen. Ya junto al grupo de los ajenos, uno sobresale y se presenta. Es Tizoc Pablo afortunadamente. Dice claramente en castellano que sabe que el motivo de su visita es el corazón. Gonzala y Sebastián ya están de pie y manejan un lenguaje corporal que expresa respeto: cabeza baja, mirada y guiños suaves de deferencias mil. Y sí, dice Gonzala, tenemos una consideración especial, nos interesa de la mejor manera conocer la reliquia y Sebastián a su vez apunta, qué fortuna que esté entre sus manos esa alhaja de carne que seguirá resplandeciendo por siempre como un rubí sagrado. Dice entonces Tizoc Pablo que ya es tarde para conferencias, que lo han sacado del sueño, de su trance. Dicen los extranjeros claro, ha sido largo el camino, si no hay problema aquí dormimos y si tiene momento, lo molestamos mañana. Con la luna a media asta se distingue un desparramamiento de sombras. Y pronto todo se queda quieto, como el aire de montaña. Es la blancura muda en las cimas. Aunque Sebastián y Gonzala no pueden calmar sus corazones que truenan de agobiada aprensión. Magma que quiere salir pero la quietud se ha cerrado.

Según los varios testigos que luego fueron duramente interrogados, todo fue un caos. Malos entendidos, prejuicios y violencia. Portada del desaparecido periódico *Alarma!* Una auténtica ¡pesadilla! Así es, apenas salió, el sol dio en iluminar una revoltura de vestidos negros, café claro, amarillos y azules, todos rotos, en desorden, todos manchados de sangre entre mechones de pelos y muecas de espanto. Todos revueltos los arrieros y los señores clientes, como un estudio de brazos y piernas de Géricault. Se dijo que luego de hablar con la comitiva extranjera, Tizoc Pablo se fue para su casa. Que hasta ahí lo siguieron los listos, que por muy ávidos luego fueron tildados de cizañosos, y que ahí empezaron a calentarle la cabeza al granicero. No es difícil imaginar los temas que plantearon y tampoco cómo fueron inflamándose las de por sí ya brasas. Los que fueron hallados culpables fueron a dar a la cárcel de La Acordada, ya reconstruido su horror en partes por los daños de aquel temblor de 1776. Es importante decir que Tizoc Pablo, o Tizoc o Pablo salió invicto y se quedó para siempre sin salir de su ritual Yólotl, y vivió mucho más, más que todos los de San Pedro Nexapa, Amecameca y más también de lo que viviremos todos nosotros.

Don Ignacio Fernández enterró a su esposa Gonzala, lo que quedó de Gonzala, en el cementerio de San Fernando, que funcionaba desde hacía poco. Por su parte, la familia de Castelgandolfo se resignó, luego de meses de correspondencia con don José Fernando Ampudia y Tamez, a que su hijo, lo que quedó de su hijo pero nunca supieron, quedara sepultado tan lejos. Triste atroz truculencia, inesperado drama, ilusión que terminó mal, muy mal de veras. Sólo por no dejar de decir hay que apuntar que nadie fue a sus tumbas nunca más, nadie quiso ir a rezarle siquiera a los que habían ocasionado, a los que sufrieron lo que trajo la ahora ya-en-boca-de-todos leyenda del corazón. La tragedia, eso sí, pasaría a ser el tema de conversación en

todas las reuniones, fiestas, bailes y encuentros espontáneos en calles, iglesias, mercados y salones. Y creció el rumor y se instaló, ya definitiva, la creencia. Muchos años. Muchos años sobre Gonzala y Sebastián, muchos soles y lunas sobre ambas tumbas que curiosamente quedaron orientadas hacia el Iztaccíhuatl. Y así se quedaron los dos solos, ni siquiera amantes ni siquiera tan amigos que fueron, contemplando la majestad tendida, la silueta tan parecida a la suya, yaciente.

Se llevaron cautivo a mi hijo, pero ya ve, antes no había hijos. Sí, era el amor un asunto de. Desollaron a la hija de los vecinos, Xipe Tótec, arráncale la piel hasta encontrar a dios. Osamentas labradas, a veces las hervían, encuéntralas, él está en todas partes. Se encarga de disolver los cuerpos en ácido, para lo cual utiliza tambos enormes. Es el Pozolero, así en 2009 decían. Antes hacían pozole (potzolli) con carne de cerdo. Dorar la carne para el tlatlaolli, cocido de hombre con granos de maíz, manjar ceremonial de sacerdotes y gobernantes. Tesoro. Oro cuando me dice, todos tenemos que morir, o más bien, se lo pongo de esta manera, señorita: lo que no es posible, para que me entienda, es salir ileso de la desaparición.

Mucha gente sabe de esto. Muchos ya muertos y los aún vivos no saben qué hacer. Alguna vez, en diferentes momentos, circunstancias, la Universidad Nacional o los grupos guardianes de la tradición fueron debidamente informados, en alguna ocasión, también hubo instancias oficiales. Recibido. Eso sí consiguió el asunto, que todas esas personas hayan mirado de pie, cada quien su turno entre los años, el corazón de México en un frasco de formol.

Asombro y discusión, expresiones de conmoción, sesudas disquisiciones, Historia, iniciativas, cuasidiscursos, devoción más o menos ritual frente a la expuesta grisura de esa carne que es la carne así de real de un país tumefacto.

Creer, saber, intuir, decidir, creer sobre todo creer. Y creer no necesariamente porque haya que aceptar como verdad, tener por cierto. ¿Cómo?, ¿cómo creer?, tragar, aceptar, admitir. Para muchos como un dogma, para otros un cálculo, una suposición. Misterio.

Un tropo, es un tropo, es un tropo. ¿Quién cree ahora en el corazón como órgano depositario, privilegiado del, por ejemplo, sentimiento amoroso? Así, así se descrea de un asunto entintado de poesía. Así, así se siente que esta sinécdoque, este tomar la parte por el todo, se pulveriza en la retórica. Margo Glantz escribió un ensayo, literatura colonial, hay que leer eso de Margo Glantz. Así, así sienten tal vez las personas frente a este hecho, sienten que leen un poema barroco o decimonónico, o una carta adolescente del siglo XXI en cuyo autor autora no permearon las vanguardias.

Pero ¿qué no hay verdad en «por ti muero» por ejemplo?, ¿no hay verdad?

«El corazón deshecho entre tus manos», «que el corazón me vieses deseaba», «el corazón deshecho destilaba», «en lágrimas y suspiros, alma y corazón a un tiempo, aquel se convierte en agua y esta se resuelve en viento», «este amoroso tormento, que en mi corazón se ve», «no fue descuido ni mengua, quitar el uso a la lengua, por dárselo al corazón», «la virtud y la costumbre, en el corazón pelean, y el corazón agoniza, en tanto que lidian ellas», «aliéntese el dolor, si puede lamentarse, y a la vista de perderte, mi corazón exhale llanto a la tierra, quejas al aire», «hoy, que para examinar el afecto con que os sirvo, al corazón en persona habéis entrado vos mismo», «para ver los corazones no es menester asistirlos; que para vos son patentes

las entrañas del abismo».

¿No hay verdad cuando encarnada se muestra la evidencia? Había una vez, érase una vez, cuentan que un día, había una vez. Que no es un cuento, ¡es una reliquia!, ¿es una reliquia?

Reliquia

f. Parte del cuerpo u objeto de un santo digno de veneración. *En Alba de Tormes se guardan reliquias de santa Teresa.*

Vestigio del pasado. *Estas ruinas son una reliquia romana.*

Persona o cosa muy viejas. *Ese bolso es una reliquia.*

Cosa que se conserva de alguien muy querido. *Este brazalete es una reliquia de mi abuela.*

Pero no es.

Pero no es.

Una reliquia es un asunto terminado, por eso esto no es una reliquia. Este corazón del que se escribe es un instrumento, un medio, algo que puede servir para un fin determinado. Y ya se sabe. Es un modo para conseguir algo. ¿Es una máquina?

Es un arma, blanca, punta en el corazón, punta enterrada en sí mismo. Es un instrumento.

Y es gris.

Santa Imaginación, ciega por nosotros.

Acre nuestro que estás en el hielo, desbaratado sea tu nombre, venga el apremio, hágase la claridad, que aquí se encierra como en un duelo, danos hoy el imán y la osadía, arroba nuestra creencia como en vaivén nosotros evocamos a los que nos trascienden. No nos dejes caer la imaginación. Y activa el germinal. ¿A quién?

Santa Imaginación, brega por nosotros.

Versión de Ángel María Garibay en *Visión de los vencidos* (Miguel León-Portilla), escribe Larca sobre el texto en página. Sus trazos parecen garabatos de niño, balbuceos de una crayola roja o apuntes que se hacen detrás del vidrio de la sala de interrogatorios o del museo: las ideas asfixiadas detrás de las vitrinas, en su vaho los dibujos tiernos del visitante. Se come el lápiz los márgenes de Larca, los interlineados, los espacios entre párrafos de Larca. La caja de texto ha desaparecido, el despliegue linear de la tipografía ha perdido su claridad. El ordenamiento riguroso, el diseño pensado para la óptima lectura, su aprovechamiento, su decodificación multidireccional en imágenes conceptuales, se convierten en desorden, simultaneidad y caos.

Se anexa una versión transcrita en documento de Word en la que se pierden las características descritas aquí arriba. El original está en la biblioteca de la casa:

«Anónimo de Tlatelolco
(se fueron todos de incógnito)

En los caminos yacen dardos rotos, los cabellos están esparcidos. (¿qué hacemos?, ¿a dónde ir que la muerte no exista?, lloraba Nezahualcóyotl, papá, tú me leías)

Destechadas están las casas, enrojecidos tienen sus muros. (corre, móntate en el miedo del conejo y madriguera, no dejes que tu corazón se detenga, hasta que tu mochila se rompa y el país que cargaba se desparrame en la tierra)

Gusanos pululan por calles y plazas, y en las paredes están salpicados los sesos. (no alcanzas a pensar si lo que llevas es comida o trastes o los despojos de tus hijos, mamá, recoge los sesos, júntalos, como si fueras otra Jackie, mamá, que acaricia una cajuela desorientada)

Rojas están las aguas, están como teñidas, y cuando las bebimos, es como si bebiéramos agua de salitre. (una figura ahogada boca arriba, luego empezó a hundirse, se hundió toda. ya sólo se ve su pelo, suspendido de miedo)

Golpeábamos en tanto los muros de adobe, y era nuestra herencia una red de agujeros. (mete tu dedo, Larca, para que veas que es de verdad. si no crees que todavía, tu chaleco antibalas en la frente abrirá dos oquedades y te ajustará un horroroso antifaz)

Con los escudos fue su resguardo, pero ni con escudos puede ser sostenida su soledad. (sagrado corazón, una palabra tuya dios inframundo del Mictlan, no debes

voltear hasta que el sol baste y te salve. de la presa, Larca, la presa. los jóvenes prefieren la carne, pero los viejos se comen el corazón —me contaste, papá, que dice la gente en Kenia)»

Bajo la actividad de las hormigas
había párpados y había
agua mortal en las cunetas.
Aún en mi corazón
hay hormigas.

Antonio Gamoneda
Arden las pérdidas

Así como un garabato envejece, así también los viajes se marchitan. El hilo, de tan largo, ha perdido tensión y ondula en un enlace más suelto. La víscera es parte de la escenografía y se pierde entre telones en un escenario habitado por lo más diario posible. Larca terminó la licenciatura hace unos meses y empezó a trabajar en el centro de estudios sociales y políticos de su universidad. Va todos los días a una oficina en la que aprende cómo ganar dinero trabajando lo menos posible y cómo hay que ser fuera de casa. La independencia es un rasgo nuevo sobre su rostro de siempre. Al principio cerraba la puerta de la casa y durante el trayecto hacia el trabajo observaba los edificios y las calles como si hubiera llegado a un país muy lejano. Sentía por primera vez en la vida lo que es viajar, que por lo general es conocer el comportamiento del pensamiento y del cuerpo propios en lugares ajenos. Muy pronto sin embargo hizo suyo el paisaje urbano y lo convirtió en un apéndice, una hinchazón, una extensión de sí misma cuya condición extraña asimilaría poco a poco. Y sí, se acostumbró. Al principio, en cada viaje de metro recordaba cómo sus padres hablaban del mundo exterior: los vecinos, la basura, los políticos, los árboles podados en forma de animales, los perros callejeros que abundan. Por más que ahora trataba de coincidir con sus opiniones no podía. A ella le gusta todo eso, el caos, la mugre y la indiferencia en la cara de las personas que por tramos iban con ella a lo largo de su itinerario cotidiano. Pero lo que más le emocionaba en ese entonces era compartir por unos minutos la urgencia de sobrevivir que destila la muchedumbre en las mañanas. Y en las tardes, la idea del regreso masivo a las madrigueras le producía algo parecido al optimismo. Todavía ahora, cada vez que entra al vagón del metro atascado de gente a las seis y media siete de la tarde, respira el penetrante olor de plumas, lombrices y excremento que su idea de nido despide e inhala con fuerza tratando de acomodar la escafandra para que su ajuste permita la asfixia necesaria que exige el deseo de vivir.

El rompimiento con Darío fue algo muy largo, tortuoso como en toda separación en la que hubo amor sincero además de primer sexo. El corazón de Larca se ha hecho más grande, es ahora un corazón como el de Baltasar Gracián, en el que caben todas las cosas que uno le va echando con los años. Ahora, dinero y libertad le hacen

pensar en lo que alguna vez Febe le recetó en una de esas pláticas trascendentales madre-hija: la mujer debe ser económicamente independiente, pero más importante, emocionalmente independiente. Han pasado varios meses y Larca se da cuenta también de que la relación con Darío le dio la oportunidad de entrar en contacto con el paso del tiempo. Así es cómo la vida, súbitamente, habrá de resolverse hoyo mañana. Ahora sabe que la noción de futuro es algo que se aprende cuando nos damos cuenta de que las cosas cambian y que cuando el cambio se produce lo que se llama pasado brota, y se despliega de repente un abanico rápido. Los días son todos iguales hasta que lo diferente acontece. Es un tragar saliva el pasado, es un tronar de dedos el futuro. Desde que rompió con Darío, Larca se ha aficionado a observar cómo se estiran, se contraen, desaparecen las sombras, cómo vuelven a derramarse en el otro lado de los objetos. Y fascinada mira el contraste en el otro lado de su vida. Entonces aparece la rotación de los planetas y la marca del paso del tiempo empieza a manchar el alma de anochecer, amanecer, anochecer, amanecer, anochecer, amanecer. Anochecer.

Cuando anochece y la sensación amanece, no puede Larca dejar de recordar esas camas variadas de moteles, hoteluchos, esos varios sillones, alfombras, tapetes y azulejos de la casa en donde el amor que Darío llegó a tenerle la citó. No puede evitar el torrente de vellos desbocados y el mal olor más rico que ha sentido. El horror de los dedos semideformes de los pies de Darío, el color de Cristo casi verde de su piel. Y sus cejas, y sus dientes de simio, tan brillantes. Cuántas arrugas denunciaba su estremecimiento, con qué poleas exactas se había armado en los andamios inestables de sus ascensos. La rigidez flexible de sus colocaciones, los líquidos, alientos, las narices en guerra, zarpas, las uñas más bien sucias de tanta ansia. La percusión de talones, las espaldas paisaje. No puede Larca dejar de recordar y seguido se acuerda cuando adentro ya entre sus sábanas la sensación de lengua caliente y la lame en su cama.

Y así como un esbozo envejece, así también lo Darío diario cambia a extraño. O la seguridad se acomoda, se duerme y tranquila se distrae. Y las fotografías, los códices, los libros o internet. Un corazón no es justo si no bate al ritmo de los demás, sintió en su pecho Paul Éluard. En eso se ha humedecido el corazón, en el charco rodeando a Celso, en el tratamiento mítico y libresco que escogió desde joven como terreno seguro, cómodo y angustiante a la vez para lidiar con la historia familiar y no ocuparse mucho del negocio. Febe, por su parte, como un microbio indiferente, sigue instalada en el celofán burbujeante de sus pastillas como mejor ruta para no llegar jamás a su destino.

*A

Pensamiento irracional: al igual que muchas personas creen que hay vida extraterrestre inteligente, yo creo que mi mundo hubiera sido mejor si la cultura mexicana no hubiera sido destruida, si hubiera podido evolucionar y permanecer hasta nuestros días. Eso creo.

B

Pensamiento racional: al igual que muchas personas concluyen que no hay vida extraterrestre inteligente, yo creo que mi libertad, mis derechos como individuo y — lo bueno de— la vida que disfruto hoy en día no hubiera podido ser posible si la cultura europea no hubiera sustituido a la cultura mexicana. Eso creo.

Como la rueda, dicen: había una rueda
para cada quien,
que cada quien se inventara su rueda.

*Apuntes de Larca en el block amarillo de su oficina.

¿De veras fue Dr. Atl quien lo trajo finalmente a la ciudad?

¡Cómo no haberlo adivinado! Gerardo Murillo, Dr. Atl, escribe, rasca, camina en los volcanes, en las nieves eternas cuando había y ahora, entra a este relato su escalada. Lleva tiempo de auscultar fenómenos naturales, pero eso ya lo saben casi todos. Acaba de empezar el siglo xx. La vulcanología es bien ciencia social en ese entonces claro que sí. Erupciones y lava. Contención, distensión. Revuelta, destrucción, asimilación. Bosque de pinos en un campo de lava. Ya lo vemos, inmiscuido en la revolución, inmiscuido en cuestiones de lucha obrera. La vulcanología y el amor, la vulcanología y la psique. ¿Cómo no iba a ser él quien sirviera de gozne? Lucidez, carácter, exotismo. Y animal de dos mundos además, híbrido entendedor de tantas cosas. Le pasó:

«Las nubes estaban tan bajas y eran tan espesas que podían tocarse. Mercedes hizo el intento de meter las manos en una nube oscura y apretada que rodaba lentamente junto a las chozas y yo le grité:

—No hagas eso: puedes provocar una descarga. Bajó los brazos y yo le conté cómo en una ocasión semejante, uno de mis mozos metió las manos en una de esas nubes y la descarga que provocó lo dejó muerto, retorcido sobre la arena».

Un paseo por el Popocatépetl

Dr. Atl

Y le volvió a pasar lo que había escrito. Provocó la descarga. Y se topó con Tizoc Pablo, Tizoc Pablo, Tizoc Pablo que venía de la cueva un día, o un año, o un siglo, dos o hace ya tantísimos ciclos. Porque venía de minutos o del tiempo como fuera, pero ya sin cansancio. ¿Tendría tal vez doscientos años?

—¿Estás perdido?

—No sé si estoy perdido.

—¿Por qué me sigues?

—No sé por qué te sigo.

¿Qué es lo que sigue?, nunca sabremos. Pero llega. Y lo recibe una multitud de espectros en la casa de Tizoc Pablo. Tizoc Pablo ya enterrado en el solar de la casa de Tizoc Pablo. Su tumba es una acumulación de granizo. Ni el sol más intenso ha podido fundir ese graznido de garzas que se pierden y se van a morir en las escarchas

más altas. Han pasado poco más de cien años desde que por ahí llegaron a morir los despistados. Y el bisnieto del tlamasque, ¿o el nieto del bisnieto quién lo sabe?, le dice: ¿te ha traído Tizoc Pablo? Y Dr. Atl responde: no sé, ¿quién me ha traído?

—Ya. Tú eres. Ven, yo te lo muestro. Es tuyo, no es tuyo, pero es hora de que se mueva su masa. Tú sabes los estudios, tú sabes la emoción. Se ha cumplido el ciclo de San Pedro Nexapa y es hora de partir. Se va a enredar tu barba, y lo que es tu cabeza abrasará. Te doy, para que sepas, el corazón de la gran nación mexicana. Tú habrás de saber cómo hacerlo latir de nuevo. Tú eres lo que sabes que vendrá para este hueso ya de tan muy duro corazón. Yo te lo doy, yo, pues Tizoc Pablo en mi pecho que me dice. No habrás de seguir ya más que el rumbo, rumbo de venas, ruta de aortas. Ve. No desviarás, pues lo perdido está todavía en la niebla, lo que pulsa ya tiene su volcán. La muy señora Iztaccíhuatl es la que bien, tú sí que sabes, lo sabes. La dueña doña volcana que yace como templo es su garganta blanca.

Es poco creíble pero sí sucedió. Hay que mencionar a la mosca que se metió en el cuarto de Larca y que no dejó de zumbiar. Tan familiar y obvia es la mosca, la idea de mosca, la mosca como imagen y en sí misma la mosca, que se ha vuelto invisible en nuestros días. Tal vez por eso Larca pone atención especial a su presencia molesta, sí, al principio, interesante, sí, después. Ya sea que prenda luz o apague, vuela la mosca surca, la mosca rompe. Qué insistente es la mosca, qué guantazos ridículos soltamos a ese su así burlarse sin que salga suficiente su sobrado zumbido de la sala. Cuando se ha superado la intolerancia a su incesante mosca bzzz, se gana el fuerte insecto una posición en la vida. De verdad, qué absorbente su trayectoria nos resulta, en serio, qué poder para incidir. Tanto así, que no puede Larca conciliar el sueño. No logra Larca acomodar la pausa.

Y de repente se oye:

—¿Qué no ves, maestra, que soy yo?

Larca, sin haber fumado o ingerido nada de veras, ¡suelta unas carcajadas!

La muerte, Febe se fue, se va todavía y su cuerpo ya enfría toda la casa. Paro cardíaco. Interrupción del llenado de ventrículos. Colapso de la función hemodinámica. Cese. Larca la mira en su ataúd de palo. Muchas veces habían hablado de eso en sus pláticas felices. Para ella, lo más sencillo, lo más elegante una caja de madera, ¿qué es eso de las latas en donde no se puede uno pudrir a gusto, deshacerse en la tierra libremente? Están por llegar los que vendrán a despedirla o dar sus condolencias. ¿Sabrán cómo decirle que lo sienten?, es su preocupación actual. La irrupción de los otros en lo profundo íntimo es siempre un complicado roce de desnudeces. Por eso fue importante vestirse en la ocasión. No negro, ahora no, algo de rojo guardará para siempre la imagen de Febe. El rojo es el color que tiene la vibración lumínica más baja, por eso los fotógrafos la usaban para revelar. Cuarto oscuro le decían. El cuarto oscuro de Febe. La luz roja no velará lo captado. Roja ya Larca, se acerca de nuevo al ataúd. Le impresionan las uñas mal cuidadas de su madre cercadas de pellejos. Hongos, roturas, mugre. El animal y la planta que crecían dentro de ella. Hace una esfera y es musgo, Febe es la piedra, es el verde luciérnaga. No se acuerda si Febe la cuidaba o era ella quien se hacía cargo. No la extrañará lo suficiente como para querer que vuelva. Si volviera. Y la quiere, y la costumbre, un resoplido húmedo en la tráquea. Siente que llaman a la puerta y por un segundo es su madre absorbida de moho, camisón en la lluvia, bata manchada, muselina en la lluvia, una mueca atravesada por los escarabajos del inframundo. Yacente está ahora su madre. Se atreve y la toca, le toca la cara por primera vez en su vida consciente y su piel la fascina, su tersura. No puede evitarlo: con el índice abre apenas un párpado, y siente el espanto de su mirada seca. En el iris verdoso, la cara de Celso con una sonrisa bondadosa, su boca abierta dice algo. Es lo último que vio su madre, Celso ahí. Sí. Larca le toca el pelo y en pinza cuidadosa de mechón, desplaza el cuero cabelludo hacia atrás y hacia delante. Contrae y luego estira. Frente y las cejas. Es bella y luego horrible encajada su madre en la caja. Le agarra con cuidado las orejas y las jala hacia el fondo del ataúd para saber cómo era la cara joven de Febe. De repente se ve ahí y ya sabe cómo lucirá cuando esté muerta. Y las manos. Las pone entre las suyas y las frota, entrelaza los dedos casi yertos con sus blandos. Aprieta. Acaricia los dorsos hermosos, y con cuidado palpa cada una de las pellejudas falangetas. Barniz de uñas nácar, craquelado. Vuelve al rostro y dibuja los rasgos. Desliza su índice sobre los pómulos, la nariz, el mentón. Las cavidades nasales de su

madre esconden algo en sus pozos. Entonces respinga la punta de la carnosidad nasal con un dedo y se asoma, en esa cara de madre, un cerdo.

—¿Qué haces, Larca?

—Nada, papá. Me despido.

—Me gusta el camión que escogiste para que se lleve.

—¿Tú crees que debemos momificarla? Quería ir a Moscú y a Pekín a ver los cuerpos intactos de los líderes comunistas, ¿recuerdas? Le gustaba esa idea como tratamiento funerario del cuerpo.

—Le fascinaba.

—¿Entonces, sí la momificamos?

—No, no creo. Ocuparía mucho espacio.

—Tenemos espacio.

—No en mí. Perdóname.

—No sé si lo habría en mí.

—Resígnate, ya cambió nuestra vida.

—Se extinguió el mundo.

—Se apagó.

—Se apagó.

Un ciudadano inglés pasea por Picadilly con un costoso penacho hecho con plumas de quetzal y guacamaya traído de la Nueva España, la otrora gran Tenochtitlán. Un tocado impresionante, la última moda en el Londres del siglo XIX. Espía desde su mundo cercado el ciudadano inglés en Picadilly. Cerradura al mundo aquel abierto por su mundo, cerrado sin embargo al mundo que se abrieron, aquel que ya no se pudo cerrar sobre sí mismo como sí se cerró su mundo al mundo que habían abierto.

1824, Exposición, México Antiguo,
 Pabellón Egipcio, Londres.
 Sketches of society
 Sights of London, etc.
 N.º III

«Had a peep at the Egyptian Hall, where Mr. Bullocks's preparations for the exhibitions on ancient and modern Mexico are in great forwardness. The former comprehends many most remarkable and interesting antiquities and curiosities admirably arranged in the great room where Belzoni's tomb was, and the later, in an apartment below, consists of a panoramic view of the present city and its environs, in the foreground of which is a genuine hut, inhabited by a genuine Native Indian, and in the midst of a modelled garden almost as good as genuine. Round the room are subjects of natural history, models of fruits, flowers, &c. The whole finely illustrating the productions, the country, and the grotesque riches of a tropical climate».

*The London Literary Gazette and Journal of Belles
 Lettres, Arts, Sciences, &c.
 For the year 1824 (p. 204)*

Cuñas y Cunas

(lo más importante de los diccionarios son las acepciones. las acepciones son las instrucciones que recibimos. desde la infancia. en las acepciones duerme el poder)

f. Pieza de madera o metal terminada en ángulo diedro muy agudo que sirve para ajustar, romper o sujetar cosas. *Metió una cuña debajo del mueble para que no cayera hacia delante.*

Recipiente para recoger la orina y los excrementos del enfermo que no puede levantarse de la cama.

Meteor. Formación de determinadas presiones que penetran en zonas de presión distinta y provocan cambios atmosféricos. *Una cuña de bajas presiones hizo que descendieran las temperaturas.*

Espacio publicitario breve que se incluye en un programa de radio o televisión.
Cuña publicitaria.
Amér. col. Enchufe o recomendación.

Cunas y Cuñas

f. Camita para niños con unas barandillas laterales. *Le he comprado a mi nieto una cuna de madera.*

Patria o lugar de nacimiento de alguien. *Sevilla fue su cuna.*

Estirpe, linaje. *Humilde cuna.*

Origen de algo. *La cuna de la civilización occidental.*

El corazón llegó entonces al convento de La Merced, donde vivía Dr. Atl. Años veinte más o menos. Llega luego del problema que se le presentó al pintor, inmediatamente después de que salió del trance del traspaso ritual en el que participó sin haber sido advertido. Porque vaya dificultad que fue, tener entre sus manos un bulto de piedra helado y de repente entender todo mientras camina de regreso, y darse cuenta de que está por descomponerse algo crucial. Fue una suerte que por todos lados había estancos de hielo, vendedores de hielo, carretas cargadas de hielo. Pasa unos días así, con el frío en su estudio del magnífico edificio hasta que por supuesto decide indagar, aunque tiene nociones, sobre cómo conservar de la mejor manera el encargo que sin él quererlo se le ha impuesto.

En este momento se inaugura el frasco. Es un instante cilíndrico de claridad y vidrio cuyas paredes rectas se estrechan para formar la boca. Un tapón de caucho pesado color crema. Es un objeto muy bello. La belleza macabra de los laboratorios en donde se experimenta con componentes biológicos. Nosotros somos el material desprovisto de rostro. Dr. Atl consigue el envase gracias a las indicaciones de sus amigos científicos de la universidad. Es el mismo modelo que hay en las salas de patología. La mejor opción para guardar riñones sínicos, hígados melancólicos, ojos azorados o cerebros sediciosos, órganos todos marcados por la insensatez que ahí los ha traído y los ha puesto bajo el lente de lo juicioso. Un frasco de Alemania o de Inglaterra qué más da. Sin permitir que la víscera se descongele, el artista vulcanólogo lo introduce y lo hace flotar en una solución de formaldehído, también aconsejado por sus contactos.

Está algo triste, Dr. Atl, muestra un acuoso mirar que mira en la marea que se fue. Porque la jacaranda que vivía con él, su avatar de mujer salvaje, ya se marchó de su lado: Nahui Ollin. Él la recuerda en la forma y el color del corazón que más parece un ojo de ella extirpado en un ataque violeto, pero sin querer, durante una escena de celos.

Pero bueno, la cuestión es que el corazón se queda ahí varios meses con Dr. Atl y se convierte en testigo de sus cuadros, de sus revolturas y menjurjes. Alguna vez el pintor indagó sobre el lienzo. Supo de su existencia por conversaciones sobre la leyenda que ya sabemos era aquello, aunque él jamás reveló que ahora estaba en él, el peso de ser guardián de lo importante. Solitario, hosco inteligente, preguntó sobre la colección Boturini, acudió a algún archivo y se enteró de que había sido seccionada

en ventas de subastas y en lotes cedidos a otras personas y que algunos documentos pictográficos habían ido a parar a la Biblioteca Real, hoy Biblioteca Estatal de Berlín, por conducto de Alexander von Humboldt, quien había tenido acceso a ellos durante su estancia en México y había conseguido llevar algunos para su estudio.

¿Berlín? Lo que casi nadie sabe es que ya no está ahí, pues hubo merma. Sustraer podría ser un acto de disminución, algo como restar a un tema o a un conjunto de objetos, lo que siempre resulta por simple imaginación matemática si nos fijamos bien, en una operación de suma. De adición a otra cosa. ¿Qué fue? Un robo. Sí, invertido saqueo, ¿o no? Resulta que no se necesita ser sombra para entrar en una bóveda custodiada, porque permiso puede pedirse. Y así lo hizo quien no restó porque en su entender lo que se propuso fue un acto de agregación. Pero más exactamente, de reunión. Entonces el lienzo que ha vendado con su urdimbre el sangrado de nuestra historia volvió, parece que a mediados del siglo XIX, a la ciudad de México o más exactamente a Texcoco. Porque quien fuera expuesto en aquella muestra del Egyptian Hall del aventurero William Bullock en Londres en 1824, de la que ya informamos antes, un tal José Cayetano Ponce de León,

«When returning we observed two persons arrive on horseback; one of them had a letter for me from Mr. Ruperti of Mexico, which was to recommend and introduce the bearer, Jose Cayetano Ponce de León, an Indian from the village of Chiaula near Tezcucó, who wished to accompany me to England as a domestic».

Six Months' Residence and Travels in Mexico
V. II. Printed by James Bullock, Whitefriars, 1825
William Bullock

tuvo a bien hacerse propósito honesto de regresar los artículos que pertenecían a su pueblo mexicano. Intención bien fundada en el mito, bisbiseo, leyenda o rumor que en todo el valle de México seguía de un lado a otro en boca, pecho y mente de los sin nombre. Entonces, acomedido y dispuesto a lo que fuere, José Cayetano acordó con mister Bullock viajar como doméstico y además prestarse, llegado el momento, a interactuar con el público asistente para ambientar con su exotismo la exhibición — para él totalmente normal por no decir de lo extravagante que a él seguramente le habrá parecido todo cuanto vio allá— y darle el dramatismo vital, de vanguardia museográfica que el inglés, talentoso encantador, imaginaba con entusiasmo. ¿Imaginar?, aquí una bella postal en el momento de partir:

«My Indian servant was surprised at the appearance of the calm unruffled surface of the ocean, and eagerly inquired if that was the blue water, and exclaimed, “What a beautiful country!”, comparing the frigate, to which his whole attention was directed, to a palace».

William Bullock
Op. cit.

Pues bien, cerrada la exhibición, viajó José Cayetano con su patrón a algunos

sitios de Inglaterra y por Europa, tan viajero era ese que fue el señor Bullock. Y habiendo aprendido ya a desenvolverse José Cayetano, que no a pasar inadvertido por su color tan diferente del blanco que ahí todavía era mayoría pero vaya que ya no, un buen día, después de servir té, scones y mermeladas a quien así se lo pidiese, escapó de la manera menos novelesca posible, sin tener que saltar por la ventana o cualquier otra arriesgada peripecia. La puerta y el extenso jardín hasta la reja, la gran reja. José Cayetano no tuvo problemas para caminar un kilómetro o dos por la terracería que da a la casona de campo en Alemania donde estaba de invitado su jefe hasta llegar al pequeño pueblecito en cuya plaza sólo esperó un rato, preguntó y se subió a una carroza colectiva, un pesero cualquiera, imaginemos, tirado por caballos, que lo llevó a Berlín. Pero ¿cómo consiguió el lienzo? De la misma manera en que un mexicano consiguió hace relativamente poco, años noventa, el Tonalámatl-Aubin, un códice hecho por sacerdotes que describe rituales y ceremonias especialísimas. Pero, de nuevo, ¿cómo lo consiguió? Simplemente entró a la bóveda de resguardados, lo guardó entre sus ropas y salió por la puerta de la Biblioteca Nacional de París. Lo mismo hizo José Cayetano Ponce de León en la de Berlín, metido en una esfera de tiempo que comprimió los años que hay entre mil ochocientos veintitantos y 1992.

Y así es como el viajero en los siglos regresa hasta su fecha, a Veracruz y al camino de semanas hasta Texcoco, en donde sus parientes ya lo esperan sin saberlo pero ansiosos de que cruce los bordes de carrizo y el maizal muy pequeño al lado de su casa escasa. Y cuando ahí saca el lienzo de la bolsa europea que le había regalado el señor William, un montoncito de nieve aparece pero es rápidamente apartado de la tela para que los pigmentos no se estropeen, y luego una cochambre modesta como de coágulos o grumos brota también, ¿qué serán?, que se asoman los garabatos. Lo importante: han llegado a su lugar los monitos trazados y los elementos pictográficos hacen ancla. Como si de una animación *flash* se tratara, se dispersan, se imantan a su centro, a su nodo volcánico, los que se dibujaron en el mensaje de altísima esperanza o llanto o resignación o, ¿por qué no?, fuerza.

Ya. Llegó el momento de mostrarlo. Larca ha encontrado el texto que su madre compuso hace años, en una de sus noches de insomnio. La hija lo lee y no puede evitar canturrear hasta su cuarto luego de haberlo guardado de nuevo en el cajón para que siga callado.

«Estudio para marido sonoro

Hace muchos años desde mi cuarto percibo toda la casa. Mientras estoy recostada en la cama, mi atención se cuelga bajo la puerta, recorre el pasillo y se extiende. Mi oído baja por las escaleras y se esparce por todas las estancias hasta la calle. Dejo mi libro a un lado. Puedo sentir lo que sucede a través de las vibraciones que lo atraviesan todo. Lejos, Celso aparece. En ese momento, los instrumentos afinan: su llegada a la puerta y el inmediato girar de la llave en la chapa. Entra. El director llega a su atril.

Abre con un compás de anacrusa: el sonido de las piececillas que trabajan la cerradura. Inmediatamente sus pasos en staccato, de dos tiempos cada uno, exactamente siete hasta que se quita su gabardina en retenant y la tela susurra bisbigliando cuando la acomoda en el perchero del recibidor. Ahí generalmente hay un intervalo disonante: tose tres o hasta seis veces antes de llamarme en stretto de timbre alto y agudo: ¡Febe, ya llegué!

Entonces camina hacia el apagador junto al baño de visitas, enciende el candil y brilla con un trémolo su luz. Empieza a subir la escalera haciendo crujir los viejos tablones en marcato. Puedo percibir el roce de su mano sobre el barandal. A veces hace un rechinado cuando lo aprieta demasiado en stretto y entonces sé que está un poco tenso.

Cuando llega al piso alfombrado de arriba, hace golpes de fieltro, en pedal sordina de piano, rumbo al baño. La puerta se cierra, possato, y luego de un segundo, oigo el modulante chorro de orina y la espuma se oye glissando. Se escucha su concentración, basso continuo. Puerta de nuevo y un zapato en pesante al descender el escalón hacia nuestro cuarto. Ahí oigo mi propio vestido al levantarme en un larghetto. Me incorporo abriendo los ojos. Como cuando abrimos los ojos en la sala de conciertos.

Celso ha llegado con un rumor de articulaciones que rozan pantalón y camisa y

me dice sottovoce pero ansioso: ¿cenamos? Camina por la habitación y hace un arpegio con cosas que saca de sus bolsillos y acomoda en el clóset. Empieza a canturrear, a canturrear algo que me suena a canción de cuna. Casi todo Celso es una sonata para cuerdas y piano. A veces creo que se va a morir en un largo tenuto de violonchelo en Re».

Cuando se abre el refrigerador y se extiende su neblina, todo es escarcha en las pestañas, todo es hielo y se quiebra. Larca tiene hambre, no encuentra qué comer ya lo ha olvidado. De pie. Celso entra entonces a la cocina con paso lento. Lleva un altero de platos sucios de hace días, platos con restos de comida petrificada que por fin ha decidido lavar. Hunde en la tarja su carga. Luego voltea y se recarga para observar a su hija iluminada por la luz tenue. La ve así, inmóvil y triste.

—¿Encontraste algo, quieres que vayamos a cenar fuera?

—¿La extrañamos, verdad? Mucho.

—La extrañamos mucho.

Larca sigue de pie frente al refrigerador. En su pelo hay decrepitud. Celso la ve detenidamente y en una descarga la sangre se le hiela. Ella está fija, la mano derecha sujeta la puerta bien abierta, su rostro casi no existe, sólo sus ojos ahí adentro en el frío.

—¿Lo pensaste tú también?, ¿te vino a la cabeza la idea cuando ella estaba en la caja?

—Sí.

—¿Por qué no dijiste nada?

—¿Para qué? No tenía ningún sentido, no era una posibilidad real, ni siquiera científicamente. Cruzó por mi mente por el solo hecho de tener un cuerpo ahí, disponible, que hubiera podido recibir el corazón. Pero no era un cuerpo, era una persona, pero no era una persona, era tu madre, Larca, era mi esposa. Ahí el pensamiento se pulverizó inmediatamente.

—Sí, creo que me pasó lo mismo. Por un momento tenía frente a mí un recipiente. Y ahí, en su materialidad, por primera vez comprendí lo irrealizable de la fantasía en la que vivimos. Tan presente en el objeto y al mismo tiempo lejana, inalcanzable.

—¡Papá, papá! ¿tú te llevaste el corazón?

—Larca se desbarranca por la escalera, corre hacia la cocina y choca contra el cuerpo de su padre ya impulsado a responder al grito.

—¿Qué dices?!

—¡El corazón, papá, no está el corazón!

—Al topar, los dos se tambalean, se enredan, se agarran de los brazos y las manos, mientras de prisa suben casi vuelan hacia la biblioteca.

El frasco, el frasco, su diafanura antes tocada por la luz en las mañanas, ha desaparecido de la tercera repisa del librero. La lámpara se apaga y se prende varias veces, o eso parece por el *shock*. Celso y Larca se quedan de pie, son piedras. Se están partiendo. Ya son piedras reventadas por el pasmo.

-
- Lo tiene Darío.
—¿Lo tendrá Aurora?
—Estoy segura.
—¿Pero cómo no nos dimos cuenta?

Celso sale corriendo hacia la casa de sus padres. Larca agarra el teléfono.
Ring ring.

- ¿Sí?
—¡¿Dónde está, carajo?!
—¿Qué?
—¡No te hagas, pinche Darío, el corazón!
—Cálmate, tenemos que hablar.
—¡¿Dónde está, Darío?!
—¿Lo necesitas?
—¡Es de mi familia! No te imaginas lo que...
—No empieces Larca, ya me tiene hartos tu rollo.

Toc toc.

- ¿Quién es?
—¿Aurorita, tiene usted el corazón?
—¿Por qué me pregunta, don Celso?
—¿No sabe dónde está?
—¿Usted cree que todavía sirva?
—¿Por qué me pregunta eso, Aurora?
—¿No deberíamos enterrarlo ya de una vez, don Celso?
—¿Usted cree?
—¿Quién sabe, don Celso, no sería mejor oiga?

¿Te sientes inferior? Pinches ojetes pendejos. ¿Qué se creen? Como si quisiéramos ser como ellos. La ciudad es tranquila, la gente anda en bicicleta, es educada, no seas punk. Te miran para abajo estos cabrones, te ven como si la situación en tu país fuera tu responsabilidad man, como si fueras un inútil que no puede poner orden ni en su propia casa. Rodaron muchas cabezas por estos lares, ¿ya estás borracho o qué? En mi país empezaron a rodar hace poco, bro. Pero no giran las que deberían caer. No hubieran podido estar así si no hubieran saqueado, asesinado, explotado, we, si son unos hijos de su puta madre. No llores, así eran antes las cosas, y pa' todos cabrón. Pero el maestro tiene años de ventaja. Dejar de creer en mi país no es derrotismo carnal, es otra manera de entender eso del Desarrollo. Armaron la idea del Progreso para hacerla un negociazo para los tiempos de paz. Ahora hasta les debemos cabrón, antes era sacarnos materia prima y hoy es vendernos tecnología y prestarnos varo para que nos hagamos su mercado y les compremos lo que nos manden. El individuo domesticado del primer mundo, man. Bien domado. Mi amigo violinista toca en el metro y se tiene que poner en los lugares designados por la policía para los músicos jodidos. O qué tal cuando ponen: «Graffiti, here please», ¿captas?, ya con eso me entiendes. No mames cabrón. Durante muchos años les gustaba venir, se sentían más libres aquí en el llano. Y ya no, ya no vienen porque es peligroso, qué pedo, tienen miedo, man. Tú sabes que prefiero la espontaneidad, no podría vivir sin lo imprevisto, aquí caminas por la calle y todo es reto. Todo es desorden. En donde yo vivo la realidad te amenaza cabrón, te cuestiona todo el tiempo. Yo soy del desmadre y la mugre. Visión atractiva desde un lugar privilegiado, bro. Todo rompe tus esquemas, todo te dice que estás mal. Pero a ti no te tocan los balazos, no te toca la muerte. Eso diría que es aleatorio. Estoy mal ¿verdad?, ya estoy muy ebrio. Además la muerte, la indefensión, la injusticia, pero mal repartida. Tristeza, fealdad y horror, ¿qué hay aquí? Podría decir libertad. La libertad es tan cara como la jaula de oro. La jaula de oro es un lugar para vivir, cabrón. En la libertad es la muerte la que anda suelta, ¿qué no ves que no hay marcha atrás? La política, la economía en los discursos. Pura sombra. Todo esto sigue adelante we, wake up, todo sigue adelante y allá adelante nada nos favorecerá.

¿Quién se llevó el corazón?, Celso dice que fue Aurora, Larca insiste en culpar a Darío. ¿Y si resulta que los dos?, ¿los dos, cada uno por su lado, se han apoderado de la víscera, por obsesión, por querer ya resolver, por puras ganas? Ok, gracias por participar. Pero ¿quién en realidad lo tiene entre sus manos o en su imaginación?, esa es una pregunta difícil de responder. Por eso, Larca y Celso ven ahora un corazón cuántico, es decir, un mismo corazón visto desde posiciones distintas a través de los diferentes lentes que lo filman. Es uno y a la vez son dos —o algo así— en las pantallas que registran los hechos:

Darío entra a la casa por la ventana que sabe siempre abierta. Lleva una mochila en donde mete el corazón. ¿Qué hará con él? Aurora entra con la llave que tiene desde siempre. Trae una bolsa de mercado. Con cuidado introduce el corazón. ¿Qué hará con él?

En el desasosiego que viven padre e hija, pronto, por supuesto, aparecen las pesadillas.

—¡Darío, por favor dámelo Darío, te lo suplico!

—¡No es tuyo, Larca, no es tuyo!, ¡¿qué no te diste ya cuenta, chingada madre?!

—¡Pero tampoco es tuyo, Darío, por favor!

—¡Claro que no es mío Larca, no es de nadie!

—Aurorita, ¡Aurora, deme el corazón inmediatamente, por lo que más quiera!

—No es suyo, don Celso, ¿qué no se ha dado cuenta todavía?

—Es de mi familia, Aurora, usted lo sabe perfectamente.

—No, don Celso, discúlpeme, pero el corazón no es de nadie.

Mientras Celso y Larca sueñan con los miedos abiertos, Darío y Aurora elucubran en la penumbra del robo, la emoción y la duda. Lo predecible es que Darío quiera reactivar la víscera: encontrar un cuerpo, trasplantarlo y... ¿y qué? Ahora bien, por lo que sabemos de Aurora, deducimos que lo que quiere es que por fin la víscera descanse en paz. Pero las cosas no son tan simples como nuestra capacidad de conjeturar. ¿O sí? Pronto sabremos qué fue lo que pasó.

—Cuéntame otra vez cómo llegó a nosotros.

—Ya te dije hace mucho Larca, Íñigo, tu bisabuelo, se lo compró a Esteban Orendain, un anticuario muy famoso de principios del siglo xx. Así fue como llegó a nuestra familia.

—Ya sé, pero cuéntamelo otra vez.

Han pasado varias semanas sin noticias. Darío y Aurora están desaparecidos, y Celso y Larca han entrado en la abulia propia de los que de verdad no saben qué hacer. Larca no ha podido trabajar del todo. Celso apenas ha llegado a tiempo todos los días para abrir la ferretería. Más que nada, han dedicado los días a subir y bajar la escalera blanca, escarbar el refrigerador, hojear sus libros. Y también han visto todas las series de internet. Además, ya se han acompañado varias veces a esperar afuera del departamento de Darío y de la casa de la abuela, para ver si algo ocurre, si alguien entra o sale, aunque sea un fantasma. Pero ni un gato siquiera. Nada.

Exhaustos de parálisis, ya casi resignados, salen una tarde a comer para recuperar la vida, para convencerse de que hay mundo todavía. Están en el nuevo restaurante de la colonia Roma, ahora destino turístico defecho. Quieren reanimarse mutuamente, buscar en la conversación algo del brillo que había cuando compartían el corazón, la idea de algo importante. Ensalada de ejotes, pasta fresca con jitomate, buen vino shiraz. Cuando han agotado lo referente a Febe, ferretería, análisis político, ciudad y narcoviolencia, la muerte, un bisturí tan certero como si fuera un nuevo invento, activa el correr de la sangre del corazón tumefacto ahora perdido. Celso parece reanimado por el barullo intenso que hay en el lugar de moda. Encuentra de nuevo el gozo que el relato familiar le produce, y cuenta de nuevo a su hija, como ella le pide, el momento en que su abuelo...

—Pues mira, Orendain era un loco, un cazador de excentricidades que luego transformaba en negocios obesos que cebaba en su galería de la Zona Rosa. Convertía lo inverosímil en elementos de conversación para los que necesitaban tema para divertirse con algo. Era un genio que le devolvía el sabor de la vida a la gente que había perdido su pedazo de imaginación en el perol del fondue. Con decirte que alguna vez vendió unos boletos de metro especiales que te llevaban a media noche hacia la última estación para que presenciaras un sacrificio prehispánico, ritual que subsistía según él hasta nuestros días. Dicen algunos que eso es lo que a José Emilio

Pacheco le dio la idea de «La fiesta brava», un cuento que tienes que leer.

—O sea que era un embustero, ¿no?

—Yo diría que era un vendedor de asuntos interesantes. No había televisión que sumiera a la gente en el limbo de la estulticia, supongo. Íñigo lo conoció en una fiesta de excesos típica de la época. Orendain se especializaba en cazar ricos aburridos de la sociedad mexicana que luego de la revolución gozaban de un estatuto especialísimo: la reivindicación de los pobres los había ascendido a nobles mártires del nuevo sistema. Protagonizaban el agravio, una posición muy atractiva entre los de su clase. El que toma el poder es el nuevo tirano sea cual sea su origen o reivindicación. Es curioso, una parte importante de la sociedad estuvo entonces del lado de los que se habían beneficiado de un sistema de explotación terrible, ya sabes, yo soy el fundamento de la industria de este país, lo hice moderno, se lamentaban entre ellos. En fin. Íñigo, tu bisabuelo, era parte de esa nata social que vivía en el honor de su constante quejarse de haber sido desvalijado por los revolucionarios. Conservaba una pequeña fortuna, lo que había heredado en bancos suizos y españoles, para él era muy poco comparado con la abundancia de tierras, propiedades y ganancias de la producción de las haciendas que había manejado su familia. Pero lo cierto es que su haber era suficiente para vivir sin mover un dedo. Íñigo nunca trabajó. Era un *junior* digamos, un *junior* que se daba aires de víctima de una injusticia. Y cuando Orendain le presentó el caso del corazón se identificó inmediatamente con la historia trágica del joven, del pueblo prehispánico desposeído, porque eso sí, admiraba la cultura prehispánica. Pero tal vez fue lo opuesto, el caso afianzaba su sueño de conquistador moderno, le daba la oportunidad de ser el poseedor de un objeto con aura poderosa que le daba estatus y pláticas intensas que seducían a las muchas mujeres que lo rodeaban. Porque además era un hombre muy atractivo.

Orendain exhibía el corazón en sesiones privadas en las que hacía flotar a sus invitados en burbujas de champaña entintada con cassis, aunque él aseguraba con una sonrisa perversa que era sangre humana. Muy dramático, divertido, extravagante. Se alargaba en un monólogo bien aprendido en el que relataba la historia de cómo había conseguido la víscera, una epopeya que surcaba momentos de álgido peligro, investigación muy seria, veneración clandestina y sincero interés intelectual. Alguna vez uno de sus amigos más cercanos me contó cómo sus palabras resonaban entre los cortinajes de terciopelo rojo de su ostentosa sala de exhibición:

Señoras y señores, lo que a continuación voy a presentarles es sin duda la pieza más extraordinaria de la que jamás hayan oído hablar. Se trata de una historia más conmovedora que la mismísima leyenda de la Santa Cruz, el Santo Grial o la Sábana Santa. Más fuerte que el mito del tesoro de Moctezuma, que El Dorado, que la busca del Arca de la Alianza o la tumba de Cuauhtémoc. Un misterio más profundo que el origen de Quetzalcóatl o la construcción de las pirámides de Egipto, más enigmático que la Atlántida o el triángulo de las Bermudas, más inescrutable que las cabezas reducidas de los selváticos jíbaros, los hombres blancos de Nubia o el ya famoso

eslabón perdido tan de moda en nuestros días. Lo que tengo ahora para mostrarles es mi más preciado tesoro, es un sueño que perseguí durante casi treinta años. Sí, *mesdames et monsieurs*, cuando tenía yo veinticinco años y empezaba a abrirme camino en el mundo de los objetos y los ideales imposibles encarnados en las posesiones que conforman las historias ocultas de familias, sociedades salvajes y monarquías, escuché de uno de mis maestros en este arte del amateur, don Félix Treviño que Dios tenga en su gloria, una singular anécdota: sí, amigos queridos, una tarde don Félix, ya en la ensoñación de los sorbos del coñac de sobremesa, me dijo que nada de cuanto había logrado rastrear en su larga carrera, que incluía desde un taburete que se había conservado intacto en la tormenta de magma en Sodoma, hasta las rosas secas que habían estado tres siglos en el catecismo de un descendiente directo de Nezahualcóyotl, le había concedido la total satisfacción profesional. Que se iría a la tumba con el único asunto que consideraba pendiente en su vida. ¿Y cuál es ese pendiente, don Félix?, le pregunté. Querido Esteban, me dijo entonces, ojalá tú puedas alcanzar lo que yo nunca logré sentir entre mis manos. Mira, óyeme bien, me susurró. Anda por ahí, celosamente guardado o simplemente velado por el olvido, un corazón humano. Un corazón humano que se ha convertido en la reliquia más significativa de la que haya tenido yo noticia en mi larga vida. ¿Y de quién era?, pregunté imaginando que había pertenecido a una ilustrísima personalidad histórica, ¿de Pedro de Alvarado, sor Juana Inés de la Cruz, Maximiliano, doña Josefa quizás? No importa de quién era, querido Esteban, me respondió don Félix, lo que importa es para qué sirve ahora. No me preguntes más porque lo vas a averiguar muy pronto. Esas fueron las palabras de don Félix Treviño que, como habrán de imaginarse, se labraron con fuego en mi mente. Pocos días después llegué puntual a la cita en la que don Félix habría de darme el grueso archivo que contenía todo lo referente a esta pieza. Manuscritos de distintas fechas y siglos, códices elaborados por tlacuilos en tiempos de Sahagún, correspondencia en varios idiomas entre estudiosos del tema, fotografías, grabados, notas sobre pinturas alusivas, en fin, como podrán imaginarse, infinidad de datos. Casi toda la información estaba ahí, pero faltaba indagar su paradero. Júrame que lo encontrarás, me dijo don Félix semanas después ya en su lecho de muerte. Le doy mi palabra, maestro. No descansaré hasta guardarlo en mi catálogo, y en su memoria honraré cuidadoso la dignidad de este trofeo. Y entonces, antes de casi morir, me dijo: no es trofeo, Esteban, lo que no te has ganado. Y esto no es tuyo, no lo será. Porque no pertenece a mujer u hombre. Esto es algo más grande, tan grande como un territorio cuyas fronteras son la debilidad y el poder. Tan grande como la injusticia, el destino y la historia, Esteban. Ve, busca y aprende, aprehende, y conviértete en vehículo del sueño de la imaginación, no sé, una corazonada, una corazonada. Con estas graves y enigmáticas palabras me fui, amigos y amigas, taciturno, reflexivo, motivado, asustado sí, quizás. Y empezó para mí una epopeya, una serie de acontecimientos que marcó definitivamente mi vida. Y finalmente, luego de tantos años, la posibilidad es mía. El trabajo, el empeño, la investigación ardua, el

sudor. Sí, la ocasión es mía y merezco compartirla con unos cuantos amigos, por todo lo que les he relatado, por todo lo que en mí esto significa. Un corazón humano, sí, pero no un corazón cualquiera a tientas en el tiempo buscando su destino, ¿perdido para siempre?, muchos se preguntaron. No, porque hoy, en esta noche especialísima, sabemos ya por fin dónde se encuentra. Ustedes ya sabrán dónde se encuentra. Prepárense, porque los misterios nunca nos otorgan otra cita.

Y ¡voilà!, gritaba exaltado Orendain mientras descorría las pequeñas cortinas de un nicho barroco de madera dorado de iglesia de pueblo, frente a los contadísimos invitados agonizantes de seria expectativa y ansia de entretenimiento. El frasco estaba perfectamente iluminado por lámparas de aceite cuyo fulgor lograba la atmósfera perfecta. Sí mis queridos amigos, decía Orendain, en efecto, lo que ven es lo que parece: una víscera, un corazón en un frasco de formol. Observen ustedes su color, la textura de sus tejidos, la saliente de su aorta, la escasa grasa, el tamaño, la medida de un prodigioso puño ritual. Este es un corazón humano, señoras y señores, un corazón real que alguna vez latió en el pecho de un joven que seguramente vivió como todos los hombres de su edad en aquellos tiempos remotos en los que nadie sabía o imaginaba siquiera que estaba a punto de vivir la transformación total de su mundo. Acérquense, sí. Pueden rozarlo si quieren, porque no habrá otra oportunidad en la definitiva cuenta del tiempo para este encuentro desafiante que en realidad no debería de tener lugar en los límites de nuestras efímeras, ajustadas, brevísimas existencias. Sí, sí, señora, venga, señor, no tenga reparo en asombrarse, en querer sorprenderse, así, cómo no, por supuesto que sí, acérquense.

Larca descubre en Celso un talento para contar historias que no le conocía, un talento histriónico, divertido en su modo de modular la voz y hacer gestos al imitar al anticuario Orendain. Está encantada de tropezar con el carisma de su padre que imagina conquistó a su madre hace tantos años. Celso se ríe al cierre de su relato, toma un trago de su copa de vino y revisa con la mirada el lugar que está de moda y centellea de gente que adivina importante y sobrada de solaz. Piensa en la colonia Roma de su infancia, su adolescencia, su barrio. Se va en el paso de los años que ondean en el humo de su cigarro. En su mente surge una serie de imágenes y textos que un rápido pulgar sobre el canto de un filoscopio hace surgir:

bulevares de palmeras comidos por ejes viales anegados de coches/elegancia antigua blanco y negro disolvencia a gente de harapos anacrónicos o de hoy / cuadras de arquitectura señorial sobre casonas desmoronadas en las banquetas, pase a un pop-up de adhesivos postemblor / gente que migró de los escombros, gente que se quedó congelada en las rentas / ancianas que cada año miran pasar la procesión morada del silencio bajo sus lágrimas que mojan el papel, desfile de bicicletas retro, orgullosa nueva ruta turibús / tienda de los *boy scouts* casi cincuentas, la second hand de Diores y Milanos, sastres y costureras, y aquí un desdoble a vitrinas con tenis cuasimanga / la galería de arte consolidada de siempre, el museo de las reliquias del cristero acribillado padre Pro, los contemporáneos espacios de piso gris cemento, los bazares que exhiben cristalería que no quiso ser heredada / vitrinas de dulces tradicionales tan Celaya tan Puebla, panadería antigua de bolillos exquisitos, cupcakes anodinos ansiosos de personalidad/casona ocupada por una comunidad otomí, casona invadida de artistas, casona tomada por el Movimiento Urbano Popular / coches que fueron estacionados y ahí se quedaron con los vidrios rotos sobre sus llantas

ponchadas, coches de portada de lujo posicionados por valets *parking*, camiones de gaseros madreados por ñoras desencajadas porque les venden tanques llenos a medias, aguadores atemporales de botellones electropura en sus carritos bicicleta, cochecitos de frutas, jugos, jicaletas / misceláneas penumbra con queso cotija bajo un trapo húmedo gris, incesantes brotes de oxos luminosos y aquí pase a tres *boutiques* gourmet / ferretería, sedería y suaje a cerrajería que luego joya hotel y ahora ya ruina / los centros culturales forever, la casa del poeta que fue López Velarde, la alcúrnica casa Lamm, bajos de edificios empolvados por librerías de viejos y viejo / sucursales de todos los bancos cuellos blancos, prestamistas de cuello cochambroso / tienda de uniformes empresariales, local que renta esmóquines, playeras de diseñador en área cool / perros callejeros, perros limpios de collar, la mismas heces / esculturas de un bronce espeluznante, intervenciones en el espacio urbano y conceptual / taller del mecánico, taller de diseño tienda MomaTamayoLouvre, ¿cuál era, cuál, dónde lo siempre? / moscas inmortales que sobreviven de la mierda en los parques, las manera de las ahora educadas mascotas amaneradas / el olor de los elotes en imagen color sepia, un origami que se arma desde el drenaje pestilente, en ciertas cuadras respiramos.

Todas las calles del barrio, la colonia —todavía— de este país en silueta de monografía, ya es una imagen que se transforma y se hace una de nuevo con el humo del cigarro del ondeante Celso sentado en un satélite distraído que orbita a su astronauta. Los ojos abiertos, trance fijos, del padre de Larca ya vuelven al lugar en que se encuentran. Celso mira las plantas del restaurante, el árbol que centra el bello espacio luminoso, la gente en la mesa de junto. Luego pone los ojos en los de su hija.

—Ay, Larca, Larca, hijita mía, ¿te acuerdas de que un día me preguntaste si todo esto es importante? Ya pasaron algunos años, ¿cuántos?, demasiados tal vez. Te parecerá absurdo pero no supe qué responderte.

—Sí, me di cuenta.

—¿Es importante?, no, ya no lo es para nosotros. ¿Qué va a ser?, lo habríamos resuelto si lo fuera, ¿no crees? Y ahora, lo hemos perdido.

—¿Quién sabe, papá?, hay muchas formas de verlo. Para mí es importante, y además, no lo hemos perdido, te juro que lo voy a recuperar.

—¿Tú crees que debemos hablarle al tío Pedro?

—¿Para qué, para decirle que tiene que regresarse de Tailandia?

—Tal vez podría ayudarnos.

—Papá, hace años que él se desentendió del asunto. Nos lo dejó muy claro. Además, está feliz por allá con su vida mediatubunda.

—Pues sí.

—Pues sí.

Las risas y la maravilla de burbujas jabón que flotan felices se revientan y mojan con casi lágrimas de parque, de parque México, parque España, parque Chapultepec, sus ahora ya rostros de niños perforados por la zozobra.

que fuera un meteorito mi asteroide de dudas
 un buche de guijarros echado a la oscuridad
 hay resplandor en las casas
 se los llevan

a la romana ciega
 le han sacado los ojos

que fuera un meteorito
 sobre aquel Tlatelolco Moctezuma
 tus piedras se acumulan
 1971 Moctezuma
 lanza en el presidente
 Atlacomulco

que fueran meteoritos
 sobre las olimpiadas domador
 olimpiadas los aros
 sus aros no brincaremos más

que fuera un meteorito mi asteroide de piedras
 yo guijarro, yo grava

hay resplandor
 lapidan
 se los llevan

que fuera un meteorito
 un amasijo estelar
 este lugar arrasan
 se los llevan

el pene de tigre no se derramará más
 sobre las muertas

puño polvo celeste
 un buche de guijarros
 que fuera
 que rompe la oscuridad

la piedra
 si fuera un meteorito
 yo guijarro, yo grava
 hay resplandor
 sepultan
 se los llevan

no lameremos más

un meteorito

que fuera un crecimiento
 un brote coagulado

corazón

un meteorito de dudas
 estrella y piedra en los vidrios

resplandor

sin pulso
se los llevan

las flores
el corazón

tragando la oscuridad

Mientras Larca y Celso caminan hacia la casa unas tres cuadras, entra una llamada al celular de la joven.

—Es Darío, un momento, papá. ¡¿Dónde estás, Darío?!

—Tenemos el corazón. Vengan a la casa de la señora Aurora.

—¿Quién habla?, no es Darío papá. ¡¿Quién habla?! Colgaron. Quieren que vayamos a casa de mi abuela Cristina.

La diplopía, es decir, «la visión doble, la percepción de dos imágenes de un único objeto», según se nos informa en internet, desaparece en un instante de sus miradas, y ya corren, desbocados sobre los camellones y el asfalto. En cuanto pueden, se suben a un taxi que su desesperación no quisiera que frenara ni una vez para que los vuele lo más pronto hacia su meta. Les es difícil contener sus almas de tan ansiosas. Tiemblan.

—¿Quién era entonces, Larca, qué te dijeron?

—No sé quién era, papá, ya te dije que colgaron. Pero me llamaron desde su celular y sólo me dijeron que vayamos a casa de Aurora. Están juntos en esto, malditos desgraciados. ¿Cómo pudieron hacernos esto?

—Pero si llevamos semanas buscándolos y nada...

—Sí, pero ya regresaron papá, quién sabe qué querían hacer. Es obvio que algo les salió mal.

Se bajan del taxi, pagan sin esperar el cambio, van disparados a la puerta de la entrada que ya está abierta y deja salir un grito.

—¡Lo mataron Larquita, lo mataron!

—¡Aurora!

—¡Nos engañaron, don Celso, nos engañaron! Como siempre. ¿Verdad que siempre nos han engañado?

—¡¿Qué le hicieron a Darío?!

En la sala absorbida por la penumbra, llena de objetos que sin embargo brillan, Aurora está sentada entre los cojines rojos. Lloro en sus manos. Gime. Hay dos hombres y una mujer.

—Somos de San Pedro Nexapa. Ellos nos buscaron —dice ella—, fueron allá la señora y el muchacho.

Antes de rascarse la nuca, se ven sus uñas larguísimas, rosa y negro, con pedrería diminuta incrustada. Le faltan dos en la mano derecha. Luego se lleva los brazos a la

cintura, se acomoda los leggings y se alisa la blusa verde sobre la panza. Larca está descompuesta de desesperación. Agarra el respaldo de una silla. Parece que la usa como escudo.

—¿Qué le pasó a Darío?!

Uno de los hombres aspira fuerte con la nariz, dejando oír la acumulación de mucosas que le hace difícil respirar. Se restriega la boca con el dorso de la mano. No queremos nada, ahí está lo suyo. Señala. Celso se acerca a la mesa en donde adivina está el frasco dentro de una caja de cartón de detergente. Larca no puede fijar la vista. Sus ojos rebotan de un personaje a otro hasta caer en Aurora, luego en su padre, y de nuevo en cada uno de los intrusos. En los pants, los tenis de uno, su gorra de beisbol que dice «Costco». El cinturón serpiente del otro, su bigote, la camisa manchada pero blanca. De ella, los tacones raspados, su mirada en el suelo, los brazos ahora cruzados que le dicen de nuevo: ellos nos buscaron.

La gravedad de Celso saca bolas de periódico y jirones de tela de la caja. Es cuidadoso. Sus ojos se fijan en lo que alza cuando sus manos muestran el vidrio. Larca y Aurora levantan la mirada. Nadie se mueve. El corazón que flota. Unos segundos, y se oye que se cierra la puerta de la calle. Larca brinca a la ventana y aparta la cortina violentamente. La luz del sol brilla sobre su rostro mojado.

—¡Se fueron!

No sabemos si han pasado días o meses. Celso y Larca están ahora en el coche. Ella lleva el corazón abrazado sobre las piernas. Van en silencio con el afluente del tráfico por avenida Insurgentes hacia el sur. No sabemos cuánto tiempo dura la travesía, pero de repente un edificio, y su letrero: «Facultad de Medicina».

Se estacionan y caminan. Asfalto, señalizaciones amarillas y varios árboles que florecen por primavera. Empiezan a subir las escaleras de cemento. Sus pies van juntos en cada escalón, van rígidos sus cuerpos, muy mecánicos, parecen personajes animados de videojuego. No miran bien por dónde andan, y no se dan cuenta de cómo el muro de mosaicos se mueve y palpita mientras caminan. Se siente que van cargando su historia, y lo que ocurrió recientemente, traen halos de ondas mal sintonizadas sobre sus cabezas. Si alguien baja la escalera y pasa junto a ellos que suben, seguramente quedará impresionado por las ojeras de Larca.

Después del episodio en donde la víscera regresó a la familia, todo fue un desconcierto al tratar de entender lo que había sucedido. Y las confusas explicaciones de Aurora no ayudaron del todo. Lo que sí quedó más o menos claro es que Darío fue quien extrajo el frasco del librero luego de una conversación que Aurora y él sostuvieron en la casa de la abuela Cristina. El joven se había apersonado ahí, así sin más, un día que «pasaba por la colonia». Ella lo dejó entrar porque la verdad le caía bien el muchacho y lo sintió triste, tal vez con ganas de recordar cómo había sido su noviazgo con Larca. Pero no pasaron diez minutos y ya estaban hablando del corazón, y entre que uno dijo y la otra opinó, preguntando como es su costumbre, Darío la convenció de que tenían que ayudar a la familia a despachar de una vez ese asunto. Pasaron dos o tres días y él regresó a la casa de la abuela Cristina con el frasco en una mochila negra. Y ahora qué hacemos, yo le dije, contó Aurora, ¿lo llevamos al volcán para enterrarlo de nuevo de una vez, verdad? Sí, Aurorita, pero antes creo que debemos ir a San Pedro Nexapa, a ver qué razón nos dan, a ver si damos con algo. Busquemos a los graniceros, o tlamasques. ¿Qué no son más bien aureros o teotlazquis?, preguntó ella. Sí, sí, esos, los tiemperos, o como se llamen.

Y entonces, pues que van para allá, callados en el tráfico y el polvo, las vías en construcción, las grúas, los cerros. Llegan y, buenas tardes, preguntan a un paseante, apenas entraron en la primera callecita. Disculpe, ¿sabe usted dónde es la casa de la familia de don Tizoc Pablo, el granicero o tiemperso que vivió aquí hace muchos años? No, responde sin más el aludido. Unas cinco personas más, y nada. Entonces se

detienen a tomar un refresco en la miscelánea y ahí sí, sí que consiguen algo de información. No sé oiga, parece que he oído algo de eso. Si quiere le pregunto al abuelito. Va hacia atrás la señora de la tiendita, al patio en donde Aurora y Darío ven un perro amarrado y un señor muy viejo sentado en una silla de plástico azul junto a unos bultos de cemento. ¡Abuelo!, ¿oiga, usted se acuerda si había por aquí un tiempero que se llamaba Tizoc Pablo?, grita al oído del anciano. Y entonces, el viejo dice que no, que no sabe, pero que antes sí había muchos graniceros. Recuerda que unos vivían por ahí cerca del molino. Muy bien, gracias. Y total, que se retiran, hacen otras pocas pesquisas y dan por fin con una casa de ventanas polarizadas con molduras de aluminio dorado. Y pues tocan. Sí, les dice una señora que abre, aquí vivió don Pablo, Tizoc Pablo pues, en aquellos tiempos, de mucho antes, por decirlo así, ¿verdad? Aquí tuvo a toda su familia y luego aquí mismo vivieron todos sus hijos y todos sus nietos y sus bisnietos y, ¡úchele! No oiga, ya no, ya no se usa eso de los tiemperos. Que yo sepa ya casi dejaron la actividad esa, desde hace mucho. Pero no sé bien oiga, yo nada más vengo aquí a la casa a limpiar tantito, a ver que todo esté bien. Es que ya todos se fueron para Estados Unidos. Allá les va muy bien, dicen. Ya casi ni me hablan por teléfono a preguntar razón. Creo que a veces venían a las fiestas, hace años, pero ya no. Ahora sólo me mandan el dinerito para que yo limpie y ya. Mire, yo vivo aquí a la vuelta. No, no sabría decirle de eso. No. Pues sí, sí. Si por eso le digo, se fueron pa'l norte. Ah, mire. No, pues qué le digo. Hace ya mucho que ya no están acá. No, nadie. Eso pues, nadie, le digo. Mire joven, como quien dice, para que me entienda, hace ya muchos años que se fueron a Estados Unidos. No sé, creo que a... ay, ¿cómo era que se llama ese lugar? Pus ya no me acuerdo, pero sí, ya se fueron joven, como casi todos, para allá.

¿Y luego? Dice Aurora que justo enfrente de la casa había una mujer que los miraba con la espalda apoyada contra la puerta corrediza de una estética Jessica. ¿Qué buscan? Les preguntó, y cuando le dijeron, les propuso que le preguntaran a su padre, que bien sabía de las cosas del pueblo. Entonces fueron caminando, y ahí cerquita, doblando una esquina, la mujer tocó en una puerta de lámina. Un segundo sus ojos sobre la mochila negra de Darío. Entonces, abrió el hombre ese de camisa manchada pero blanca, y entraron todos al patio en donde había también unos sacos de cemento, varilla y charolas para hacer mezcla. Al fondo, recuerda que vio una casita de hormigón gris de donde salió el muchacho de los pants y la cachucha de beisbol. Darío, con su bolsa en la espalda, empieza a hablar, a explicar, a hacerse de una plática como bien le gusta, o sea, inicia el cuachaleo. Ahí es cuando la mujer pone sus manos en los hombros de Aurora, esas manos adornadas con pedrería y barniz de dos colores, que la empiezan a invitar muy suavemente pero firmes. Venga madre, le quiero enseñar unos zapatos del catálogo que ayer fui a traer al centro. Están bonitos, le van a gustar. Aurora se va con ella caminando muy despacito pues no quiere, de regreso a la estética Jessica. Entran y se sientan entre varias mesitas llenas de bandejas de plástico que contienen aerosoles y tubos, pasadores, brochas y

tintes. Tómese un refresquito madre, tenga mire. Aurora bebe, y con tristeza ve los ojos que la miran sin mucho interés, aunque también con algo de respeto y ternura. Luego, cuenta que se despertó en un coche, en plena ciudad, sintiendo golpecitos que alguien le da en las mejillas: seño, seño, ¿dónde es su casa, qué dirección tiene madre?, ¡seño, despiértese oiga!, le medio grita la mujer. Muy aturdida, les dice la calle, colonia, y llegan, y se meten los tres. Apenas es ahí que se da cuenta, dice, de que iban los tres esos, y que no estaba Darío. Que preguntó varias veces dónde estaba el muchacho pero que no le respondieron. Y que en ese momento se dio cuenta ya bien, de que les hicieron mala obra.

En todo esto piensan todavía padre e hija mientras suben las escaleras de la Facultad de Medicina. Van como hipnotizados sin querer comprender que están a punto de separarse del frasco, hacer algo por fin, delegar lo que ya dejó de ser un lugar para estar y se ha convertido, en sus conciencias, en algo parecido a un peligro. Llegan al tercer piso, laboratorios de investigación, área de cardiología. De unas puertas abatibles sale un hombre de bata blanca a recibirlos. Se ve que se conocen y se saludan con familiaridad aunque solemnes. Es evidente que es una cita programada. Aunque no alcanzamos a oír lo que dicen, se adivina un intercambio en el que los que entregan están poniendo en las manos del que recibe, lo más preciado que existe para ellos, algo así como la vida del ser más querido. La persona que abre las manos y sostiene ahora el frasco, suponemos por supuesto, un doctor distinguido, hace gestos de ocasión protocolaria. Larca y Celso, al extender los brazos en ademán de traspaso, exhiben, aunque nos dan la espalda, la crispación que los conmueve. Sus rodillas se doblan apenas, sus cabezas se inclinan consumidas y calvas de tribulación. Unos segundos mantienen sus manos sobre el frasco. Y cuando ya voltean y se dirigen a la escalera, los dos tienen los ojos desorbitados por el tormento.

Cuando ya está del otro lado de las puertas que se han abatido sobre su espalda, el doctor camina lentamente y entra a un salón de frío, de luz perpetua. Hay estanterías y mesas de acero, los pisos son blancos como las varias batas presentes. El hombre se abre paso entre aparatos e instrumentos, con alguna que otra mirada de los tal vez estudiantes y profesores que trabajan en ese momento y que parecen muy ocupados. Llega a una gran puerta grande y empuña una palanca. Es un refrigerador que guarda entre su niebla neutra, transparencias de tubos y recipientes en colores como rojo, como verde y amarillo. Con cuidado hace espacio ahí adentro el doctor, a la derecha esto, a la izquierda lo otro, para poder alojar al corazón en su nuevo reducto. Cierra y se frota las manos, se acomoda la bata y sale. Al cerrar la puerta del luminoso salón indiferente, mira su reloj activando las cejas. Se le ha hecho tarde, se le nota que piensa. Entonces, ajusta su corbata con ligero meneo de cuello, y llevado por un diligente aspecto oficial, se encamina hacia su siguiente cita.

—¿Quién?

—Soy Darío, Aurora, ¿puedo pasar?

—¡¿Darío?!

—Aurora, ábrame por favor. Tengo que hablar con usted.

El fulgor misterioso de una vela, no es más dulce que el suave resplandor de la pantalla laptop fogata que nos conforta y anima.

Ciento noventa y tantas páginas, sus márgenes. Colmar, esos espacios, transcribir. Hay deletreos. La materialidad que es límite, exige. Como el frasco que es sólo un recipiente. Bordes. Porque es preciso sí, habrá que contener, guardar. Y así como un cuerpo es solamente vida sujeta por los huesos y las dudas, así es esta historia, o las historias que aún hay que contar. El corazón es un centro sigilo, una pregunta inmóvil, una promesa rota que te estalla la frente con su frasco. Acércate, siente sus trizas cegándote. Esto fue un meteorito que languidece y se apaga. El suave resplandor de la pantalla es un sol en invierno a punto de ponerse en reposo.

Durante todo el vuelo pensó Larca en el corazón que perteneció a su familia. Apenas despegó el avión, la gran ciudad de México se desplegó nocturna en su diamantina esparcida por la misteriosa mano de la supervivencia que urde manto para que el horror palpite, una obsidiana, entre puntos de luz. La metrópoli mancha es un escarabajo inmortal que trabaja nuestro excremento y su caparazón está incrustado de diamantes.

Con qué claridad espío desde ahí Larca, profundidad y superficie, la alberca negra en la que se reflejan las estrellas que flotan sobre la muerte y que en su fondo se pudren.

Minutos después, la ciudad se perdió tras los volcanes y las sierras. Y más allá, la ligereza terminó por blindar todo detrás de un vidrio aislante, detrás de una vitrina de museo. Flotar en las partículas, gozar en el efecto de su disipación. Preguntarse por qué así es todo, aceptar que así es todo. Mirar por la cerradura —contorno de capilla— fue un momento de postración y de placer en el misterio. Un mecerse enfrascados en el agua de sal que nos conserva y sentir esa humedad que nos satura. En ese estado formol, Larca se impregnó profundo, cerró los ojos y se dejó hundir.



CARLA FAESLER (Ciudad de México, 1967). Es autora de los libros de poemas *Catábasis exvoto*, *Anábasis maqueta* (Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen en 2002), *No tú sino la piedra* y *Ríos sagrados que la herejía navega*. Parte de su obra ha sido publicada en revistas nacionales e internacionales como *Mandorla*, *Aufgabe* y *Cuadernos del Matemático*, entre otras. Ha sido traducida a otros idiomas e incluida en antologías estadounidenses, mexicanas y españolas. Es también autora de varios ensayos sobre artes visuales y sobre el quehacer interdisciplinario en la literatura. Desde hace varios años experimenta con diferentes formas de diálogo entre imagen y texto a través de fotopoemas y videopoemas que pueden verse en internet. Asimismo, ha mostrado su trabajo en varios festivales internacionales de literatura y ha colaborado con artistas plásticos como Melanie Smith, Mariana Castillo Deball y Francis Alÿs. Actualmente, es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte. *Formol* es su primera novela.